PLUTARCO

MORALIA

VOL. IV

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 109

PLUTARCO

)BRAS MORALES
' DE COSTUMBRES

(MORALIA)

IV

CHARLAS DE SOBREMESA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS POR
FRANCISCO MARTÍN GARCÍA



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ALBERTO MEDINA GONZÁLEZ.



Depósito Legal: M. 35001-1987.

ISBN 84-249-1253-5.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1987. — 6105.

CHARLAS DE SOBREMESA

(Quaestiones convivales)

INTRODUCCIÓN

I. *Temática y estructuras*

De todas las obras relacionadas con el tema simposíaco posteriores a las de Platón y Jenofonte hasta el siglo I d. C., la de Plutarco, con todas las modificaciones que haya podido sufrir el género convival en el transcurso de más de cuatro siglos, es la única que se nos ha transmitido casi completa; pues, si exceptuamos la pérdida de una serie más bien pequeña de cuestiones [1], el resto lo conservamos en un estado bastante aceptable.

Muy variado es el repertorio de temas tocados por nuestro autor a lo largo de los nueve libros que componen su obra: casi un tercio corresponde al ámbito de las ciencias naturales y de la medicina, otro tercio a temas gramaticales e históricos, y, además de ello, no faltan los astronómicos, psicológicos, poéticos, mitológicos, filológicos, musicales, los referentes al orden y decoro en los banquetes y algunos otros más [2].

---

[1] Incompletas están, en el libro IV, la 5 y la 6, y del IX, la 6 y la 7. Conocemos sólo el título de las del resto del libro IV, es decir, desde la cuestión 8 a la 10, y del IX, de la 8 hasta la 12.

[2] Véase, al respecto, K. ZIEGLER, «Plutarchos», en PAULY-WISSOWA, *RE.*, XXI, 1, 1951, col. 888.

Heterogéneo también es el tratamiento formal de las cuestiones: unas se nos presentan en forma dialogada con todo lujo de detalles, como pueden ser la indicación del lugar y fecha en que se celebró el banquete y los nombres del anfitrión y asistentes, a veces bien caracterizados; en tanto que otras añaden a una carencia total de estos datos el carácter de diatribas o de largos monólogos (por ej. I 3, V 1, 2, 9, VI 1, 9, 10, VIII 5, y IX 1, donde el diálogo parece completamente olvidado; monólogos *sensu stricto* son II 1, III, 9 y IX 15; las demás conservan, al menos, la apariencia de un diálogo).

Sin embargo, a pesar de las referidas diferencias formales, existe algo en lo que casi todas las cuestiones muestran una coincidencia unánime: su estructura [3], cuyo estudio emprendemos al objeto de fijar la unidad interna de la obra, el o los modelos que sirven de base a Plutarco en su composición, la finalidad perseguida y, finalmente —y si ello es posible—, determinar en qué medida el autor de las *Vidas Paralelas* refleja conversaciones auténticamente mantenidas en el círculo de sus amigos y familiares.

Tal tipo de análisis estructural, en lo que al de Queronea se refiere, no es del todo novedoso, pues ya C. Kahle [4] lo ensayó a principios de siglo con notable éxito, si bien prestando mayor atención a otros diálogos plutarquianos que a la obra que ahora nos ocupa. De ahí, pues, nuestro interés por completar esta parcela en los estudios de Plutarco.

---

[3] Escapan a esta norma los monólogos de Plutarco (II 1), Aristión (III 9) y Amonio (IX 15).

[4] *De Plutarchi ratione dialogorum componendorum,* tesis doct., Gotinga, 1912.

Un gran número de cuestiones se suelen iniciar con una breve información [5] sobre el lugar y fecha correspondientes al coloquio que a poco tendrá lugar. Igualmente, se nos presentan por orden de aparición los personajes que intervienen en él, de los que en bastantes ocasiones se nos indica su profesión o afiliación filosófica. Si muchos interlocutores, a nuestros ojos, no se hallan bien caracterizados, ello se debe a que Plutarco, al igual que Platón, pone en escena a familiares y amigos muy conocidos en su entorno social [6]. Al lado de los personajes que podríamos calificar de «conocidos», Plutarco recurre al uso de pronombres indefinidos o a la presencia de un forastero en treinta y nueve de las cuestiones que se nos han transmitido [7].

En toda esta escenografía, bien montada por lo general, resultan chocantes cuatro casos: el primero y menos relevante se encuentra en VII 10, en cuyo inicio se habla de unas ruidosas conversaciones, sosegadas al fin, cuando en la cuestión anterior todo había transcurrido con absoluta calma. Un despiste por parte del autor supone VI 3, ya que silencia el nombre del anfitrión en un banquete iniciado dos cuestiones antes. Los dos últimos y más graves son VI 5, donde Lamprias, abuelo de Plutarco, acusa a su hijo de haber preparado un banquete sin orden ni con-

[5] Para más detalles sobre la estructura, véase nuestro artículo «Las *Cuestiones Convivales* de Plutarco: Estructura, Fuentes y Finalidad de la obra», *Revista del Colegio Universitario de Ciudad Real* 2 (1983), 109-134.

[6] Cf. Kahle, *De Plutarchi ratione...*, págs. 5 y 10, en donde señala que el círculo de amigos de Platón es mucho más limitado que el de Plutarco.

[7] Éstas son: I 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8; II 3, 8, 9, 10; III 6; IV 4; V 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9; VI 1, 3, 4 y 6 (un forastero), 8, 9, 10; VII 1, 5, 6, 7, 9; VIII 3, 5, 6, y IX 1.

cierto, lo que en realidad corresponde a su nieto Timón, el anfitrión en I 2, y, finalmente, II 6, donde se nos dice que, en los jardines de Sóclaro, Plutarco y el cortejo de invitados contemplaron los más insólitos tipos de injertos en árboles frutales, cuando en la actualidad sabemos que dentro de la arboricultura los mencionados injertos son imposibles, y cuesta trabajo admitir la hipótesis de Z. Abramowiczówna [8], según la cual se trataría de una broma del jardinero de Sóclaro.

Plutarco, al contrario que Platón, opera con un número muy elevado de personajes, circunstancia ésta que en no pocos casos desorienta al lector. Ello, no obstante, como dentro de una cuestión concreta rara vez emplea más de tres o cuatro, nos permite esbozar en líneas generales la estructuración de las distintas secuencias que se van sucediendo a lo largo de cualquier cuestión.

La primera secuencia se destina, por lo normal, a la exposición de opiniones ingenuas, vulgares o extremistas, y de teorías científicas o filosóficas, o bien defendidas por rétores, gramáticos, médicos y representantes de las escuelas peripatética, estoica o epicúrea, esta última, como es sabido, la más opuesta a Platón [9], o bien es el propio autor, o un familiar, o amigo íntimo, con una forma de pensar parecida a la suya, el encargado de presentarnos las tesis de las escuelas rivales, a las que se considera equivocadas. Todo ello, naturalmente, en un ambiente cordial, acorde con el afable carácter de Plutarco [10].

---

[8] «Plutarchs *Tischgespräche*», *Altertum* VIII (1962), 80-88, 83-84.

[9] Cf. C. García Gual, «Epicuro el liberador», *Est. Clás.* 61 (1970), 379-408, y B. Farrington, *La rebelión de Epicuro,* trad. esp., Barcelona, 1968.

[10] Cf. Ziegler, «Plutarchos», col. 892.

Si se considera que otra intervención basta para zanjar el tema discutido, nuestro autor, en una segunda secuencia, saca a escena un nuevo personaje con la misión de rebatir los puntos de vista ya mencionados. A tal fin se nos introducen personas con convicciones filosóficas similares a las de Plutarco, entre las que, lógicamente, se encuentra él también, o individuos de espíritu abierto e inquieto, como su abuelo Lamprias, su hermano, de idéntico nombre, su amigo Filino [11], etc.

En el caso de que la cuestión no se cierre con este apartado [12], en la segunda secuencia se incluyen opiniones que refuerzan los puntos de vista equivocados, o que, al contrario, los refutan [13], pero corrientemente de forma gradual. Su objeto es preparar el camino a la tercera y, por lo normal, última secuencia, reservada a Plutarco y a aquellos que poseen un temperamento más filosófico y original.

Sumamente raro es que una conversación se prolongue en más de tres secuencias, como antes advertimos; pero, cuando ello ocurre, el personaje puesto en escena, o cumple las mismas funciones que en los apartados dos y tres,

---

[11] Un buen estudio de los amigos y familiares de Plutarco se puede hallar en R. Volkmann, *Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch von Chaeronea,* 2 vols., Berlín, 1869, vol. I, págs. 16 y sigs.; mejorado por Ziegler, «Plutarchos», cols. 666 y sigs. Cualquier referencia que en lo sucesivo hagamos sobre los amigos y familiares de Plutarco se basará en ambos trabajos.

[12] Algunas cuestiones pueden estudiar a la vez dos temas distintos, cada uno con solución independiente. Para evitar confusiones marcamos con *a* la primera y con *b* la segunda. Se trata de las siguientes: I 6, II 2, IV 2, V 3 y 8, VII 4, y VIII 7.

[13] Cuando en una cuestión se esgrimen diversas razones en pro de una determinada teoría, la réplica se apoya, a su vez, en todos esos puntos al rebatirlos o ampliarlos. Dichas cuestiones son: I 4, II 3 y 10, III 2, 3, 14, 10, IV 1, 7, y VII 1.

o su intervención consigue, con sus preguntas al personaje principal [14], que no perdamos la sensación de encontrarnos en un diálogo. Su función, por tanto, es simplemente fática.

II. *Fuentes de las «Quaestiones convivales» (o «Charlas de sobremesa»)*

De todas las tesis que apoyan la dependencia de las *Quaestiones* de una fuente concreta, la defendida por J. Martin [15], a saber, que Plutarco se inspiró en el *Banquete* de Jenofonte para la confección de su obra, es en la actualidad la que menos credibilidad posee. Sostiene dicho crítico que Plutarco, siguiendo de forma consciente el modelo de Jenofonte, quien sitúa al final su *Banquete* como colofón de los *Recuerdos de Sócrates,* ha operado en sus *Quaestiones* de idéntica forma. Así tendríamos en Plutarco dos grupos de cuatro libros (I-IV y V-VIII), que corresponderían a los cuatro libros de los *Recuerdos,* y a ellos los coronaría el libro IX de nuestro autor, réplica del *Banquete* de Jenofonte y homenaje a su maestro Amonio [16], como aquél hace con Sócrates.

---

[14] Denominado «princeps» por C. Hubert, *De Plutarchi Amatorio,* tesis doct., Berlín, 1903, pág. 59, y Kahle, *De Plutarchi ratione...,* páginas 1-24.

[15] *Symposion. Die Geschichte einer literarischen Form* (Stud. zur Gesch. u. Kult. des Altert. XVII), Paderborn, 1931.

[16] *Ibid.,* págs. 176-179, particularmente pág. 178. A nosotros nos da la impresión, más bien, de que incluso en este punto imita a Platón. Lo mismo que Alcibíades, un discípulo de Sócrates, hace el elogio de su maestro al final del *Banquete* de Platón, así también Plutarco rinde su homenaje particular a su querido maestro Amonio con el libro IX, el último de todos.

Sin embargo, como bien ha hecho notar H. Bolkestein en su amplia y matizada crítica [17], a la que actualmente se adhieren otros estudiosos del tema [18], Plutarco no siguió al autor de la *Anábasis*, entre otras cosas porque la estructura y el tono de su *Banquete* difieren esencialmente de los de nuestra obra: el *Banquete* de Jenofonte no consta de cuestiones, propias del género convival; más bien, nos encontramos con un Sócrates que bromea, como haría un hombre de su época, en esos momentos de solaz y recreo impuestos por un banquete entre amigos [19].

En consecuencia, si no arranca de Jenofonte, hay que buscar por otro lado. Que, después de Platón, Plutarco no fue el único en escribir una obra de tal tipo, sino que ese espacio intermedio se vio colmado por toda una literatura simposíaca, lo demuestran nombres de autores como Aristóxeno de Tarento, aristotélico, Perseo, estoico, y el gramático Dídimo [20], cuyos escasos fragmentos parecen

---

[17] *Adversaria critica et exegetica ad Plutarchi Quaestionum convivalium librum primum et secundum*, tesis doct., Amsterdam, 1946, páginas 10-17.

[18] F. FUHRMANN, *Plutarque, Oeuvres Morales* (Les Belles Letres IX), 2 vols. Leipziz, 1972, vol. I, pág. XV, y M.ª DOLORES GALLARDO, «Estado actual de los estudios sobre los *Simposios* de Platón, Jenofonte y Plutarco», *Cuad. Filol. Clás.* (1972), 127-191, pág. 190.

[19] Es cierto que, en algunos puntos concretos (cf. BOLKESTEIN, *Adversaria critica...*, pág. 16), recuerda a Jenofonte, pero siempre en aspectos puramente formales e irrelevantes.

[20] Amplia información sobre ellos se puede encontrar en MARTÍN, *Symposion...*, págs. 170-177, quien considera que sus pocos fragmentos transmitidos ni eran diálogos ni contaban con la ambientación de un banquete, opinión defendida con anterioridad por FR. ULRICH, *Entstehung und Entwicklung der Literaturgattung des Symposions*, 2 vols., Würzburgo, 1908/9, vol. II, pág. 37. Contra dicho juicio se pronuncia R. HIRZEL, *Der Dialog*, 2 vols., Leipzig, 1895, vol. II, pág. 224, n. 3, abogando

coincidir algo, tanto por los títulos como por la temática, con algunas cuestiones de Plutarco [21]. Es, por tanto, probable que nuestro autor, dadas estas afinidades señaladas, conociera sus obras y otras más, según se puede deducir de su prólogo al libro I; pero los fragmentos conservados son tan exiguos, que nos es difícil emitir un juicio definitivo sobre dicha dependencia. Así, pues, no resulta nada sorprendente que Plutarco hubiera manejado diversas fuentes para algunas cuestiones, como ha puesto de manifiesto C. Hubert [22], pero la verdad es que en otras muchas las desconocemos por completo [23].

En definitiva, nada se puede objetar respecto al manejo, por parte de Plutarco, de todas las obras perdidas o poco conocidas que debían de constituir un género literario bien definido [24] y que, por ende, habían de ser imprescindibles para cualquiera que abordara la tarea de escribir una obra de tal índole. Ahora bien, si se considera la estructura analizada en la primera parte de nuestro trabajo, Plutarco, estamos seguros de ello, tuvo en la mente, por encima de todos, un modelo muy bien conocido para él y para nosotros: el *Banquete* de su divino maestro Platón, a quien siguió tanto formal como conceptualmente.

---

por una forma dialogada en los dos primeros, en tanto que expresan sus dudas con respecto a Dídimo, FUHRMANN, *Plutarche, Oeuvres Morales,* págs. XV-XVI, y BOLKESTEIN, *Adversária critica...,* págs. y 3 sigs.

[21] Cf. BOLKESTEIN, *ibid.,* pág. 9.

[22] «Zur Entstehumg der *Tischgespräche* Plutarchs», *Khárites für Leo* (Berlín, 1911), 170-187, y «Zur indirekten Überlieferung der *Tischgespräche* Plutarchs», *Hermes* 73 (1938), 307-328, concretamente págs. 325 y sigs.

[23] Así lo reconoce BOLKESTEIN, *Adversaria critica...,* pág. 33.

[24] Cf. *ibid.,* pág. 18, y FUHRMANN, *Plutarche, Oeuvres Morales,* página XVI.

Desde el punto de vista estructural, Platón establece un clímax muy parecido al adoptado por Plutarco, pues ya de entrada se deja bien claro que los distintos asistentes al banquete van a seguir un turno jerárquico por orden de importancia en la exposición de sus discursos sobre el Amor [25]. En todos ellos, al igual que en nuestro autor, se establece una gradación, de acuerdo con la cual el que a continuación toma la palabra tratará de recoger y ampliar las opiniones del anterior, como hace Pausanias con Fedro y, a su vez, Erixímaco con Pausanias. Dentro de esta correlación, y aunque sus respectivos discursos supongan doctrinas distintas [26], Aristófanes representará un avance mayor, y aún más el poeta Eratón, quien, según sus propias palabras, intentará dar una definición del Amor, no sin antes admitir algunos puntos en los que se basaron sus antecesores en el uso de la palabra [27]. Y frente a todos ellos y cerrando el ciclo encontramos el discurso de Sócrates, el más conseguido por ser el más original y filosófico y porque, con extrema habilidad, rebate punto por punto las tesis de sus compañeros de mesa, cuyas exposiciones, a pesar de haber deleitado antes a los asistentes por su espíritu retórico, científico y sofístico, se revelan ahora, a la luz del discurso de Sócrates, como vacías, por no

[25] Véase Gallardo, «Estado actual...», pág. 129.

[26] Cf. *ibid.*, pág. 133.

[27] En dicho sentido, cf. L. Gil, *Banquete*, Guadarrama, Madrid, 1969, pág. 13, donde el autor, acertadamente, observa que el discurso de Fedro, aun dentro de su evidente superficialidad, sienta las bases para ulteriores argumentaciones; y pág. 20, en la que señala que Eratón establece el principio de que, para hablar sobre algo, es fundamental conocer su naturaleza y efectos, si bien incurre en el error de confundir la naturaleza del Amor con el amado.

haber sabido ahondar, como este último, en la verdad, reservada al filósofo [28].

¿Y no es ésta la forma de actuar de Plutarco en sus *Quaestiones convivales?* Como Sócrates, el auténtico filósofo, se enfrenta a retóricos, médicos y sofistas, así también Plutarco, reservando la última intervención para aquellos que, o bien son filósofos, o llevan impreso en su carácter el sello de la originalidad. Si lo ha conseguido o no, es otro cantar, pero su propósito no es otro que atacar y desenmascarar el saber vulgar, el cientifismo en boga representado por los epicúreos, la pedantería, y esa erudición que se ampara en los libros descuidando la imaginación y la capacidad de inventiva, aunque, naturalmente, él caiga muchas veces en el defecto que pretende criticar, pero todo ello es un mal de su época.

Pero es que, además, Plutarco, que esencialmente es platónico [29], se vale, en el estudio de cualquier problema, del mismo tipo de análisis que su augusto maestro en su día pusiera en práctica, y no sólo en aquellos temas en que se defiende a ultranza a Platón, como en VII 1, donde justifica la afirmación platónica de que la bebida pasa por los pulmones [30], o que la divinidad no engendra como los

[28] Ya F. Rodríguez Adrados, «El *Banquete* platónico y la teori del teatro», *Emerita* 37 (1969), 1-28, concretamente en pág. 10, repar en que es importante el orden en que se van durmiendo los distint asistentes. Para Gallardo, «Estado actual...», págs. 152-3, la explic ción, atinada a nuestro juicio, de que sea Sócrates el único que no duerma y vea la luz del nuevo día, reside en el hecho de que sólo filósofo le corresponde la dicha de contemplar la Belleza absoluta.

[29] Cf. H. Dörrie, «Die Stellung Plutarchs im Platonismus seiner Zeit en *Festschrift Merlan,* Berlín, 1970, págs. 36 y sigs., y Volkman *Leben...,* vol. II, pag. 52.

[30] Cf. Volkmann, *ibid.*, pág. 61.

mortales (VIII 1), o las tres causas tocadas por Platón con relación al hombre (IX 5) [31] y la superioridad de la geometría sobre la aritmética (VIII 2) [32], o las distintas partes que componen el universo y las Musas que las rigen (IX 14), o la idea platónico-aristotélica de que el universo, por ser perfectísimo, preexiste a todo y que la primera generación surge de la tierra (II 3), o, por último, las causas que dieron origen al mundo: Dios, materia e idea (VIII 4), sino también porque Plutarco ha hecho suyo, en cualquier problema que aborde, el método platónico, como a continuación veremos desglosándolos por apartados.

A) Lengua. — En lo que toca a este apartado, la postura de Plutarco, al igual que la de su maestro, es esencialista. Frente a las teorías relativistas, que consideran la realidad como un continuo flujo, Plutarco, siguiendo a Platón, piensa que en el trasfondo de las cosas siempre hay algo inmutable y esencial, aprehensible por la razón. Por ello, también las unidades lingüísticas poseen una entidad autonómica con capacidad, incluso, para la hipóstasis, es decir abstracción o transformación de lo relativo en absoluto, cosa nada sorprendente en un sistema que estima que tras los objetos y personas se esconde algo firme e inmutable.

Los nombres, como afirma Platón en su *Crátilo* [33], poseen unas señales *(sḗmata)* naturales, y no son, según creían

---

[31] Cf. *ibid.*, págs. 63-64.

[32] Cf. *ibid.*, pág. 63.

[33] Un estudio sobre esta cuestión ha sido llevado a cabo por F. Rodríguez Adrados, «Lengua, ontología y lógica en los sofistas y Platón», *Revista de Occidente* 96 (marzo 1971), 340-365, y 99 (junio 1971), 285-309, artículo al que remitimos al lector interesado en el tema.

los sofistas, meros signos convencionales. Por ello, en palabras de Crátilo, y de Sócrates también, «quien conoce los nombres de las cosas conoce también las cosas» (*Crátilo* 435d), porque un nombre es una imitación de un objeto y no una etiqueta arbitraria. Para demostrar dicha teoría, Sócrates no siente reparo alguno en violentar las palabras en una serie interminable de etimologías —casi todas ellas falsas y fantásticas—, que es exactamente la forma de proceder de Plutarco a lo largo de su obra, de una forma tan prolija, que un inventario de ellas resultaría, por demás, fastidioso e innecesario [34].

B) El saber vulgar. — Es objeto de crítica, por parte de Plutarco, por no profundizar en los primeros principios que rigen un fenómeno [35], cual es la labor de un verdadero filósofo. De esta forma, la causa real de que un barco navegue lentamente no es la rémora, por ejemplo —en realidad, causa concomitante—, sino el progresivo deterioro de su quilla (II 7). Igualmente, los caballos llamados *lycospádes* (II 8) no son fogosos y valientes por haber escapado a los lobos, sino que escapan a ellos precisamente porque lo son. Las trufas no son producidas por los rayos y truenos que penetran en la tierra, sino por el agua cálida y fecunda que los acompaña (IV 2*a*). El que un rayo no dañe a una persona dormida no tiene nada de milagroso, como el vulgo cree, sino que se debe a que el cuerpo en ese estado no ofrece resistencia a otro elemento mucho

[34] La ridiculización de algunas etimologías llevada a cabo por Lamprias, el hermano, en VIII 6, no invalida lo dicho, sino que más bien lo confirma, ya que el hermano está criticando a los que hacen un uso malo y superficial de ellas.

[35] Cf. Volkmann, *Leben...*, vol. II, pág. 6.

más fuerte que él (IV 2*b*). A Mitrídates no se le apodó Dioniso por ser un extraordinario bebedor, sino por haber sufrido de pequeño con un rayo una experiencia similar al dios (I 6*b*). La tribu eántide, si no queda jamás en último lugar en las competiciones en que participa, no es por razones inmediatas, cuales son los personajes famosos nacidos de ella, sino por su héroe epónimo, Ayante, que no soportaba, muy bien que digamos, la derrota (I 10). Y, finalmente, el agua del Nilo, si no se recoge de noche, no es porque no hace calor a esa hora, sino porque en esos momentos se ha remansado ya y no se halla turbia (VIII 57).

C) LAS POSTURAS «EMPÍRICAS». — Defendidas por los científicos, son, igualmente, condenadas por padecer un mal parecido al del saber vulgar. 1.°) Los científicos saltan a la primera conclusión que se les viene a la cabeza [36] sin haberla sometido a un análisis minucioso, como es el caso de V 3*b*, donde Lucanio, contra la opinión de un anónimo profesor de retórica, demuestra eruditamente que la corona de pino era antigua; y exactamente lo mismo ocurre, en V 2, con la poesía; en V 3*a*, con el pino consagrado a Posidón; en VII 9, con la costumbre —griega, por cierto, y antigua— de hablar de temas políticos durante la cena, y en I 6*a*, respecto al alcoholismo de Alejandro Magno. 2.°) Acuden a explicaciones retorcidas apoyadas en mecanismos y aparatos físicos complicados [37], que, en última instancia, sirven para dar razón de casos particulares de un fenómeno, pero no del fenómeno en general, como en

[36] Cf. I. M. CROMBIE, *Análisis de las doctrinas de Platón*, trad. esp., 2 vols., Madrid, 1979, vol. II, pág. 163.

[37] Cf. *ibid.*, págs. 164 y 233.

IX 3, en que Zopirión acaba demostrando que el número de las letras del alfabeto no se debe a otra razón que al azar, o en IX 5, donde Marcos, basándose en una operación aritmética simple, demuestra por qué dijo Platón que el alma de Ayante llegó la vigésima al Hades, y en IX 2, donde es el propio Plutarco quien, alegando, según dice, las sencillas explicaciones de su abuelo, ataca la manida teoría del gramático Protógenes, que rutinariamente se exponía en las escuelas, de por qué la α era la primera letra del alfabeto.

En consecuencia, la auténtica misión del científico no es otra que la de ofrecer explicaciones generales [38], apartar sus ojos del mundo sensible, en continuo devenir, y fijarlos en lo que en realidad es, para así poder construir una ciencia menos empírica [39], capacitada en todo momento para aprehender las cualidades de las cosas [40], como hace Plutarco con el aceite en VI 9, con el cobre y con el calor de la luna y del sol en III 10, y no destinada a generalizar con casos particulares, que es justamente la forma de actuar de muchos médicos, rétores, gramáticos y, sobre todo, epicúreos.

Por ello, Plutarco, siempre tras las huellas de su maestro, censurará a los defensores de la teoría de los poros, por superficial e innecesaria a la hora de explicar el origen del apetito (VI 2 y 3), oponiéndoles, en cambio, razones esenciales basadas en las cualidades de las cosas y, sobre todo, «teleológicas», todas ellas aprendidas en Platón: la Naturaleza no es una vulgar chapucera que pone remiendos aquí y allá con sus poros y átomos, sino que, por enci-

[38] Cf. *ibid.*, pág. 165.

[39] Cf. *ibid.*, pág. 171, y VOLKMANN, *Leben...*, vol. II, pág. 6.

[40] Cf. CROMBIE, *Análisis...*, vol. II, pág. 170.

ma de todo, es orden (VIII 9), que empuja a cada ser a completarse con aquello de lo que está falto. Así, de todos nuestros componentes, el calor es el único o el que más precisa del líquido (VI 1), y por esta razón en verano consumimos más de él, mientras que durante el invierno la alimentación sólida es la más necesaria (II 2), y si las personas hambrientas calman su apetito bebiendo, es porque el agua hace que se reparta el alimento, viscoso y duro ya por falta de líquido, a través de todo el cuerpo, y el mismo efecto causan los baños (VI 2), que nos hacen recuperar la humedad perdida, en tanto que los vómitos tienen por misión expulsar los elementos extraños al organismo (VI 2). La propiedad de las almendras no consiste en desgarrar los poros, con lo que se evita la borrachera, sino que más bien el sabor amargo, como el de las almendras y las cremas de las mujeres, por ser desecante, reseca y disipa los líquidos no permitiendo que se dilaten las venas, con cuya hinchazón sobreviene el emborracharse (I 6).

Como principio vital, el calor es la causa de los olores agradables y de la fogosidad en las relaciones sexuales (I 6); de que la higuera ablande la carne de un ave colgada de ella (VI 10); de que el hálito del lobo haga también más sabrosa la carne de las ovejas matadas por él (II 9); de que en el organismo humano triture los alimentos (IV 1 y VI 3); de la bulimia, cuando el calor abandona el cuerpo (VI 8); de que las fiebres impulsen el líquido al interior del cuerpo, donde se concentra, dando lugar a que el resto se seque (VI 2), y de ablandar los granos de trigo (VII 2). Y lo es también de que los ancianos gusten, entre otras impresiones fuertes, del vino puro, porque su naturaleza es ya débil y reseca (I 7 y V 4). Y, a la inversa, es con el frío como se debe explicar la dureza de los granos de trigo (VII 2) y fenómenos similares.

Así, pues, todo en este mundo marcha por los caminos que le traza la sabia Naturaleza, que tiene sus reglas propias, a partir de las cuales nos es posible sentar dos principios básicos:

1.°) *Lo semejante no afecta negativamente a lo semejante* (IV 1 y VI 3), sino que lo ampara y nutre (III 2), como en el ejemplo del amor (I 5) y de los sabores dulces mezclados con el vino (III 7), a no ser, claro está, que se abuse, cual es el caso de la repleción, el ocio y molicie, pues éstos, al no aportar lo adecuado a las naturalezas, consiguen que los cuerpos adquieran una mezcla distinta en cada caso y con ello sobrevienen las enfermedades, cuyo origen hay que buscarlo aquí en la tierra, no en otros mundos o intermundos (VIII 9). Ni tampoco tiene sentido pensar que el agua de un pozo, fría de por sí, se caldee ante la presión del aire que la rodea, también frío (VI 4), ni que el agua de los pozos o ríos se enfríe por un mecanismo complicado, sino por el aire exterior y más si es retenido en el fondo por objetos fríos y duros, como son las piedras y el plomo (VI 5); ni que los ancianos lean mejor los escritos de lejos por la convergencia de los rayos de luz, sino porque la luz que sale de sus ojos es débil, y si acercan el libro, la intensidad lumínica de éste les afecta, pero no, en cambio, si lo retiran, porque entonces ambas corrientes armonizan (I 8) [41]; ni que los paños y la paja sean cálidos, sino, más bien, fríos y por comprimir la po-

---

[41] Si Plutarco en esta cuestión no maneja el tercer componente platónico que hace posible la visión, el color de los objetos (*República* 507d), y sí, en cambio, los otros dos citados (*Timeo* 45b ss.), no es sólo porque esté improvisando y, por ello, no acuda a sus anotaciones, como piensa Abramowiczówna, «Plutarchs», pág. 87, sino también, y sobre todo, porque ese tercer componente le estorba en la armonización que está ensayando.

rosidad de la nieve la aíslan del calor (VI 6); ni, por último, recurrir a esos inoportunos átomos para explicar el sonido, sino una cosa mucho más simple, el aire (VIII 3).

Sin embargo, con la aplicación de unos principios tan apriorísticos se llega a veces a auténticos disparates, como cuando Plutarco nos asegura que la mujer resiste el vino puro mejor que los ancianos por su naturaleza más húmeda y fría que la del hombre, que hace que el vino se amolde mejor a su constitución (III 3).

2.°) *Al contrario, una cosa se ve afectada por su opuesto:* si la yedra se agostó y secó al ser trasplantada a Babilonia, ello se debe a que la planta es fría y en ese país domina un calor agobiante (III 2). El vino puro causa trastornos en el cuerpo de los ancianos, porque ambos poseen cualidades contrapuestas, el primero es húmedo y los últimos secos (III 4), lo que no se contradice con que les guste, por cumplir con el fin teleológico de la naturaleza. La razón de que el otoño sea funesto para los árboles estriba en la sequedad de esta estación, lo más perjudicial, precisamente, para la humedad y el calor, necesarios en las plantas, y por idéntico motivo hace a nuestros cuerpos proclives a las enfermedades (VIII 10). Si las coníferas no se dejan injertar, hay que achacarlo a su naturaleza que no es tornadiza como la tierra (II 6), y otro tanto ocurre con la palmera (VIII 4), y, finalmente, si el agua del mar no es buena para lavar, como la de río, su causa no está en la fusión de elementos espesos y terrosos, cuya mezcla origina la salobridad del mar, según afirmaba Aristóteles [42], sino en ser más grasa y, por ello, producir manchas (I 9).

[42] En este punto hay que recordar que Plutarco ignoraba que los *Problemata* no habían sido escritos por el fundador del Perípato.

Y, de nuevo, con su antiempirismo por bandera, Plutarco vuelve a incidir en errores de bulto, como en III 5, donde, para explicar que las personas que beben mucho no son aptas para la procreación, se ve obligado a argüir que el vino es, más bien, frío por naturaleza, en tanto que en VII 3 afirma que la fuerza del vino es el calor, porque en esta última cuestión ha de oponerlo a la cualidad del aire.

D) En cuanto a diversiones, bebidas, bromas y compósturas. — En los banquetes, Plutarco estima que el decoro y la moderación siempre deben reinar en ellos, tanto en chanzas (II 1), preguntas (I 4), citas de versos (IX 1) y espectáculos (I 4), como en la mezcla de vino (III 9 y VI 7). A los bailes frenéticos se les condena enérgicamente, pues los placeres que se nos introducen por la vista y oído son los más peligrosos, por afectar, contra la teoría epicúrea, a la parte racional del alma (VII 5), si bien dichos placeres son admisibles cuando resulten inofensivos (VII 7) y adecuados a un banquete (VII 8). Ahora bien, el mayor deleite de un banquete reside en una conversación grata (V 5, 6 y VII 8), de la que no están excluidos los temas filosóficos (I 1, V 5 y VII 8), ni los políticos (VII 10), siempre que sepan adaptarse al tono de la reunión.

Lo que toca a la etiqueta de los banquetes, como es la colocación de los comensales, varía según las circunstancias y, por ello, no están reñidas las opiniones de Plutarco y Lamprias en I 2; y lo mismo cabe decir del número de invitados (V 5) y de los «sombras», a los que no hay inconveniente en admitir, siempre que sean personas agradables y amigos íntimos tanto del anfitrión como de quien los invite (VII 6).

Nuestros sentimientos humanitarios nacidos del trato son los que nos mueven a compasión con los animales te-

rrestres (IV 4), no así con los marinos, aunque no nos hayan hecho daño alguno (VIII 8); y es la utilidad que nos reportan algunas cosas, como la sal (V 10) o el fuego (VII 4), la que ha creado en nosotros el hábito de considerarlas divinas.

En otros terrenos, también, Plutarco se adhiere con fe a la doctrina platónica, como en la explicación que da al hecho de que nos atraigan las imitaciones teatrales [43] en V 1, en total contraposición con las teorías epicúreas, y contra ellas, asimismo, defiende en III 6 la consumación del acto amoroso durante la noche. Los repartos de alimento o cualquier otra cosa han de basarse en el mérito particular y no en la pretendida igualdad democrática (II 10), y, finalmente, alma y cuerpo forman una unidad tan estrecha, que lo que afecta a uno de ellos hace lo propio con el otro (III 8 y V 7).

En resumidas cuentas, si se observan con detenimiento las teorías expuestas, se notará que ellas, a pesar de las incongruencias propias de un sistema apriorístico y deductivo, forman un cuerpo homogéneo y coherente, cuya finalidad es explicar, siguiendo siempre el principio teleológico, cualquier faceta del saber humano, frente al saber vulgar, incapaz de distinguir causa real de causa concomitante, y frente a las teorías empíricas, que incurren en un defecto parecido, y, dentro de las últimas, sobre todo, contra la escuela epicúrea, que con sus impertinentes átomos había llegado nada menos que a la negación de la teleología en la Naturaleza y del alma en el hombre.

---

[43] En tal aspecto véase J. S. Lasso de la Vega, «El diálogo y la filosofía platónica del arte», *Est. Clás.* 12 (1968), 311-374 y el artículo ya mencionado de Rodríguez Adrados, «El *Banquete* platónico...».

III. *Finalidad de la obra*

Los siglos I y II d. C., época en la que vivió Plutarco, conocieron bajo los reinados de Nerva y Trajano un resurgir de las escuelas filosóficas griegas antiguas [44]. Con el romanticismo característico de un renacimiento se vuelven los ojos al modelo griego y se intenta restaurar un pasado glorioso. Así, vuelven a florecer sistemas filosóficos como la sofística, el estoicismo, el epicureísmo [45] y, lógicamente, el platonismo, al que muchos miembros de la Academia intentaron dar un aire moderno [46]. En este renacer de la filosofía los hombres vuelven a plantearse los problemas que preocuparon a sus ilustres predecesores, y, pertrechados con sus doctrinas, intentan dar una explicación, naturalmente sin la frescura de sus antecesores, del mundo que les rodeaba.

Por supuesto, Plutarco no podía ser menos, como lo revela toda una vida dedicada al estudio y asimilación de la obra de su áureo maestro; y es por esta senda, creemos, por donde se ha de buscar la razón de que Plutarco concibiera la empresa de escribir sus *Quaestiones convivales*. Este escrito no es una obra de juventud, sino que, muy al contrario, corresponde a su época de madurez y, probablemente, sea una de las últimas de su larga y fecunda vida [47], cuando ya se habían asentado en su espíritu las doctrinas de Platón, a quien junto con Amonio, el entrañable

---

[44] Cf. VOLKMANN, *Leben...*, vol. I, pag. 6.

[45] Cf. *ibid.*, págs. 7-9.

[46] Cf. *ibid.*, págs. 10-11.

[47] Sobre la fecha de su composición, cf. *ibid.*, vol. II, pág. 177; BOLKESTEIN, *Adversaria...*, pág. 24, y ZIEGLER, «Plutarchos», col. 888.

maestro que le acompañó en sus primeros pasos por el platonismo, intentará rendir un último homenaje con sus *Symposiaká,* como trataremos de demostrar a continuación.

Es innegable que Plutarco, en algunos aspectos, se ha inspirado en los problemas de Aristóteles, considerados auténticos por él [48], pero no es menos verdad que esta inspiración es más «temática» que de otro tipo. Y lo prueba el que en muchos pasajes de su obra en los que menciona al de Estagira, con todo el afecto que le manifieste, lo hace o bien para ampliarlo [49], o bien para rebatirlo [50], pero en pocas ocasiones para darle la razón [51]. Y es que Plutarco, que en lo esencial es platónico [52] y profesa esta doctrina no al estilo de los académicos de su tiempo, sino de la forma que él estima más pura y genuina [53], se siente

[48] Cf. Fuhrmann, *Plutarche...*, pág. XXI, y Abramowiczówna, «Plutarchs...», pág. 88.

[49] Son: 650A, 652A, 656B-D, 690C y F, 704F, 720D, 734E y 735C; y lo mismo se puede afirmar respecto a Teofrasto.

[50] Así en 627A-D, 694D y 724D.

[51] Como en 659D, 696D y 702B. En todo caso, si hay algo de Aristóteles en Plutarco en el terreno científico, la causa se debe poner en que el estagirita en este campo opera de forma parecida a Platón, conforme demuestra A. Fouillée, *Aristóteles y su polémica contra Platón,* trad. esp., Buenos Aires, 1948, pág. 16. Por contra, carece de fundamento la afirmación de Abramowiczówna, «Plutarchs...», pág. 88, de que Plutarco en filosofía *sensu stricto* sigue a Platón, pero en los temas científicos a Aristóteles y los peripatéticos.

[52] Añádase a citas anteriores M. R. Flacelière, «État présent des études sur Plutarque», en *Actes du VIIIᵉ Congrès de l'Association Guillaume Budé,* París, 5-10 abril, 1968, pág. 501 y, sobre todo, pág. 505, donde afirma que Plutarco toma a Aristóteles sólo ocasionalmente.

[53] Véase, en las *Actas* citadas en n. ant., la comunicacion de H. Dörrie, «Le platonisme de Plutarque», pág. 520, que hace extensiva esta afiliación también a Amonio.

un nuevo Sócrates, como ya observara Hirzel [54], carente, eso sí, de su *kainotomía*, porque, en realidad, no abre nuevos caminos, sino que se limita a conservar los ya establecidos [55]; pero, como su predecesor, tomará la palabra a favor de la filosofía —de lo que él cree auténtica filosofía— contra la retórica y sofística [56]. En su imitación de Sócrates probará a ser original, aunque, por supuesto, carezca de su talento, y, así como Platón consideró su primer enemigo a Demócrito, por más que calle su nombre [57], así también Plutarco se enfrentará a un seguidor del atomisma, Epicuro, a cuyo sistema coherente y vitalista [58] opondrá otro, a su juicio, no menos congruente, el de Platón, aún vivo y con brío suficiente para ofrecer una visión global del hombre, en sus aspectos físico y espiritual, mucho más completa que la que descansa en un puro materialismo.

Que éstas son las miras de Plutarco en su obra, se desprende de la Introducción del libro I, donde nos dice que es labor de los más afamados filósofos registrar por escrito las conversaciones mantenidas durante la bebida y que, por consiguiente, él se siente incluido en este grupo [59]. Ahora bien, desde la época de Platón a la de Plutarco ha llovido mucho y ni el hombre ni el ambiente son los mismos. Por

[54] *Der Dialog*, vol. II, pág. 227.

[55] Cf. Ziegler, «Plutarchos», col. 893.

[56] Cf. Gallardo, «Estado actual...», pág. 153.

[57] Cf. García Gual, «Epicuro...», pág. 388.

[58] Cf. *ibid.*, pág. 380.

[59] Así lo entienden Kahle, *De Plutarchi ratione...*, pág. 63, cuando afirma que los que siguieron a Platón escribieron diálogos filosóficos por parecerles la forma más noble de expresar sus doctrinas filosóficas, y de una forma similar Bolkestein, *Adversaria...*, págs. 2-3.

ello, Plutarco habrá de basarse en esa literatura dedicada a los *Banquetes*[60], que fomentaba todo tipo de preguntas y respuestas[61], y, casi sin darse cuenta, al criticar posturas eruditas, incurrirá en su mismo defecto, porque ni su época ni él se distinguieron por un espíritu creador[62], y Plutarco en esto es hijo de su tiempo. Pero, en el fondo de su alma, se creerá un nuevo Sócratres, que aguijonea a sus conciudadanos con constantes preguntas, preguntas que ahora respiran un aire muy aburguesado y lejano del que animó a los contemporáneos de Sócrates.

Por todo ello, es injustificado afirmar, como lo hace Fuhrmann[63], que Plutarco se limitó a tomar notas de aquello que le pareció interesante con vistas a un empleo futuro, sin un fin determinado, porque el de Queronea, según hemos visto, muestra una gran coherencia —con todo lo superficial que se quiera— en este escrito suyo. Ni tampoco creemos acertada la tesis de Bolkestein[64], según la cual Plutarco pretendía poner ante el público un libro variado con el fin de enseñar deleitando, ya que, aparte de eso, secundario en nuestra opinión, nuestro autor quería dejar constancia, particularmente en el terreno científico, de la vigencia de unas teorías bien digeridas a lo largo de su dilatada vida. Y también resulta incompleta la postura defendida por Abramowiczówna[65]: es posible que Plutarco refleje la opinión de los hombres cultos de su época, pero

---

[60] Cf. Martin, *Symposion...*, pág. 179, y Ziegler, «Plutarchos», col. 890.

[61] Cf. Volkmann, *Lieben...*, vol. I, pág. 55.

[62] Cf. Ziegler, «Plutarchos», col. 888.

[63] *Plutarche...*, pág. XXIII.

[64] *Adversaria critica...*, pag. 43.

[65] «Plutarchs...», pág. 88.

por encima de ello se ha de situar la defensa a ultranza de un sistema filosófico que aún alienta en el corazón y espíritu de un hombre que se siente heredero de Platón. Y, por último, mucho menos sentido tiene acusar a Plutarco de escéptico [66] en las soluciones ofrecidas por él en las distintas cuestiones. Podrá pecar de superficial —lo admitimos—, pero nunca de escéptico; pues, a pesar de que el propio Plutarco en alguna ocasión asegure que un problema se ha de investigar, aunque no aporte otra utilidad que la de ejercitarse [67], y en reiterados casos —añadimos nosotros— diga que aborda determinados problemas de un modo improvisado [68], la verdad es que otras muchas veces arremete contra lo «convincente» sólo y persigue la «verdad» [69], y en uno y otro caso ofrece soluciones con una fe ciega en las teorías platónicas. Es cierto, como asegura Dörrie [70], que las *Quaestiones convivales* no tocan el fondo del sistema filosófico de Platón ni tienen la profundidad de su maestro, pero el método de análisis es el mismo, y es perceptible, además, un intento de imitación consciente, como prueba la congruencia plutarquiana

[66] Tal es la postura de ZIEGLER, «Plutarchos», col. 891.

[67] Así lo dice en 628C y 646A, y en ello se han fundamentado KAHLE, *De Plutarchi ratione...*, pág. 51; FUHRMAN, *Plutarche...*, pág. XXIV, y ABRAMOWICZÓWNA, «Plutarchs...», pág. 82, para considerar que Plutarco persigue más «lo verosímil» que «lo verdadero».

[68] Para Plutarco, 629E, 639E, 652B, 665E 682C, 723E y 746B; para Lamprias, 635C; para otros, 719C y F. Pero ello apunta a la función que antes hemos llamado «original», representada por él, su hermano y algunos otros más.

[69] 625A, 641D, 687E, 689B y 691D. KAHLE, *De Plutarchi ratione...*, pág. 40, reconoce, como nosotros, que en Plutarco una sola es la opinión verdadera en la inmensa mayoría de las cuestiones.

[70] DÖRRIE, «Die Stellung...», pág. 522.

en los diversos temas tocados [71], si bien, como dijimos antes, sería un grave error confundir el talento de Plutarco con el de Platón, entre los que media todo un abismo, y, por otro lado, las comparaciones, como se sabe, son odiosas.

IV. *Autenticidad de su obra*

Y llegamos al problema más conflictivo de las *Quaestiones convivales,* el de saber si responden a conversaciones realmente mantenidas o no. Los que apoyan su historicidad se basan en que las precisas indicaciones ofrecidas por Plutarco sobre sitios, fechas y personajes [72] en bastantes de los banquetes muestran que nuestro autor fue tomando notas de dichas conversaciones [73] y, posteriormen-

[71] DÖRRIE, *ibid.,* pág. 525, opina que Plutarco no es un ecléctico, sino que posee un juicio filosófico claro, el de Platón. Por otro lado, es inexacta la opinión de ZIEGLER, «Plutarchos», col. 890, según la cual Plutarco recuerda a Platón sólo en la introducción de amigos y familiares, pues su método de análisis, como se ha podido comprobar en este trabajo, es totalmente platónico. Sobre su platonismo, en lo tocante a los ideales panhelénicos, cf. A. BRAVO GARCÍA, «El pensamiento de Plutarco acerca de la paz y la guerra», *Cuad. Filol. Clás.* V (1973), 141-191, especialmente págs. 159 y sigs. (Resumen de su tesis doct.)

[72] E. GRAF, «Plutarchisches», en *Commentationes O. Ribbeck oblatae,* Leipzig, 1888, págs. 59-61 y 64; HIRZEL, *Der Dialog,* vol. II, página 224, a quien se suma ZIEGLER, «Plutarchos», col. 887; VOLKMANN, *Leben...,* vol. I, págs. 24 y 55; W. Kiaulehn, «De scaenico dialogorum apparatu capita tria», *Phil. Hal.* XXIII, 2 (1913), 195-196; J. J. HARTMAN, *De Plutarcho scriptore et philosopho,* Leiden, 1916, pág. 388; ABRAMOWICZÓWNA, «Plutarchs...», pág. 85, y *Commentarius criticus et exegeticus ad Plutarchi Quaestionum Convivalium I et II* (en polaco, con un resumen en latín), Torun, 1960, pág. 229.

[73] ABRAMOWICZÓWNA, «Plutarchs...», págs. 85 y 88, y ZIEGLER, «Plutarchos», col. 887.

te, con el aditamento de fuentes literarias [74] y la precaución de no afirmar nada que no correspondiera al carácter y formación de las personas puestas en escena, confeccionó su obra.

Y, a la inversa, los detractores de la historicidad, apoyándose en la carta de Cicerón [75] y en que, al lado de las precisas indicaciones, existen «cuestiones» desprovistas de la más mínima alusión a sitios y personajes [76], estiman que Plutarco, para la composición de su escrito recurrió, sobre todo, a las notas tomadas de sus lecturas, lo que, en última instancia, no significa que todas las «cuestiones» sean fingidas [77].

Pues bien, tras el análisis interno efectuado por nosotros en estas páginas, tal vez se esperase que aportáramos una solución definitiva al problema, pero lamentablemente no podemos ofrecerla. Contra una historicidad a ultranza parecen abogar el caso ya citado de los jardines de Sóclaro y también la estructura de la obra, que despide olor a libro más que a la propia vida. En su favor parecen hablar las observaciones de la autora polaca Abramowiczówna de que Lamprias, en I 2, expresa su propia opinión y no la de Plutarco [78], y el tema relativo a la visión antes estudiado.

[74] Hirzel, *Der Dialog*, vol. II, pag. 224, n. 3.

[75] *Ad fam.* IX 8, donde escribe a Varrón diciéndole que no se admire si en el diálogo se encuentra como interlocutor de conversaciones jamás sostenidas, pero esa era la costumbre imperante en su época.

[76] U. von Wilamowitz-Moellendorff, *Commentariolum grammaticum*, Gotinga, 1889, vol. III, pág. 24; Martin, *Symposion...*, págs. 173 y sig.; Bolkestein, *Adversaria critica...*, págs. 45-6, y Fuhrmann, *Plutarche...*, págs. VIII y sigs.

[77] Cf. Fuhrmann, *ibid.*, pág. XVIII.

[78] Abramowiczówna, «Plutarchs...», pág. 86.

Por otro lado, la utilización de fuentes literarias, puesta de manifiesto por Hubert [79], no desmiente la historicidad, como bien ha mostrado Ziegler [80]. Súmese a todo ello que la afirmación de Plutarco, en la Introdución al libro II (629E), de que va a reproducir las conversaciones tal y como le vinieron a la memoria, se ve corroborada por los hechos, pues, aunque algunas cuestiones muestren entre sí una ilación clara, en el resto no se ve hilo conductor que agrupe en modo alguno las cuestiones. Además, que los banquetes eran una ocasión propicia para favorecer todo tipo de conversaciones entre los comensales, según su extracción social, como dice Plutarco en las Introducciones a los libros V (673A), VII (697E) y VIII (717A), no tiene nada de sorprendente en el mundo griego antiguo, ni tenemos por qué dudar de su veracidad.

Nuestra opinión personal es que, en los *Symposiaká,* hay un poco de todo difícilmente discernible. Se mezclan, creemos, recuerdos con auténticas disputas de escuela, cuyo denominador común es la justificación de una vida dedicada al platonismo y su profunda y sincera devoción a su fundador. La crítica interna, efectuada por nosotros a lo largo de estas cuartillas, muestra los fines y fuentes de la obra y, en último extremo, que las conversaciones —por su rígida estructura-jamás tuvieron lugar como Plutarco las transmite, sino que fueron sometidas a una profunda reelaboración; pero, como Fuhrmann [81] lamentara, no puede confirmar si son o no históricas y, con toda honestidad, así lo hemos de reconocer.

[79] «Zur Entstehung...», pág. 187.

[80] «Plutarchos», col. 887.

[81] *Plutarche...,* pág. XI.

V. *Historia del texto*

El texto de las *Quaestiones convivales*[82] nos ha sido transmitido por trece manuscritos, siendo uno de ellos, el *Codex Vindobonensis Graecus* 148(T), el arquetipo del que derivan todos los demás. Dicho códice, que data del siglo x o principios del xi, fue comprado en Constantinopla, allá por el año 1562, por Augerio de Busbeck y, en un principio, constaba de treinta y ocho cuadernos, de los cuales se perdió el núm. 35, que comprendía las cuestiones 6-12 del libro IX, salvándose sólo el comienzo de la primera y el final de la última.

Según la hipótesis de Hubert[83], la desaparición del cuaderno núm. 35 ha de achacarse a una reorganización de los cuadernos núms. 34, 35 y 36, ordenados durante cierto tiempo a la inversa. Al efectuarse, pues, su correcta distribución, debió de perderse en su totalidad el núm. 35 y, asimismo, desaparecieron las tres primeras hojas del 36.

Además de ello y con anterioridad a que se copiasen de T los manuscritos que nos han llegado, se perdió también el final del libro IV desde la cuestión 6. Sin embargo, el copista abrigaba la esperanza de que con el tiempo se recuperara el texto perdido, como lo muestra el que señaló la laguna dejando sin escribir dieciocho líneas y rematando, con esta parte del libro IV, el cuarderno 16. Animado por el mismo sentimiento, algún bibliotecario cambió la numeración del cuaderno 17 por la del 18, y así sucesivamente hasta el final.

---

[82] En este apartado, como en el siguiente, seguimos a C. Hubert, en el prólogo a su edición: *Plutarchi Moralia* (Teubner), vol. IV, 1971^2, págs. XI-XXIII.

[83] *Ibid.*, pág. XII.

En época posterior, cuando ya se había llevado a cabo la copia de T, desaparecieron, además, los cuadernos 19 (676,C *stémma* — 680,D *historéitai dé)*, 26 (704,F *tôn alógōn* — 709,A *skiôn*) y 38, que parecía contener en dos de sus hojas el final de la obra (desde 747,E *Hêrēn te...)*.

Los manuscritos derivados, que en su mayoría no se limitan al texto de las *Quaestiones convivales*, como T, sino que incluyen en sus páginas otras obras de Plutarco, se escinden en dos familias:

a) Los que parecen arrancar directamente de T, que son, simplemente, dos:

Parisinus gr. 2074(P), del siglo XIV. Contiene sólo las *Quaestiones.*
Palatinus gr. 170(g), del siglo XV.

b) Los que proceden del famoso monje bizantino, del siglo XIII, PLANUDES, o de sus sucesores, que no se remontan directamente a T, sino a un manuscrito intermedio perdido, utilizado por el monje:

Vaticanus gr. 139 (γ), un poco posterior al año 1296.

Copias de él son:

Parisinus gr. 1680, del siglo XIV.
Marcianus gr. 248, copiado por JEAN RHOSOS en 1455.
Laurentianus 80, 5, del siglo XV. Contiene sólo los cuatro primeros libros de las *Quaestiones.*
Cantabrigensis 2601, del siglo XV. Incluye las *Quaestiones* hasta IX 5 (*synáptōn,* 740, D).
Toletanus 51, 5, de los siglos XV-XVI, y quizá: *Vaticanus gr.*, 1676 (π), del siglo XV.

Del *Laurentianus* 80, 5 parte el *Urbinas gr.* 99 (υ), del siglo xv. Contiene sólo los cuatro primeros libros de las *Quaestiones*.

Por su gran concordancia con T, el *Parisinus gr.* 1672 (E), un poco posterior a 1302, parece derivar de un ejemplar común más antiguo que γ. Contiene no sólo los *Moralia,* sino también las *Vidas paralelas.*

De menor importancia es el *Athous,* del siglo xvii, que parece depender de γ sin aportar nada nuevo.

En consecuencia, para el establecimiento del texto el códice realmente imprescindible es el T; pero, en orden a completar los pasajes que se nos han perdido, vale la pena colacionar P, g, γ y E y quizá n.

VI. *La tradición indirecta*

Entre las obras que, de una forma u otra, se han basado en las *Quaestiones convivales* cabe destacar, en primer lugar, el libro VII de los *Saturnalia* de Macrobio, que repite, a menudo, con mayor amplitud que Plutarco, muchas cuestiones suyas sin citar su fuente. Sin embargo, ello no quiere decir que Macrobio haya manejado un ejemplar distinto al nuestro de las *Quaestiones,* sino que, más bien, se ha de pensar con Fuhrmann [84] en una utilización bastante libre de un manuscrito emparentado con T, pero con menos errores que él.

Algo así, también, debió de ocurrir con la obra de Michel Psellus *Omnifaria Doctrina;* con la de Eustacio, que continuamente alude a nuestra obra; con la *Varia Historia*

[84] *Plutarque, Propos de Table,* vol. IX, París, 1972, pág. XXXI.

de Eliano; el *Pedagogo* y *Stromateis* de Clemente de Alejandría; el tratado *Sobre la abstinencia* de Porfirio, y *Los Deipnosofistas* de Ateneo [85].

VII. *Ediciones y traducciones*

La *editio princeps* de los *Moralia* la llevaron a cabo en Venecia, en 1509, Aldo Manucio y Demetrio Ducas. Posteriormente, con las correcciones efectuadas por diversos eruditos del Renacimiento entre los que hay que destacar a Leonico Tomeo, Froben dio a la luz en Basilea, en 1542, una segunda edición, que, junto con la traducción latina, de Xylander, probablemente, sirvió de fundamento a Amyot para publicar su traducción en 1572, año que vio también la edición grecolatina de Henri Estienne, base de las ediciones modernas.

De un año más tarde data la traducción de Cruserius. En 1574 Xylander publicó una edición y, en 1599, aparece la edición de Francfort, que no es otra cosa que la incorporación de la traducción de Xylander al texto de Estienne. Sin fecha se ha de considerar la edición de Wittenberg, que Hutten estima como obra de Melanchton. El año 1642 conoce una edición de los *Moralia* de Rualde, y el 1774 la de Reiske, obra póstuma.

A D. Wyttenbach (Oxford, 1795-1830; Leipzig, 1796-1834) le corresponde el honor de haber preparado la primera edición crítica, a la que siguen las de Hutten (1798), Duebner (Didot, 1839-1846), Bernardakis (Teubner, I,

[85] Véase al respecto el artículo de M.ª DOLORES GALLARDO, «Los *Simposios* de Luciano, Ateneo, Metodio y Juliano», *Cuad. Filol. Clás.* , 239-296, concretamente pág. 252.

1888-1896); y, en lo que respecta a las *Quaestiones convivales,* la de Hubert (Teubner, II, tomo IV, 1938), y, finalmente, en época más reciente, la de E. L. Minar, F. H. Sandbach, P. A. Clement y H. P. Hoffleit (Loeb Class. Libr., VIII y IX, 1961-1969) y la de F. Fuhrmann (Les Belles Lettres, IX^1 y IX^2), ambas con traducción. La traducción de Fuhrmann, inmejorable por la riqueza de notas que sus páginas contiene, abarca, por desgracia, solamente los seis primeros libros de las *Quaestiones convivales.*

VIII. *Nuestra traducción*

Nuestra traducción que, creemos, es la primera que se publica en castellano, se basa fundamentalmente en la edición de C. Hubert; si bien en ningún momento hemos desatendido la inglesa y la francesa citadas en último lugar. Las variantes elegidas se consignan en las notas, en tanto que las conjeturas personales se indican a continuación.

Antes de cerrar la Introducción deseo mostrar mi agradecimiento a mis amigos Alfredo Róspide, Miguel Ángel Rivera, Francisco Gilabert, Luis Muñoz y Lucio Mora, que en todo momento me han ayudado tan desinteresadamente. Quisiera, por último, aunque no sea costumbre hacerlo en una traducción, dedicársela a mis amigos Antonio Plaza y Conchita Trenado, que cumplen a la perfección con el primer y más importante requisito de un banquete tal como Plutarco lo entendía y que no es otro que el de ser unos extraordinarios anfitriones.

NOTA TEXTUAL

	Otros editores	Nuestra lección
621D	παιδιάν] ⟨γῆν⟩ Doe.	παραλίαν La suprimimos.
640D	†ὥσπερ τὰ φλοιώδη καὶ νοτερὰ καὶ τὰ μαλακὰ...†	†ὥσπερ τὰ φλοιώδη καὶ νοτερὰ· καὶ γὰρ μαλακὰ...†
646B	ἧ] χρίματα Cobet, χρίσματα Steph.	ἡ χρώματα T
650B	ἀβαφῆς Steph., ἀναφῆς Hubert ἀδρανῆς Fuhrmann	ἀναρῆς
671B	οὔ⟨τω⟩ Po.,; ὡδέ που Basil. ὡδέ πως Wyttenbach, οὐ⟨κ εἰκῇ⟩ Hubert	οὕτως
695B	λέγεσθαι,] ⟨καὶ⟩ Re.	λέγεσθαι· La suprimimos.

BIBLIOGRAFÍA

Z. ABRAMOWICZÓWNA, *Commentarius criticus et exegeticus ad Plutarchi Quaestionum Convivalium I et II,* Torun, 1960 (en polaco, con un resumen en latín).

—, «Plutarchs *Tischgespräche*», *Altertum* VIII (1962), 80-88.

R. AULOTE, *Amyot et Plutarque: la tradition des Moralia au XVIe siècle,* Ginebra, 1965.

R. H. BARROW, *Plutarch and his times,* Londres, 1967.

H. BOLKESTEIN, *Adversaria critica et exegetica ad Plutarchi Quaestionum Convivalium librum primum et secundum,* tesis doct., Amsterdam, 1946.

A. BRAVO GARCÍA, «El pensamiento de Plutarco acerca de la paz y la guerra», *Cuad. Filol. Clás.* V (1973), 141-191. (Resumen de su tesis doctoral.)

H. DÖRRIE, «Die Stellung Plutarchs im Platonismus seiner Zeit», en *Festschrift Merlan,* Berlín, 1970, págs. 36 y sigs.

M. R. FLACELIÈRE, «État présent des études sur Plutarque», en *Actes du VIIIe Congrès de l'Association Guillaume Budé,* París, 5-10 abril, 1968, págs. 483-506.

M.ª D. GALLARDO, «Estado actual de los estudios sobre los *Simposios* de Platón, Jenofonte y Plutarco», *Cuad. Filol. Clás.* (1972), 127-191.

E. GRAF, «Plutarchisches», en *Commentationes O. Ribbeck oblatae,* Leipzig, 1888, págs. 59-71.

J. J. HARTMAN, *De Plutarcho scriptore et philosopho,* Leiden, 1916.

R. HIRZEL, *Der Dialog,* 2 vols., Leipzig, 1895.
C. HUBERT, *De Plutarchi Amatorio,* tesis doct., Berlín, 1903.
—, «Zur Entstehung der *Tischgespräche* Plutarchs», *Khárites für Leo* (Berlín, 1911), 170-187.
—, «Zur indirekten Überlieferung der *Tischgespräche* Plutarchs», *Hermes* 73 (1938), 307-328.
R. M. JONES, *The Platonism of Plutarch,* Chicago, 1916.
C. KAHLE, *De Plutarchi ratione dialogorum componendorum,* tesis doct., Gotinga, 1912.
W. KIAULEHN, *De scaenico dialogorum apparatu capita tria* (Phil. Hal. XXIII, 2), tesis doct., Gotinga, 1912.
J. MARTIN, *Symposion. Die Geschichte einer literarische Form* (Stud. zur Gesch. u. Kult. des Altert. XVII), Paderborn, 1931.
F. MARTÍN GARCÍA, «Las *Cuestiones Convivales* de Plutarco: Estructura, Fuentes y Finalidad de la obra», *Revista del Colegio Universitario de Ciudad Real* 2 (1983), 109-134.
—, «Análisis estructural de los personajes en las *Cuestiones Convivales* de Plutarco» (en prensa).
G. SOURY, «Les *Questions de Table* de Plutarque», *Rev. Ét. Gr.* LXII (1949), 322-326.
FR. ULRICH, *Entstehung und Entwicklung der Literaturgattung des Symposions,* 2 vols., Würzburgo, 1908/9.
R. VOLKMANN, *Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch von Chaeronea,* 2 vols., Berlín, 1869.
U. VON WILAMOWITZ-MOELLENDORFF, *Commentariolum grammaticum,* Gotinga, 1889.
D. WYTTENBACH, *Lexicon Plutarcheum,* 2 vols., Hildesheim, 1962 (= 1830).
K. ZIEGLER, *Plutarchos von Chaironeia,* Stuttgart, 1949.
—, «Plutarchos», en PAULY-WISSOWA, *RE.*, XXI, 1, 1951, cols. 636 y sigs.

LIBRO I

INTRODUCCIÓN 612C

Algunos afirman, Sosio Seneción[1], que el proverbio: «odio al bebedor de buena memoria»[2] se dice de los posaderos[3], por ser un tanto cargantes e incorregibles a la ho-

[1] Sosio Seneción, a quien Plutarco, aparte de la presente obra, dedicó el opúsculo *De profectibus in virtute* (o *Cómo percibir los propios progresos en la virtud* [B.C.G. 78]) y, al parecer, las *Vidas paralelas,* fue amigo íntimo y colaborador del emperador Trajano. Desempeñó el cargo de cónsul en los años 99, 102 y 107, y en el 106 tuvo una brillante actuación como almirante en la batalla contra los dacios. Platónico «modernizado» y enemigo de todo dogmatismo, así como de los estoicos, parece haber ejercido la influencia ética de su amigo Plutarco sobre el propio emperador.

[2] Dicho proverbio, poético en opinión de LUCIANO, *Banquete* III 1, 2, se encuentra, además, en E. DIEHL, *Anthologia Lyrica Graeca,* Leipzig, 1942, fr. 160 = D. L. PAGE, *Poetae Melici Graeci,* fr. 1002, ESTOBEO, *Eclogarum Physicarum et Ethicarum Libri II, III, 18, 27 (cod. S; om M A) III 520,* ed. de HENSE, Leipzig, 1884-1923, y MARCIAL, I 27, 7.

[3] El vocablo *epístathmos* ha planteado y sigue planteando serios problemas de interpretación. Su equivalencia con «simposíarco», como refleja P. A. CLEMENT en su traducción (*master of ceremonies*), no parece correcta, pues ya H. BOLKESTEIN, *Adversaria critica et exegetica ad Plutarchi Quaestionum Convivalium librum primum et secundum,* tesis doct., Amsterdam, 1946, págs. 48-48, anota que este término jamás ha signifi-

ra de beber. En efecto, los dorios de Sicilia, según parece,
D llamaban al posadero «el de buena memoria». Otros, en cambio, piensan que el proverbio recomienda olvidarse de lo que se dice y hace durante la bebida [4]. De ahí que las tradiciones patrias consagren a la divinidad, juntos, el olvido y la cañaheja [5], por estimar que o no se debe recordar ninguno de los excesos cometidos con el vino o, en última instancia, no requieren más que una leve e infantil reprimenda. Y como tú también opinas que el olvido de las excentricidades es en realidad prudente, según Eurípides [6],

cado tal cosa ni en nuestro autor ni en ningún otro, sino «soldados hospedados en una ciudad». Para BOLKESTEIN, *ibid.*, pág. 48, el término es el nombre de cierto magistrado que estaría a cargo de los pesos y al que identifica con un *mnâmōn*, funcionario al frente del registro entre los dorios. Más problable nos parece la explicación de B. A. VAN GRONINGEN, «*Miséō mnâmona sympótān*», *Mnemosyne* XII (1959), 136-7, quien lo traduce por «posaderos», como Amyot, versión seguida por Fuhrmann y que adoptamos nosotros.

[4] Así lo entienden LUC., *Banqu.* III 1, 2; ANTÍPATRO, *Antología Palatina* XI 31, 4, refiriéndose a los «bebedores de agua»; MARC., I 27, 7 y II 533 (71c) de E. L. LEUTSCH-F. G. SCHNEIDEWIN, *Corpus Paremiographorum Graecorum*, 2 vols., Gotinga, 1839.

[5] Plutarco, como hace notar Fuhrmann, ha fundido en uno los dos significados de *nárthēx* («férula» y «cañaheja»). Que Dioniso y el «olvido» estaban íntimamente relacionados, lo corroboran los descubrimientos epigráficos. DIODORO, IV 6-7, explica por qué el *nárthēx* se asocia al dios: cuando el vino se descubrió, los hombres, como aún no conocían su mezcla con el agua, lo bebían puro en gran cantidad hasta el punto de enloquecer y golpearse unos a otros con sus bastones de madera llegando a herirse e, incluso, matarse. Preocupado Dioniso por la situación, les enseñó a usar el *nárthex*, con lo que, en lo sucesivo, pudieron seguir bebiéndolo puro sin lastimarse. Ello indica que Plutarco arranca de una tradición común a los griegos.

[6] *Orestes* 213: «¡Oh soberano Olvido de los males, qué sabio eres!» (trad. de C. GARCÍA GUAL en B.C.G. 22; sobre el valor de dicha invocación, cf. su n. 9).

pero que olvidar por completo lo que acontezca con el vino es no sólo enfrentarse al reconocido dicho de que la mesa hace amigos, sino también tener en contra como testigos a los más afamados filósofos: Platón, Jenofonte, Aristóteles, Espeusipo, Epicuro, Prítanis, Jerónimo y Dión el E
de la Academia [7], según los cuales es una labor que merece

[7] Los únicos *Banquetes* bien conocidos son los de Platón y Jenofonte. Del de Epicuro tenemos noticia por el propio PLUTARCO, *Quaest. conv.* 652A y 653B, y *Moralia* 1109E, y por otros autores antiguos, y del de Aristóteles por ATENEO, 674F-675A.

ESPEUSIPO (*ca.* 410-339). Era hijo de Potone, sobrina de Platón, a cuya muerte (347) le sucedió como director de la Academia. Su elección no parece haber sido muy acertada, ya que provocó la retirada de Atenas de Aristóteles y Jenócrates, los miembros más cualificados para desempeñar el cargo. Sus escritos los enumera DIÓGENES LAERCIO en su lib. IV.

PRÍTANIS (s. III a. C.). Según POLIBIO, V 93, 8, Antígono Dosón, rey de Macedonia, encargó a Prítanis, ilustre representante de la escuela peripatética, la nueva legislación de Megalópolis, destruida por Cleómenes IV, rey de Esparta. Sobre la fecha de su nacimiento, cf. el artículo que le dedica K. ZIEGLER, en PAULY-WISSOWA, *RE.*, s.v.

JERÓNIMO DE RODAS (*ca.* 290-230). Perteneciente a la misma escuela que el anterior e historiador de la literatura, era contemporáneo de Antígono Gonatas, a cuyo círculo literario perteneció en Atenas. Su formación filosófica, más bien ecléctica, lo separó del Perípato, granjeándose la enemistad de su director, Licón. Hombre sabio y ameno en opinión de Cicerón. Los eruditos modernos, sin embargo, lo tildan de embustero y malicioso debido a su afán por los chismes relacionados con la vida amorosa de los grandes personajes, si bien se ha de comprender que estos temas interesaban a los escritores peripatéticos de su época. Respecto a sus escritos, cf. *RE.*, s.v.

DIÓN DE ALEJANDRÍA (s. I. a. C.). Seguidor de la Academia, amigo y discípulo de Antíoco de Ascalón, fue envenenado en Roma en el año 56 por instigación de Tolomeo Auletes durante la embajada que tenía por objeto, precisamente, la destitución de este rey. En ATEN., 34B, Dión admira de los egipcios el que hayan inventado para los pobres el vino de cebada.

la pena conservar por escrito las conversaciones mantenidas durante la bebida, y como creíste que debía yo recoger lo esencial de los temas que de un modo informal se trataron tanto en Roma [8] con vosotros, como entre nosotros en Grecia sentados a una mesa y con una copa en las manos [9], puse manos a la obra, y te llevo ya enviados tres libros con diez cuestiones cada uno y te enviaré también enseguida los restantes, si crees que ellas no carecen totalmente del encanto de las Musas y de Dioniso.

CUESTIÓN PRIMERA [10]

De si se debe filosofar durante la bebida

Conversan Aristón, Plutarco, Cratón y Sosio Seneción

1. De todas, la primera cuestión que se plantea atañe al filosofar durante la bebida. Sin duda recuerdas que, cuando en Atenas se suscitó un debate tras la cena, sobre si habían de mantenerse conversaciones filosóficas con el
F vino y qué medida deberían observar quienes las man-

[8] De los viajes de Plutarco a Roma tenemos noticia por los siguientes pasajes: Demóstenes, II 2, Publícola, XV 4 ss., y *Mor.* 522D, 727B y 973E.

[9] Un banquete griego consta de dos partes: durante la primera, o «primeras mesas», se servía a los comensales en pequeñas mesas adosadas a los triclinios la comida propiamente dicha, mientras que en la segunda, o «segundas mesas», los postres y golosinas, así como el vino que se mezclaba con agua en crateras. Plutarco alude a la segunda parte, el «simposio» en sentido estricto.

[10] Cuestión imitada por Macrobio, *Saturnalia* VII 1.

tuvieran, Aristón [10 bis], allí presente, dijo: «¡Por los dioses!, ¿hay, efectivamente, quienes no concedan un sitio a los filósofos mientras se bebe?» Y repliqué yo: «Pues claro que los hay, amigo, y además afirman, en un tono irónico muy respetable, que la filosofía, como el ama de casa [11], 613A
no debe dejarse oír con el vino, y que los persas, rectamente en su opinión, no suelen emborracharse ni bailar con sus esposas, sino con sus concubinas, y nos recomiendan que también nosotros hagamos precisamente lo mismo, que acojamos en los banquetes la música y la comedia, pero que no toquemos la filosofía, puesto que ni ella es apropiada para compartir nuestras bromas, ni nosotros en una situación tal nos comportamos seriamente. Pues arguyen que ni siquiera Isócrates, el sofista, aceptó, a pesar de que se lo pedían, hablar nada durante la bebida, salvo esto sólo: 'Para lo que yo soy experto, no es el momento oportuno; para lo que es el momento oportuno, no soy yo experto' [12].»

2. Y Cratón [13] a gritos exclamó: «Y muy bien que hizo, por Dioniso, en jurar que no hablaría, si iba a com- B

[10bis] Personaje conocido sólo por este pasaje. ZIEGLER, en *RE.*, s. v., lo identifica con el Aristón de *Mor.* 965C, a quien el padre de Plutarco llama su *anepsiós*.

[11] El ama de casa estaba excluida de los certámenes gimnásticos y del banquete. Asistía únicamente a fiestas de carácter familiar, y comía sentada como los muchachos, a diferencia de los hombres que lo hacían reclinados.

[12] Casi textualmente recoge la anécdota PSEUDO-PLUTARCO en la *Vida de Isócrates* 37. Según este biógrafo, el banquete fue ofrecido por Nicocreonte, tirano de Chipre, en su casa.

[13] Yerno de Plutarco, según *Quaest. conv.* 620A; participa en las conversaciones de este banquete y en las de II 6, en casa de Sóclaro. Asiste

poner períodos tales con los que fuera a desterrar del banquete a las Gracias [14]. Pero pienso que no es lo mismo excluir del banquete la palabra de un rétor que la del filósofo, y que es otra la labor de la filosofía, cuyo arte, por versar sobre la vida [15], es natural que no se desligue de cualquier diversión o placer que entrañe un pasatiempo, sino que esté presente, poniendo en todo mesura y decoro; o, de lo contrario, reconozcamos que no se debe admitir ni la templanza ni la rectitud en los banquetes, por considerar ridícula en ellos la seriedad. Pues si, como los que hospedaron a Orestes [16] en el Tesmotetio, fuéramos a comer y beber en silencio, tendríamos aquí un alivio nada desafortunado de la ignorancia. Y si Dioniso es el Liberta-
c dor y Liberador de toda preocupación y, en especial, el que quita las bridas de la lengua y otorga plena libertad a la palabra [17], considero necio e insensato privar de los mejores motivos de conversación a una ocasión pródiga en ellos y eliminar de los banquetes mismos la filosofía, como si

sin hablar al banquete de IV 4, donde se nos da a entender que era médico de profesión.

[14] Isócrates era aficionado a los períodos dilatados, a veces vacíos y tópicos (A. Lesky, *Historia de la literatura griega,* trad. esp., Madrid, 1968, pág. 621).

[15] Tal definición de la filosofía corresponde a la escuela estoica.

[16] La historia nos es relatada por Fanodemo (F. Jacoby, *Fr. Gr. Hist.*, III, B, 325, 11 = Aten., 437C-D), Apolodoro, II B, 244, 133, y Eurípides, *Ifigenia entre los tauros* 940 ss.: Orestes, después de matar a su madre, es encaminado por Apolo a Atenas. Allí, tras una acogida poco grata, algunos, compadecidos, le permitieron comer y beber en silencio. Lo que no se ajusta bien al relato es la indicación del Tesmotetio, edificio donde se reunían en época clásica los seis arcontes encargados de revisar anualmente las leyes. Según Fuhrmann, Plutarco lo ha confundido con el lugar público que precedió al Pritaneo de la democracia.

[17] Dioniso, dios del vino, nos libera de penas y preocupaciones.

no pudiera confirmar de hecho lo que enseña de palabra, mientras andamos buscando en nuestras charlas sobre los deberes convivales cuál debe ser la cualidad de un comensal y cómo hay que hacer uso del vino.

3. »Y cuando tú dijiste que no valía la pena discutir sobre esas minucias con Cratón, y sí, en cambio, buscar un límite y tipología de los temas filosóficos tratados durante la bebida que eviten ese acertado dicho humorístico, dirigido no sin gusto a los polemistas y retorcidos:

Y ahora id a cenar, para que trabemos combate[18], D

y cuando nos animaste a hablar, dije yo que, en mi opinión, lo primero que había de investigarse era el talante de los asistentes: pues en el caso de que el banquete acoja a una mayoría de aficionados a la dialéctica, como el de Agatón a los Sócrates, Fedros, Pausanias, Erixímacos, y el de Calias a los Cármides, Antístenes, Hermógenes u otros más o menos parecidos a éstos, les permitiremos filosofar, mezclando a Dioniso con las Musas no menos que con las Ninfas[19], ya que éstas nos lo hacen entrar en nuestro cuerpo sereno y tranquilo y aquéllas en nuestras almas en verdad melifluo y alborotador. Pues, aun cuando asis- E

---

[18] *Il.* II 381. Un ejemplo de tal aserto es el *Banquete* de Luciano, donde los filósofos asistentes acaban malheridos a causa de la reyerta suscitada entre ellos. Como es natural, el de Samosata está ridiculizando las distintas escuelas filosóficas.

[19] Lugar común que apunta a la conveniencia de compaginar la conversación (Musas; en HELIODORO, *Las Etiópicas* V 16, 4, se la designa con el nombre de Hermes, dios de la elocuencia e inventor de las lenguas), con el vino, entre los griegos, como se sabe, mezcla de vino puro (Dioniso) y agua (Ninfas, divinidades acuáticas). Expresiones similares utilizan TIMOTEO DE MILETO, en *Poet. Mel. Gr.* 780; HEL., *Etióp.* V 16, 1, y FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* II 37.

tan algunos ignorantes, al estar rodeados, como consonantes en medio de vocales, por muchos hombres instruidos, compartirán un sonido nada inarticulado y una mutua comprensión. Mas, en el caso de que hubiese una multitud de hombres tales que tolerasen el sonido de cualquier pájaro o de cualquier instrumento de cuerda y madera mejor que la voz de un filósofo [20], será provechosa la anécdota de Pisistrato [21]. Éste, en efecto, con motivo de cierta desavenencia con sus hijos, al ver a sus enemigos alegrarse, convocando la asamblea dijo que, por su parte, quería convencer a sus hijos, pero que, como se mantenían díscolos,
F estaba dispuesto a hacerles caso y secundarles. De igual manera también un filósofo entre bebedores que no acogen favorablemente sus palabras, cambiando de rumbo los seguirá y acogerá con cariño la conversación de aquéllos, en tanto no se eche por la borda la decencia, consciente de que los hombres son oradores merced a la palabra, pero que filosofan cuando callan y bromean y, ¡por Zeus!, cuando sufren pullas o las gastan [22]. Pues si 'es de una injusti-
614A cia extrema', según afirma Platón, 'parecer ser justo cuando no se es' [23], también es de una inteligencia eminente no parecer filosofar cuando se filosofa y llevar a cabo las ta-

[20] LUCIANO, en *El gallo* 11, critica la inoportunidad de algunos filósofos en sus conversaciones durante el banquete: el estoico Tesmópolis, hablando de cuestiones relativas a la virtud y de silogismos, no deja disfrutar a su vecino en la mesa, el humilde zapatero Micilo, de citaristas y cantantes.

[21] La anécdota se repite en *Mor.* 189B-D y 480D-E, siendo, por lo demás, completamente desconocida.

[22] La idea de que vale la pena registrar lo que los hombres de pro hicieron tanto en serio como en broma, parte de JENOFONTE, *Banquete* I 1, sin duda el modelo de nuestro pasaje.

[23] Reproducción algo libre de *República* 361a, que PLUTARCO vuelve a hacer en *Mor.* 50E-F y 854E.

reas de gente seria entre bromas. Pues, como las Ménades en Eurípides [24], desarmadas y sin espadas, hieren golpeando con sus tirsos a quienes les atacan, así las chanzas y las risas de los verdaderos filósofos estimulan y se atraen, en cierto modo, a los que no son del todo invulnerables.»

4. «Por lo que a mí toca, pienso que hay un género de temas convivales, de entre los cuales unos los proporciona la historia, en tanto que otros se pueden tomar de los asuntos que tenemos a mano, que contienen muchos ejemplos B varoniles y magnánimos para la filosofía, y muchos también para la piedad, y otros que provocan la emulación de hechos virtuosos y humanitarios. Si alguien consiguiera instruir a los bebedores haciendo uso de ellos sin infundir sospechas, eliminaría de la borrachera sus vicios no menores. Sin duda, los que mezclan las buglosas en el vino y rocían el suelo con infusiones de verbenas y adiantos [25], en la idea de que éstos aportan a los comensales cierta alegría y amabilidad, por pura imitación de la Helena homérica [26] que, a hurtadillas, drogó el vino puro, no comprenden que también aquel mito, tras recorrer un largo C camino desde Egipto, acabó por convertirse en tema de conversaciones convenientes y apropiadas, pues mientras bebían Helena les relata de cabo a rabo sobre Odiseo:

Qué acción efectuó y afrontó el vigoroso varón,
después de haberse golpeado a sí mismo con golpes inde-
[corosos [27],

[24] *Bacantes* 734 ss.

[25] Esta propiedad de la verbena y buglosa es mencionada también por DIOSCÓRIDES PEDANIO, *De materia médica* IV 60 y 127, y PLINIO, *Hist. nat.* XXV 81 y 107.

[26] *Od.* IV 220 ss.

[27] *Ibid.*, 242 y 244.

éste, efectivamente, era, según parece, el brebaje 'analgésico' y 'tranquilizante', un relato oportuno que se ajustaba a los sufrimientos y avatares del momento. Por su parte, las gentes de gusto, aun cuando filosofen de una forma directa, en tales ocasiones guían su discurso más por el camino de la persuasión que por el violento de las demostraciones. Pues sabes que, incluso Platón, cuando en su *Banquete* dialoga sobre el fin último, el bien primero y
D trata en general de la divinidad, no estira la demostración ni se enceniza, tratando de hacer, según acostumbra, una presa firme e ineludible [28], sino que se atrae a los hombres con lazos más fluidos, como ejemplos y mitos.

5. »E incluso las indagaciones mismas deben ser más fluidas, las cuestiones comprensibles y las preguntas procedentes y nada atosigantes, para que ni angustien a los menos inteligentes ni los excluyan. Pues, al igual que es norma que los cuerpos de los bebedores se balanceen al son del baile y la danza [29], pero si les obligamos a que, puestos de pie, manejen las armas o lancen el disco, el banquete
E no sólo será desagradable, sino también nocivo, así las indagaciones ligeras excitan armoniosa y provechosamente las almas, y, por ello, hay que suprimir las conversaciones de 'pleitistas' y 'enredalotodo', en palabras de Demócri-

---

[28] Metáfora sacada del ámbito de la lucha. Los luchadores se echaban ceniza para evitar que el cuerpo de su adversario, ungido con aceite, se les escapara en sus presas.

[29] Era costumbre en los banquetes que los comensales se entretuvieran bailando. ATEN., 629E, enumera los distintos tipos de danza y LUCIANO, *Sobre la danza*, 34, califica a la de su época de agradable y útil. Por su parte, PLUT., *Qüaest. conv.* VII 5, como hombre moderado que era, condena en boca de Calístrato el frenético baile emprendido por los jóvenes asistentes al festín.

to [30], quienes, al extenderse en temas atosigantes y enrevesados, fastidian a los asistentes. Pues es preciso que, como el vino, la conversación sea también algo común de lo que todos participen. En cambio, los que suscitan tales cuestiones en nada se mostrarían más oportunos para la convivencia que la grulla y la zorra de Esopo [31]. Esta última, derramando un graso puré de legumbres sobre una roca lisa, ⟨convidó a la grulla, quien no se banqueteó⟩, sino que hizo el ridículo, pues por su fluidez escapaba el puré
a su largo pico. Por ello, la grulla, a su vez, le devolvió F
la invitación, ofreciéndole la cena en una redoma de cuello largo y estrecho, de modo que ella podía introducir fácilmente su pico y saborearla, y la zorra, en cambio, como no podía, recibió la invitación merecida. Así, en efecto, cuando los filósofos, zambulléndose en cuestiones sutiles y dialécticas durante la bebida, importunan a la mayoría,
incapaz de seguirles, ésta, entonces, se entrega a ciertas 615A
canciones, relatos hueros y conversaciones de tiendas y plazas, y acaba por perderse la finalidad de la reunión convival y Dioniso resulta injuriado. Pues, como a Frínico y Esquilo, al conducir por primera vez la tragedia al terreno de los mitos y lo patético, se les censuró con lo de: '¿Qué tiene que ver esto con Dioniso?' [32], así a mí al menos se me ocurrió a menudo decir a los que arrastran al banquete

---

[30] Cf. PLUT. *Mor.* 80B, y CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromateis* I 22.

[31] La fábula no se encuentra en la colección esópica, pero la conocemos por FEDRO, I 26, LA FONTAINE, I 18, y SAMANIEGO, I 10.

[32] Frase proverbial para señalar que un episodio determinado no tiene nada que ver con Dioniso, patrono de la tragedia y comedia. En nuestro texto se alude a la introducción de escenas patéticas por parte de los autores mencionados, ausentes en trágicos anteriores. Posteriormente se llega a emplear incluso para indicar toda anécdota que se aparta del hilo del relato, como ocurre, por ejemplo, en HEL., *Etióp.* II 24, 4.

al 'Dominante' [33]: '¡Hombre! ¿Qué tiene que ver esto con Dioniso?' Porque cantar lo que llaman 'escolios' [34], puesta en medio la cratera y distribuidas las coronas [35] que
B el dios nos coloca como si nos hiciera libres, quizá ⟨sería razonable; pero, en cambio, servirse de conversaciones atosigantes durante la bebida⟩ no es ni hermoso ni propio de los banquetes.

»Puesto que efectivamente, según se dice, los escolios no eran un género de cantos compuestos de forma oscura [36], sino que, en primer lugar, todos en común cantaban una oda al dios entonando un peán al unísono y, en segundo lugar, cada uno por turno, cuando se le pasaba una rama de mirto [37], que llamaban 'ésaco' [38], creo, por can-

---

[33] Sofisma que tiene por objeto demostrar que de un posible no puede resultar un imposible, ejemplo de rebuscamiento y sutileza.

[34] Canciones de índole popular, con tema improvisado por lo común, que se entonaban al final de las comidas. De su dificultad da idea el jocoso pasaje de Aristófanes, en *Avispas* 1219 ss. Para una información más amplia sobre el tema, cf. F. Rodríguez Adrados, *Lírica Griega Arcaica*, Madrid, 1981, págs. 100 y sigs.

[35] Al empezar la bebida los comensales se adornaban con coronas, normalmente de yedra o laurel, si bien existían otros tipos, como la de apio de Anacreonte, *Poet. Mel. Gr.* 410, o de violetas (coronado de ellas y yedra se presenta Alcibíades en el banquete de Agatón: Platón, *Banquete* 212e), y una variada gama, como Plutarco, en *Quaest. conv.* III 1, indica. Según Plut., *ibid.*, 647a, y Aten., 675C-D, con su empleo se aliviaban los dolores de cabeza producidos por el vino; y Diod., IV 4, afirma que el propio Dioniso lleva diadema con el fin de evitar el dolor de cabeza propio de los que beben mucho.

[36] Precisamente el significado secundario del adjetivo *skoliós*. El primario, «sinuoso», se reseña al final de esta cuestión.

[37] Para dicha función, aparte del mirto, el comensal que designaba a su sucesor en el canto podía servirse también de una rama de laurel, siendo lo más antiguo el paso de la lira de un comensal a otro (cf. F. Rodríguez Adrados, *Orígenes de la lírica griega*, Madrid, 1976, pág. 102).

[38] Una de las diversas acepciones de este término. Un resumen de

tar el que la recibía, y como luego cuando circulaba la lira la cogía el instruido y cantaba a sus acordes, mientras que los ignorantes no la aceptaban, se le llamó escolio en razón de que el canto no era común a todos ni fácil. Otros, en cambio, afirman que la rama de mirto no avanzaba por orden, sino que se pasaba de lecho a lecho, uno por uno, pues el primero, finalizado su canto, se la remitía c
al primero del segundo lecho y aquél al primero del tercero; luego, igualmente, el segundo al segundo, y, en razón de lo retorcido y sinuoso del itinerario, según parece, se le llamó escolio.»

CUESTIÓN SEGUNDA

De si el que agasaja debe recostar personalmente a los invitados o depende de ellos mismos el hacerlo

Conversan TIMÓN, el PADRE DE PLUTARCO, PLUTARCO, LAMPRIAS y otros

1. Mi hermano Timón [39], con ocasión de dar un banquete a un gran número de personas, rogaba a cada uno

ellos se encuentra en Z. ABRAMOWICZÓWNA, *Commentarius criticus et exegeticus ad Plutarchi Quaestionun convivalium I et II*, Torun, 1960, págs. 32-37 = 232-233. Según P. CHANTRAINE, *Dict. Etymol.*, s. v., la etimología de *aísakos*, que parece ser un préstamo, es desconocida.

[39] Uno de los dos hermanos de Plutarco, que cuenta con una actuación más bien pobre en esta obra, dado que es conocido simplemente por esta cuestión y por la II 5; pero en *De sera numinis vindicta* (*Sobre el retraso de la venganza divina*) lleva, junto con Plutarco, el peso de la conversación, y en el diálogo perdido *Sobre el alma*, a juzgar por

de los que entraban que se colocara donde quisiera y se re-
D costara, a causa de que los invitados eran forasteros, conciudadanos, amigos, parientes y, en general, de toda clase. Cuando ya los asistentes, según lo previsto, eran muchos, un forastero como un emperejilado de la comedia [40], más chabacano aún por su atuendo presuntuoso y su comitiva de esclavos [41], llegó hasta las puertas de la sala, dirigió en derredor una mirada a los que estaban echados y no quiso entrar, sino que dándose la vuelta se retiraba. Y como se apresurasen tras él muchos, dijo que no veía digno de él el sitio que quedaba. En vista de ello los que estaban echados pedían con mucha risa,

que le despidieran de la casa con saludos y palabras de [buen agüero [42],

el fragmento conservado en Estob., VII 21-27, parece haber sido el personaje central. Del cariño de Plutarco hacia sus hermanos dan idea las afectuosas palabras que les dedica en *De fraterno amore* (*Sobre el amor fraterno*).

[40] El adjetivo *eupáryphos* (literalmente «con ribetes de púrpura»), como prueban el testimonio de Aten., 230D, en los dos versos recogidos de Nicóstrato, comediógrafo del que sólo poseemos fragmentos (cf. T. Kock, *Comicorum Atticorum Fragmenta*, Leipzig, 1884, vol. II, página 222, y vol. III, pág. 428), y el testimonio de Pólux, VII 46, alude en la comedia al personaje presuntuoso y chabacano.

[41] Características comunes de estos nuevos ricos y de su notorio mal gusto son los lujosos y estrafalarios vestidos teñidos de púrpura y recargados con oro, el uso de llamativas diademas, suntuosas carrozas precedidas y seguidas de numeroso séquito de esclavos, dedos cargados de anillos de oro, el empleo de copas de oro y mesas con pata de marfil en los banquetes para deslumbrar a sus invitados, su forma de andar afeminada, y por lo general su carácter de forasteros en las ciudades donde se lucen. A este respecto, cf. los siguientes pasajes: Aristóf., *Avispas* 1168 ss.; Hel., *Etióp* II 25, 1 (refiriéndose a una mujer tracia, Rodopis), y V 18, 6; y Luciano, *Nigrino* 13 y 21, *El gallo* 12, 14 y 24, y *Timón* 20.

[42] Trímetro yámbico procedente de la obra perdida de Eurípides, *Cres-*

pues, efectivamente, había muchos que se habían pasado un poco en la bebida. E

2. Y cuando lo concerniente a la cena tocaba a su fin, mi padre[43] dirigiéndose a mí, que estaba echado más lejos, dijo: «Timón y yo te hemos hecho juez de nuestra disputa; hace rato, en efecto, que le vengo regañando a causa del forastero. Pues si hubiera dispuesto desde el principio, como yo le aconsejaba, los lechos, no hubiéramos estado sometidos a una rendición de cuentas por desorden ante un hombre experto:

en ordenar carros y hombres escudados[44].

»Cuentan también, por cierto, que el general Paulo Emilio, cuando, tras aplastar a Perseo en Macedonia[45], celebraba festines haciendo gala de un orden admirable en todo y de una magnífica disposición, dijo que correspondía F

---

fontes (A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta,* 2.ª ed., Leipzig, 1889, fr. 449).

[43] El padre de Plutarco asiste a este banquete y al de II 8, donde se muestra un experto en materia hípica; en III 7, habla sobre el mosto; en III 8, exhibe su conocimiento de los *Problemata* pseudo-aristotélicos, y en III 9 interviene con humor. Junto a estos pasajes, en los que el padre se nos manifiesta como un hombre práctico, en los *Praecepta gerendae rei publicae* (*Consejos políticos*) Plutarco nos lo presenta como persona seria y buen consejero respecto a los defectos de presunción y envidia. Curiosamente su nombre no lo menciona Plutarco en lugar alguno, pero Mohl y Hartmann (cf. el art. de Ziegler, «Plutarchos», en Pauly-Wissowa, *RE.,* col. 644) basándose en la relación familiar de nombres propios, llegan a la conclusión de que debía de llamarse Autobulo.

[44] *Il.* II 554.

[45] Batalla de Pidna (168 a. C.), cf. Apiano, *Historia romana: Sobre Macedonia* 19, *Sobre Siria* 29, *Sobre Iliria* 9-10. Una exposición minuciosa de ella se puede leer en Plutarco, *Paulo Emilio* XIX ss.

al mismo varón darle a la tropa la formación más temible y al banquete la más agradable, pues ambas cosas conciernen a la buena organización. Y el poeta suele denominar 'ordenadores de pueblos' [46] a los mejores y más regios.
616A También vosotros [47], sin duda, afirmáis que el gran dios, gracias a la buena disposición transformó el desorden en orden, sin suprimir nada de lo que existía, ni añadirle nada, sino que, con sólo colocar cada cosa en el lugar conveniente, consiguió, para la naturaleza, de la más informe la más hermosa figura. Pero estas cosas tan respetables e importantes las aprendemos de vosotros. Por nuestra parte, vemos que incluso el dispendio en las cenas no tiene nada de agradable ni de distinguido, si no participa de una organización. Y es, por ello, ridículo que, por un lado, importe tanto a los cocineros [48] y a los que atienden la mesa qué servirán primero o segundo o en medio o al final y que, ¡por Zeus!, haya un lugar y disposición para el per-
B fume, las coronas y la citarista [49], en el caso de que esté

[46] *Il.* I 16, 375, etc.

[47] Posiblemente, el padre se refiere a Plutarco y a su hermano Lamprias, platónico y peripatético respectivamente.

[48] La Comedia Nueva es nuestro mejor informador en lo tocante a la importancia que en Grecia se concedía a los cocineros: solían ser asalariados de quienes dependía el resto del personal destinado a la cocina, esclavos normalmente, eran fanfarrones y se jactaban de su trabajo, al que consideraban un arte y una ciencia, así como madre de toda cultura. Por el lenguaje poético y mitológico que a veces empleaban, parece que eran algo instruidos, razón por la cual menospreciaban y trataban groseramente a sus subalternos.

[49] Indispensables en un banquete eran las coronas y perfumes con que se adornaban y ungían los comensales (ARISTÓFANES, *Las asambleístas* 1117, y *Acarnienses* 1085 ss.). Los encargados del reparto de coronas y de las unciones de perfume eran o bien mujeres (ARISTÓF., *ibid.*, 834) o mozos (FILÓXENO DE LÉUCADE, *PMG* 836b). En la plaza de cualquier

presente, y que, por otro, en cambio, tras recostar a los invitados al tuntún y como salga, se les eche de comer, sin conceder ni a la edad ni al cargo ni a cualquier otra prerrogativa el puesto adecuado —en el que es distinguido el de primer rango, se habitúa el de segundo—, ni se ejercita el que organiza en orden a la elección y buen tino de lo conveniente. Pues no hay un asiento ni un puesto preferentes para el mejor, en tanto no hay un lecho en el banquete. Ni el que da el banquete brindará [50] a la salud de uno antes que a la de otro, en tanto mire de lado las diferencias en lo tocante a los lechos, descubriendo ya desde su inicio al banquete como la llamada 'una sola Mícono'» [51]. En resumen, tal era la causa que defendía mi padre.

---

ciudad se establecían gran número de vendedoras de coronas para banquetes y fiestas en general, según el testimonio de ARISTÓFANES, *Tesmoforiantes* 443-458. En lo relativo a las citaristas consúltense los pasajes de PLATÓN, *Protágoras* 347d, donde conceptúa de gente sin conversación a los que las utilizan en los banquetes, y de ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 50, 2, quien habla de su remuneración.

[50] Cuando la copa circulaba (LUC., *Banqu.* 15), era costumbre que se brindase ya sea por los amigos (CARITÓN DE AFRODISIAS, *Quéreas y Calírroe* I 13, 2), ya por el amado (*PMG* 407) o por la amada (LUCIANO, *Historias Verdaderas* 25). Al brindis acompañaba el regalo de la copa.

[51] Una de las islas Cícladas, no lejos de Delos y Paros. Según ATEN., 8A; EUSTACIO, 1828, 8, en FOCIO, y JULIANO, XII 20, sus habitantes eran motejados de tacaños, ignorantes y estúpidos. Si la conjetura de Hemsterhuys es válida, el proverbio se halla en LUCIANO, *Diálogo de los muertos* I 3. El sentido exacto de esta frase varía según los autores: ESTRABÓN, X 5, 9, alega que se aplica a los que engloban en un solo título incluso lo que por naturaleza se encuentra separado; ZENOBIO (en LEUTSCH-SCHNEIDEWIN, *Corp. Parem. Gr.*, vol. I, pág. 122) considera el proverbio la respuesta del oráculo a los hijos de Neleo, Hegetor e Hipocles, sobre cuáles eran las islas de Hegetor, quien sólo se había apoderado de Mícono. ABRAMOWICZÓWNA, *Commentarius...*, pág. 42 = pág. 233, estima que su sentido arranca del propio nombre de la isla que, según Hesiquio, equivaldría a «pila», «montón».

C 3. Por su parte, mi hermano dijo que no era más sabio que Bías [52], de suerte que, mientras aquél rehusó el arbitraje entre dos amigos, se convirtiese él mismo en juez de tantos familiares y, a la vez, de tantos amigos, para decidir no sobre dinero, sino sobre primacías, como si los hubiese invitado no con el fin de testimoniar su amistad a los íntimos, sino con el de importunarlos. «Excéntrico, sin duda, dijo, y proverbial fue Menelao [53], si se convirtió, de hecho, en consejero sin ser invitado; pero es más excéntrico el que, en lugar de anfitrión, se hace juez y árbitro a sí mismo de personas que no se han puesto en sus manos, ni están sujetas al juicio de quién es mejor que quién o peor. Pues no se han presentado a una competición, sino D que han venido a una cena. Pero es que ni siquiera es fácil la decisión, ya que unos se diferencian por la edad, otros por su poder, otros por la amistad y otros por el parentesco, sino que es preciso, lo mismo que quien se ejercita en una argumentación comparativa, tener a mano los *Tópicos* [54] de Aristóteles o los *Dominantes* [55] de Trasímaco, sin que por ello se obtenga utilidad alguna, sino que se traslada a los banquetes la vana reputación desde el ágora y los teatros, y, mientras se intenta alejar las demás pasiones merced a la convivencia, se vienen a restaurar esos humos y pienso que conviene que, una vez se los hayan lavado por completo del alma, mucho más que el barro de los pies, se comporten entre sí durante la bebida con natu-

---

[52] Uno de los siete sabios. La anécdota nos la transmite también Dióg. Laer., I 5, 87.

[53] *Il.* II 408.

[54] Obra de Aristóteles cuya meta es intentar conseguir en cualquier cuestión afirmaciones verosímiles sin incurrir en contradicciones.

[55] Obra desconocida.

ralidad y sencillez. Y he aquí que, mientras intentamos E
suprimir de los invitados la enemistad procedente de cual-
quier resentimiento o dificultad, la inflamamos y reaviva-
mos de nuevo mediante la rivalidad, al humillar a unos
y ensalzar a otros. Pero es que si a la distribución de le-
chos [56] acompañan brindis y servicios demasiado continua-
dos, amén de intimidades e interpelaciones, se nos conver-
tirá completamente en un banquete de sátrapas más que
de amigos. Y si en lo demás guardamos la igualdad entre
los hombres, ¿por qué no, comenzando de una vez por
aquí, les acostumbramos a recostarse uno junto a otro sin
humos y sin afectación, porque ven ya desde las puertas F
que la cena es democrática y no posee un sitio privilegia-
do, cual acrópolis, en el que recostado el rico se envanezca
ante los más humildes?»

4. Y cuando también esta opinión se expresó y los
presentes reclamaban la sentencia, declaré yo, elegido árbi-
tro, no juez, que caminaría por la vía de en medio. «Efec-
tivamente, dije, cuando se dé un banquete a jóvenes, conciu-
dadanos y amigos, hay que acostumbrarles a que, como 617A
dice Timón, haciendo ellos del buen humor un hermoso
viático de la amistad, se asignen el lugar que encuentren
sin afectación y sin humos. Pero si filosofamos entre fo-
rasteros o magistrados o ancianos, temo que demos la im-
presión de introducir con una enorme indiferencia los hu-
mos por la puerta lateral, mientras tratamos de impedirles
la entrada por la principal. En esto se ha de dar su parte
a la costumbre y a la norma. O eliminemos los brindis
y las interpelaciones, con cuyo uso precisamente honramos

---

[56] Sobre la colocación de los invitados conforme a su dignidad, cf. Luc., *Banqu.* 8.

no al primero con quien topamos ni indiscriminadamente, sino sobre todo, como es tradición:

con asientos, carnes y más copas[57],

según dice el rey de los griegos, quien pone en destacado
B honor al orden. Elogiamos también a Alcínoo, por sentar al forastero junto a sí:

levantando a su hijo, al corajudo Laomedonte,
que cerca de él estaba sentado y a quien especialmente [amaba[58].

Pues el sentar al suplicante en el lugar de la persona amada es delicadamente correcto y humanitario. E, incluso, entre los dioses existe una distinción tal. Pues, efectivamente, Poseidón, aun cuando se presentó el último a la asamblea:

tomaba asiento, como es natural, en medio[59],

por ser éste el lugar que le correspondía. Y Atenea aparece ocupando el sitio distinguido, cercano siempre a Zeus. Además, también esto lo deja entrever el poeta, por lo que dice sobre Tetis:

C *y ésta, como es natural, se sentaba junto al padre Zeus, [y Atenea le hizo sitio*[60],

y expresamente Píndaro dice:

Del rayo que respira fuego
ella muy cerca sentada[61].

[57] *Il.* VIII 162, y XII 311.

[58] *Od.* VII 169-70.

[59] *Il.* XX 15.

[60] *Ibid.*, XXIV 100.

[61] Fragmento de una poesía desconocida (*ÁDĒLA* IV 28, Puech, 146 Snell, 133 Bowra, citado por Arístides, II 305, 21, Keil).

»Sin embargo Timón dirá que, por asignárselo a uno solo, no hay que quitarle a los demás su honor. Cosa que precisamente parece hacer él más bien. Pues lo quita el que hace común lo privado (y privado es lo de cada uno según su mérito) y otorga a la carrera y a las prisas el premio debido al mérito, al parentesco, al cargo y a prerrogativas tales [62]. Y dando la impresión de rehuir el causar molestias a los invitados, más contra sí las concita, pues los molesta al privar a cada uno de su honor habitual. Por lo que a mí respecta, no creo que sea demasiado difícil lo tocante a la selección, porque, en primer lugar, D
no es fácil que concurran muchos rivales en méritos en una invitación; después, como son numerosos los sitios de honor, si alguien es capaz de tener buen tino, no hay envidias en el reparto, siempre que dé a cada uno de los llamados 'respetables' este sitio porque es el primero, ese otro porque es el central, aquél porque está a su lado o junto a un amigo o familiar o su maestro, y a los demás regalos y amabilidad, [un sosiego sin molestias más que el honor]. Pero, en el caso de que los méritos sean indiscernibles y los hombres quisquillosos, mira qué ardid empleo. En tal caso, a mi padre, si estuviera presente, llevándomelo al sitio más distinguido, lo recuesto, y si no, al abuelo o al suegro o al hermano de mi padre o a alguno de los que E
poseen ante quien los recibe una preeminencia de honor reconocida y peculiar, tomando este precepto de los que están establecidos en Homero. Pues allí también, por cierto, Aquiles, al ver a Menelao y Antíloco disputar por el segundo premio de la carrera de carros [63] y temeroso de

[62] Plutarco está reproduciendo ideas que su maestro Platón repite frecuentemente a lo largo de su obra. Cf., por ejemplo, *Rep.* 496a.

[63] *Il.* XXIII 534 ss.

que llegaran a más en su enojo y porfía, decide conceder el trofeo a otro, aparentemente por compadecer y honrar a Eumelo, pero de hecho por suprimir el motivo de la disputa de aquéllos.»

5. Y mientras yo hablaba así, Lamprias [64], desde un lecho suplementario en el que estaba sentado, a grandes gri-
F tos, como acostumbraba, preguntaba a los presentes si le permitían amonestar a un juez que desbarraba. Y como todos le rogasen que empleara la franqueza y no le compadeciese, dijo: «¿Pero quién podría compadecerse de un filó-
618A sofo que distribuye sitios en un banquete, como en un teatro, entre familias, fortunas y cargos o da las proedrías de los decretos anfictiónicos [65], para que ni en la bebida escapemos a los humos? Porque ni los repartos de lechos deben hacerse de acuerdo con lo distinguido, sino con lo

---

[64] El otro hermano de Plutarco, muy apreciado por él, como se desprende por la cantidad de banquetes en los que toma parte (cf. nuestro Índice de nombres). Interviene también con un importante papel en *De E apud Delphos* (*Sobre la E de Delfos*), *De defectu oraculorum* (*Sobre la falta de oráculos*), *De facie in orbe lunae* (*Sobre la cara de la luna*), y *De communibus notitiis adversus stoicos* (*Sobre las nociones comunes, contra los estoicos*). Al igual que su hermano perteneció al círculo de Amonio. De genio vivo, improvisa muchas veces, y posee, además, un gran sentido del humor, amplia formación y brillante talento, lo que no es obstáculo para que sea un excelente bailarín de la danza pírrica. Perteneció al Peripato y desempeñó el cargo de sacerdote en el oráculo de Lebadea y el de arconte en Delfos en época de Trajano.

[65] El origen del Consejo Anfictiónico, cuya misión consistía en velar por el templo de Apolo en Delfos y organizar los juegos píticos, parece deberse a asociaciones de estirpes que aseguraban el acceso a los oráculos más importantes, así como su neutralidad. Constaba de un delegado por cada ciudad adscrita a la Liga y, en primavera y en otoño, se reunía en Delfos, en Antela, cerca de las Termópilas.

agradable, ni considerar la dignidad de cada uno, sino el ajuste y armonía de uno con otro, como cualesquiera otras cosas se agrupan para un solo conjunto. Pues ni el arquitecto antepone la piedra ática o la laconia a la bárbara por su buena índole, ni el pintor concede el lugar preferente al color más caro, ni el constructor de barcos prefiere B
el pino ítsmico o el ciprés crético, sino que, como cada uno de ellos conjuntados y ensamblados entre sí deban ofrecer una obra de conjunto sólida, hermosa y útil, así los distribuyen. Y ves que la divinidad, a quien nuestro Píndaro denominó 'el mejor artesano' [66], no en todas partes ordena el fuego arriba y abajo la tierra, sino según lo reclamen las necesidades de los cuerpos:

Esto en las conchas habitantes del mar, de pesadas espaldas,
en especial de caracolas y tortugas de pétrea piel,

dice Empédocles [67],

allí veras la tierra situada en lo más alto de la piel,

ocupando no el lugar ese que la naturaleza le da, sino el C
que la disposición desea para la obra común. Desde luego, el desorden en todas partes es nocivo, pero cuando surge entre hombres y sobre todo cuando beben, antes que en nada revela su propia perversidad por la insolencia y otros males incontables, cuya observación previa y vigilancia es cosa de un hombre experto en la ordenación y el acoplamiento.»

---

[66] Pasaje desconocido citado por DIÓN CRISÓSTOMO, *Discursos* XII 81, 2, y PLUT., *Mor.* 550A, 807C y 1065E.

[67] Cf. H. DIELS-W. KRANZ, *Die fragmente der Vorsokratiker,* Berlín, 1954^6, vol. I, pág. 339, fr. 76.

6. Pues bien, nosotros dijimos que él estaba hablando rectamente y añadimos:

—¿Qué reparo tienes, entonces, en negarnos las normas tácticas y armónicas [de las que hablábamos]?

—Ningún reparo hay, dijo, si estáis dispuestos a aceptar que yo remueva y reorganice el banquete, como Epaminondas la falange [68].

En vista de ello, todos le concedimos que obrara así,
D y éste, después de ordenar a los esclavos que se quitaran
de en medio y tras mirarnos detenidamente a cada uno,
dijo: «Oíd cómo os voy a ordenar entre vosotros, pues
quiero explicarlo previamente. Por supuesto, me parece que
también el tebano Pamenes [69] acusó a Homero, no sin razón, de inexperto en cuestiones amorosas, porque agrupó
tribus con tribus, y mezcló fratrías con fratrías, cuando
era preciso alinear al amante junto al amado, para que
la falange, al tener en toda ella un vínculo vivo, compartiera un solo aliento. Tal también quiero hacer yo nuestro
banquete, no recostando con el rico al rico, ni con el joven
al joven, ni con el magistrado al magistrado y con el ami-
E go al amigo, pues esta formación es inmóvil e inútil para
el aumento o nacimiento de afecto, sino que, ajustando
lo apropiado al que haya menester de ello, ruego al amigo
de saber que se recueste al lado del instruido, al afable
junto al quisquilloso, al joven amigo de oír junto al anciano charlatán, al socarrón junto al presuntuoso y al reser-

[68] Sobre el orden oblicuo inventado por Epaminondas, cf. DIOD., XV 56.

[69] Pamenes, uno de los más prestigiosos generales tebanos, amigo de Epaminondas y del rey Filipo, no tomó parte en la empresa liberadora de su país, si bien apoyó a su amigo desde el principio y, posteriormente, destacó por sus brillantes gestas militares. Según PLUTARCO, *Pelópidas* XVIII, y POLIENO, *Estratagemas* II 5, 1, el inventor del «Batallón Sagra-

vado junto al irascible. Y si en algún sitio observo a un rico munificente, conduciré junto a él, levantándole de cualquier rincón, a un pobre honrado, para que, como de una copa llena a una vacía, se produzca un trasvase [70]. Sin embargo, al sofista le prohíbo recostarse con un sofista y al poeta con un poeta:

pues el pobre ⟨aborrece⟩ al pobre y el aedo al aedo [71], F

como en este momento Sosicles y Modesto [72], aquí presentes, por frotar palabra con palabra corren el hermosísimo riesgo de avivar una gran llama. Y separo también a los aviesos, zaheridores y coléricos, interponiéndoles en medio una persona afable, a modo de cojín del intercambio de golpes. Pero reúno a los aficionados a la lucha, caza 619A
y agricultura. Pues de estas similitudes la primera es belicosa, como la de los gallos, la segunda, por el contrario, comedida, como la de los grajos. Y reúno también en el mismo sitio a los aficionados a la bebida y a los enamoradizos, no sólo, como dice Sófocles:

a cuantos sobreviene la mordedura del amor ⟨de mucha-
[chos⟩ [73],

sino también a los que la sufren por causa de mujeres y muchachas, pues, caldeados por el mismo fuego, mejor

---

do», compuesto por amantes y amados, fue Gorgidas. Esta anécdota de Pamenes se repite en el pasaje antes mencionado de Plutarco y en *Amatorius* 761B.

[70] Reminiscencias platónicas (*Banqu.* 175b).

[71] Hesíodo, *Trabajos y Días* 26.

[72] Sosicles de Coronea, al parecer amigo íntimo de Plutarco, interviene sólo en *Quaest. conv.* I 4 y V 4, y Aufidio Modesto nada más que aquí, sin que, por lo demás, sepamos algo de sus vidas.

[73] Verso de una obra desconocida (Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 757).

se acogerán unos a otros, lo mismo que el hierro soldado, a no ser que, ¡por Zeus!, casualmente estén enamorados del mismo o de la misma.»

CUESTIÓN TERCERA

B *De por qué de los sitios el llamado consular obtuvo honor*

Conversan los mismos que en cuest. II

Después de esto, recayó la investigación sobre los sitios en el banquete. Efectivamente, distintos son los sitios estimados en los distintos pueblos: para los persas, el más céntrico, sobre el que se recuesta el rey; para los griegos, a su vez, el primero [74]; para los romanos, en cambio, el último del lecho central, al que denominan consular [75], y para algunos griegos de los alrededores del Ponto, como los heracleotas, al contrario, el primero del central. Sin embargo, sobre el llamado consular es sobre el que más titubeábamos, pues en nuestra época éste era el que gozaba de
C mayor preferencia, pero ya no se conocía la razón de ella como en el caso del primero, o del central, y de lo que

[74] Se trata del primero del primer lecho. Junto a él gustaban de sentarse, en opinión de TEOFRASTO, *Caracteres* XXI, los vanidosos. Que en época clásica no existía una etiqueta tan estricta a la hora de reclinarse, lo muestra el que Agatón (PLAT., *Banqu.* 175c) se halle recostado solo en el último lugar. Los romanos, en cambio, impusieron la colocación por jerarquías. Cf., a este respecto, J. BURCKHARDT, *Historia de la cultura griega*, trad. esp., Barcelona, 1963-1966, vol. IV, pág. 216.

[75] El llamado por los romanos *imus in medio*, al que seguía en importancia el del lado opuesto, denominado *summus in medio*.

le es pertinente, unas características no eran propias de éste solo y otras no parecían dignas de estudio alguno. Desde luego, solamente tres de la explicaciones dichas las considerábamos de interés: la primera, porque los cónsules, cuando derribaron a los reyes y transformaron todo en algo más democrático [76], cediendo, desde el lugar central y regio se retiraron abajo, para que ni siquiera este privilegio de su mando y autoridad fuese molesto a sus acompañantes; la segunda, porque al estar reservados dos lechos a los invitados, el tercero y, especialmente, el primer sitio de éste, es del que da el banquete [77]. Ya que aquí, como un D auriga o timonel, atiende adecuadamente a la supervisión del servicio y no se le priva de mostrar sus atenciones y conversar con los asistentes. Pues bien, de los sitios muy próximos, el que está debajo de él, es el de su mujer o el de sus hijos [78], y el que está por encima de él naturalmente se otorga al más honrado de los invitados, para que esté cerca del que da el banquete. Y la tercera, este sitio parecía tener particularmente algo adecuado para la actividad, dado que no es el cónsul entre los romanos como Arquias [79], el polemarco de los tebanos, de suerte que,

[76] Según Livio, la caída de la monarquía tuvo lugar en el año 510 a. C., en tanto que, para Catón y Polibio, sucedió en el 507.

[77] Conocido con el nombre de *summus in imo*, justo al lado del «consular», donde se recostaba el dueño de la casa o el anfitrión, al objeto de estar junto al invitado más distinguido.

[78] En el *medius in imo* e *imus in imo*. Además de la mujer e hijos del dueño de la casa, se colocaba, a veces, un servidor importante.

[79] Junto con Leontíades y Filipo, uno de los oligarcas más importantes de Tebas, asesinados mientras cenaban por Pelópidas y otros jóvenes adictos a su causa, que lograron introducirse en la sala gracias a ir disfrazados de mujeres. Los hechos son relatados prolijamente por el propio PLUTARCO en *Pelóp.* X.

si le llegaban mientras cenaba cartas o noticias dignas de
E consideración, diciendo a voces «para mañana los problemas», hiciera caso omiso del mensaje y tomase la tericlea [80], «sino muy fogoso» [81] y circunspecto en tales oportunidades. Pues no sólo «dolores pare la noche al timonel prudente», según Esquilo [82], sino que también cualquier hora de bebida y sosiego es asunto digno de atención para un general y jefe. Pues bien, para que pueda oír, ordenar y responder por escrito lo que debe, tiene este sitio escogido, en el cual, como el segundo lecho se ajusta al tercero, el ángulo, al hacer un hueco, permite por su curvatura al
F escriba, al servidor, al guardaespaldas y al mensajero de los del campamento, acercarse, dialogar, recibir instrucciones, sin que nadie le moleste ni ningún comensal sea molestado, y a él, a su vez, tener la mano y las palabras prestas y no impedidas.

CUESTIÓN CUARTA

620A
De cómo debe ser el simposiarco

Conversan Plutarco, Cratón y Teón

1. Cratón, mi yerno, y Teón [83], mi amigo, como en un banquete dieran comienzo unos excesos debidos al vino,

---

[80] Copa inventada por Tericles de Corinto, contemporáneo de Aristófanes. Aten., 470E ss., la describe como una copa honda de asas pequeñas.

[81] *Il.* XX 468.

[82] *Suplicantes* 770.

[83] Junto con su hermano Lamprias es el interlocutor que más frecuentemente aparece y la personalidad más fuertemente acusada. Además

enseguida eliminados, entablaron conversación acerca de la simposiarquía [84], y pensaban que era mi deber, por llevar corona [85], no permitir que una vieja costumbre se eclipsara completamente, sino reclamar y restablecer de nuevo la acostumbrada presidencia del cargo en los banquetes y su etiqueta. Y los demás también estaban de acuerdo en esto, de modo que se produjo un murmullo de aprobación por parte de todos y una invitación a ello. «Pues bien, B dije yo, como todos estáis de acuerdo en esto, me elijo a mí mismo vuestro simposiarco y ordeno a los demás beber en este momento como quieran, pero a Cratón y Teón, instigadores y autores del decreto, exponer con brevedad, a modo de esbozo, qué cualidades debe tener el que va a ser elegido simposiarco y qué fin se propondrá el elegido en su mandato y cómo dispondrá lo relativo al banquete, pero les dejo a ellos repartirse por turno el uso de la palabra.»

2. Pues bien, ante la petición se hicieron rogar un poco; pero, como todos les pedían que obedeciesen al presidente e hiciesen lo ordenado, Cratón dijo, el primero, que el C jefe de los guardianes debe ser el mejor guardián, según

de en las *Quaestiones convivales*, lo encontramos en los siguientes diálogos: *De E apud Delphos, De Pythiae oraculis* (*Sobre los oráculos de la Pitia*), *De facie in orbe lunae* y *Non posse suaviter vivi secundum Epicurum* (*Sobre que no es posible vivir dulcemente de acuerdo con Epicuro*).

[84] Presidente de un banquete, elegido por los demás comensales mediante cualquier procedimiento, incluido el sorteo por habas. Entre sus funciones se incluía la de fijar la cantidad de vino que se debía beber, así como las partes de agua que habían de mezclarse con él.

[85] Parece ser que Plutarco no lleva la corona habitual en los banquetes, sino la específica de los cargos de arconte o sacerdote que desempeñó en su patria.

afirma Platón [86], y el de los comensales el mejor comensal. «Y es tal, si no es presa fácil de la embriaguez ni renuente al beber, sino, como Ciro decía en su carta a los lacedemonios, que era más apto para reinar que su hermano, entre otras cosas porque soportaba bien mucho vino puro [87]. Pues el que se excede bebiendo, es insolente e incorrecto, pero, a su vez, el que es por completo abstemio, es desagradable y más adecuado para hacer de pedagogo que de simposiarco. Pericles, por su parte, cada vez que era elegido general y volvía a tomar la clámide, ante todo
D solía decirse a sí mismo a modo de advertencia: 'Mira, Pericles, a libres gobiernas, a griegos gobiernas, a atenienses gobiernas' [88]. Y que nuestro simposiarco se diga a sí mismo esto: 'a amigos gobiernas', para que ni tolere que se actúe incorrectamente ni suprima los placeres. Y también debe ser el que hace de jefe, cuando se bebe, amigo de la seriedad y no ajeno a la diversión, sino una especie de mezcla equilibrada para ambas cosas, pero tirando un poco más por naturaleza, como un vino selecto, a la seriedad, ya que el vino llevará su carácter a un término medio, al hacerlo más sua-
E ve y rebajarlo; pues como Jenofonte decía de Clearco que su aspecto sombrío y rudo se mostraba en los combates, al contrario, dulce y radiante a causa de su animosidad [89], así el que no es agrio por naturaleza, sino respetable y serio, al relajarse con la bebida, se hace más dulce y amable. Debe además, sin duda, añadírsele el que sea un experto conocedor de cada uno de los bebedores, de qué cambios experimentan con el vino, a qué emociones son

[86] *Rep.* 412c.
[87] PLUTARCO, *Artajerjes* VI, y *Mor.* 173E.
[88] PLUT., *Mor.* 186C y 813E.
[89] *Ibid.*, 69A y además, JENOFONTE, *Anábasis* II 6, 11 ss.

propensos y cómo soportan el vino puro, para que no sirva lo mismo por cotila ni por ciatos [90], sino lo apropiado
y adecuado a cada uno, de acuerdo con el momento y la F
resistencia del cuerpo (pues no existe una mezcla distinta de vino con distinta agua, de la que ahora vierten más, ahora menos los escanciadores [91] reales que la conocen, en tanto no existe una fusión particular del hombre con el vino, que a un simposiarco conviene conocer y, conocida, observarla, para que, como un músico, tensando a uno con la bebida, a otro en cambio aflojando y restringiendo, traiga las naturalezas de la discrepancia a la adecuación y armonía).

»Pero si esto, desde luego, es difícil, en todo caso con- 621A
viene al simposiarco conocer lo común a las naturalezas y edades: como que los viejos se emborrachan más rápidamente que los jóvenes, los que se excitan más que los sosegados, los melancólicos y meditabundos más que los animosos y alegres, y los que no viven ni desenfrenada ni libertinamente más que los licenciosos, y conociendo esto, uno regiría la compostura y concordia de un banquete mejor que el que lo desconozca. Y que, al menos, el simposiarco debe comportarse familiar y amistosamente con todos y no ser falso ni odioso a ninguno de los convidados, es sin duda evidente para todos, pues ni será soportable cuando dé órdenes, ni ecuánime cuando sirva, ni tampoco
irreprochable cuando gaste bromas. Tal te lo entrego yo, B
Teón, dijo, el presidente del banquete, después de haberlo moldeado como con la cera del discurso» [92].

---

[90] La «cotila» es una medida de 1/4 de litro aproximadamente, y el «ciato» la duodécima parte de 0,473 litros, unas seis cucharadas.

[91] Sobre la importancia de los coperos y escanciadores reales, cf. HEL., *Etióp.* VII 23, 4, y sobre el arte de escanciar, *ibid.*, 24, 6 y 27, 3.

[92] Imagen platónica muy repetida. Los pasajes en que se encuentra

3. Y Teón dijo: «Bien, acepto al hombre tan bien acabado y convival. Pero si me valdré de él a propósito y no mancillaré tu obra, no lo sé. Sin embargo, me parece que siendo tal nos mantendrá el banquete atemperado y no permitirá que se convierta ahora en una asamblea democrática, ahora en la escuela de un sofista, luego en una timba, después, quizá, en un escenario y estrado. ¿Pues es que no veis a unos actuar como demagogos y sostener procesos
C durante la cena, a otros estudiar y leer algunos de sus escritos y a otros presidir certámenes de actores y bailarines? Alcibíades y Teodoro hicieron del banquete de Pulición un lugar de iniciación [93] al parodiar las funciones del portaantorcha y del hierofanta; nada de lo cual, pienso, ha de permitir el que actúe como jefe, sino que concederá un sitio sólo a aquellas conversaciones, espectáculos y bromas que cumplan con la finalidad del banquete, y esto sería producir en los presentes, por medio del placer, un robustecimiento o el origen de una amistad; pues el banquete es un entretenimiento con vino que por el encanto acaba
D en amistad. Y como lo puro es en todas partes empachoso y muchas veces perjudicial, en tanto que la mezcla, a las cosas en las que aparece con oportunidad y mesura, les suprime el exceso con el que daña lo útil y molesta lo agradable, es claro que el presidente presentará también a los que beben un entretenimiento variado.

»En consecuencia, prestando oídos a muchos que dicen que una navegación junto a tierra y un paseo junto al mar

---

se pueden ver en F. Fuhrmann, *Les images de Plutarque,* París, 1964, pág. 161, n. 6.

[93] Informan sobre estos personajes, así como de su supuesta actuación impía en los días anteriores a la expedición a Sicilia, Plutarco, *Alcibíades* XIX 1 ss.; [Platón,] *Erixias* 394b y 400b; Isócrates, XVI 6, y Andócides, *Sobre los misterios* I 35.

son muy agradables, así pondrá la broma al lado de la seriedad, para que los que son bromistas, de algún modo, se las tengan con algo serio, y, a su vez, los que son serios se animen, como los que se marean al ver de cerca la costa [94].

»Pues también es posible servirse de la risa para muchas cosas serias y procurar una seriedad agradable E

como entre cardos y la áspera gatuña
nacen flores de delicadas violetas blancas [95].

»Y cuantas bromas sin dignidad irrumpen escandalosamente en los banquetes, exhortará cuidadosamente a los bebedores a evitarlas, no sea que introduzcan, sin darse cuenta, lo mismo que el beleño en el vino, la insolencia entre ellos con esas famosas órdenes insultantes, al man- F
dar cantar a los tartamudos o peinarse a los calvos o bailar a los cojos: así, por vejar a Agamestor [96], el académico, que tenía una pierna flaca y atrofiada, los comensales ordenaron a todos apurar su copa manteniéndose sobre el pie derecho o pagar una multa. Y cuando le llegó a él el turno de mandar, ordenó a todos beber tal como le vieran a él: y, traída una vasija vacía, metiendo en ella su pie lisiado, apuró la copa, en tanto que todos los demás, como a pesar de intentarlo les era evidentemente imposible, pagaron, a su vez, la multa. ¡Oportuno, en efecto, Agamestor!, y hay que hacer así de benévolas y jocosas 622A

[94] La lectura *paidián* no da mucho sentido al texto, sí, en cambio, *paralían,* propuesta por nosotros.

[95] Versos de un poeta desconocido citados también en *Mor.* 44E y 485A, y ATEN., 97D.

[96] Parece tratarse del filósofo mencionado por Filodemo y recogido por JACOBY, *Frag. Gr. Hist.*, II B, pág. 1033.

las venganzas, y hay que acostumbrarse a servirse de órdenes para placer y provecho, ordenando cosas apropiadas, posibles y decorosas para quien las realice: a los cantantes cantar, a los retóricos hablar, a los filósofos resolver cualquier dificultad, a los poetas ofrecer versos, pues grata y animosamente cada uno se deja llevar allí:

donde él resulte superior a sí mismo [97].

»El rey de los asirios, efectivamente, anunció por un heraldo un premio para quien descubriera un nuevo placer [98]. A su vez, el rey de un banquete debería proponer
B un premio y recompensa distinguidos al que introdujera una broma inofensiva, un goce útil y burla compañera no del desdoro e insolencia, sino del encanto y amabilidad, cosas en las que la mayoría de los banquetes naufragan, cuando no encuentran un maestro adecuado [99]. Y es de hombres prudentes guardarse de la enemistad y rencor procedentes en el ágora de la ambición, en gimnasios y palestras de la rivalidad, en los cargos y honores de la ambición y en el banquete y durante la bebida de las bromas.»

---

[97] El verso corresponde a EURÍPIDES, *Antíope* (NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, 183). En un contexto similar, sólo que con un verso más, lo cita también ARISTÓTELES, *Retórica* 1371b.

[98] Otros escritores, como Ateneo, Teofrasto, Aristóxeno, etc. (la lista completa se halla en la edición de FUHRMANN), atribuyen la proclama a un rey persa, Darío o Jerjes.

[99] Las personas educadas eludían cualquier broma ofensiva y grosera, como se puede ver en *Pap. Berol.* 270, donde el presidente del banquete recomienda que se gasten bromas que causen risa, pero adecuadas a la situación. Por su parte, FIL., en su *Vida de Apol.* I 17, dice de su personaje que jamás nadie le oyó hablar irónicamente ni discutir con sus interlocutores.

CUESTIÓN QUINTA C

De por qué se dice lo de «Eros hace a uno poeta»

Conversan Sosio Seneción y otros

1. Por qué se dice lo de

Eros enseña a uno a ser poeta, aunque antes careciese de
[musa [100]

se investigaba en casa de Sosio, después de haberse cantado unos versos sáficos, donde Filóxeno [101] afirmaba que incluso el Cíclope curaba su amor con musas melodiosas. Se afirmó, por cierto, que el amor es diestro en favorecer la audacia y la innovación en todo, y así Platón lo llamó «lanzado» y «atrevido en todo» [102]. Pues, desde luego, hace locuaz al silencioso, solícito al tímido, y atento y D laborioso al despreocupado y negligente. Y de lo que uno más se admiraría: un hombre avaro y meticuloso, cuando

[100] Fragmento de la obra perdida de Eurípides, *Estenebea*. Plutarco hace mención de él también en *Mor.* 405F y 762B. Para la aparición de los versos en otros autores, cf. Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 663.

[101] Filóxeno de Citera (435/4-380/79) llevó una vida muy azarosa; ya de niño, pasó como esclavo, de su isla natal a Esparta, donde con el tiempo se hizo cargo de él Melanípides, quien, precisamente, fue su maestro. Vivió en la corte de Dionisio I de Siracusa. Parece que el tirano lo condenó a las temibles canteras, ya fuera por criticar sus poesías o bien por celos respecto a una hetera. Autor de ditirambos, su obra más importante es *El Cíclope*. El fragmento lo recoge Page, *Poet. Mel. Gr.*, fr. 822.

[102] *Banqu.* 203d, *Timeo* 69d.

cae en el amor, lo mismo que el hierro templado y ablandado al fuego, se torna delicado, flexible y más dulce, de suerte que no parece del todo ridículo ese dicho humorístico de que «la bolsa de los enamorados está atada con hoja de puerro» [103].

Y se afirmó también que el enamorarse es semejante al emborracharse, pues hace a los hombres ardientes, alegres y relajados, y cuando se convierten en tales, se dejan dominar por acentos musicales y especialmente rimados.
E Incluso afirman que Esquilo componía sus tragedias mientras bebía y se entonaba [104]. Y mi abuelo Lamprias [105], a la hora de beber, era más ingenioso y elocuente que nunca. Y solía decir que, de modo semejante al incienso, por el calor se elevaba como el humo. Y, realmente, con ser mucho el placer con que miran a sus amados, los encomian con no menos gusto que los miran, y es que el amor, siempre locuaz, lo es mucho más en los elogios. Ya que, al estar ellos tan convencidos, quieren que también todos se convenzan de que están enamorados de hombres hermosos y buenos. Y ésta también fue la razón que impulsó al lidio Candaules a arrastrar hasta su habitación a un sirviente para que contemplara a su propia esposa [106]. Pues
F quieren que otros les sirvan de testigos. Por ello, también,

---

[103] Cf. Leutsch-Schneidewin, *Corp. Parem. Gr.*, vol. I, pág. 447 (60).

[104] La anécdota procede, según Aten., 22A y 428F-429A (en 473a, dice lo mismo de otro poeta, Socles), de Cameleonte; Luciano, *Elogio de Demóstenes* 15, la recoge también, señalando como su fuente al historiador Calístenes.

[105] Personaje muy querido por Plutarco, a juzgar por la cantidad de conversaciones en que participa. Hombre culto, cargado de ideas y de ingenio, supone la voz de la experiencia frente al tono erudito y diletante que sus nietos Lamprias y Plutarco imprimen, a veces, a la charla.

[106] Heródoto, I 8 ss.

cuando escriben encomios de los hermosos, los adornan con cantos, versos y odas, como si embelleciesen estatuas con oro, a fin de que llegue a oídos de cuantos más mejor y se recuerde. Y, por supuesto, si dan a sus amados un 623A
caballo, un gallo o alguna otra cosa[107], quieren que el regalo sea hermoso y esté adornado exquisita y espléndidamente, y, sobre todo, cuando presentan un discurso lisonjero, desean que parezca agradable, brillante y distinguido, cual es el lenguaje poético.

2. Sosio, sin embargo, tras ensalzarlos, dijo que no se haría un intento fallido si se partiera de lo que Teofrasto dijo en *Sobre la música*[108], «pues hace poco, añadió, leí su libro y dice que tres son las motivaciones de la música: el dolor, el placer y la exaltación, ya que cada uno de estos sentimientos altera y desvía la voz de su tono habitual: las penas, en efecto, poseen un tono lastimero y quejumbroso propenso al canto, por lo cual a los oradores en B
los epílogos y a los actores en los lamentos los vemos acercar suavemente su voz al canto y forzarla. Las alegrías extremas del alma de los más excitables por su temperamento, no sólo agitan el cuerpo, sino que también lo invitan a un movimiento rítmico, cuando saltan y aplauden, si es que precisamente no pueden danzar:

delirios y gritos de exaltados con violenta agitación del [cuello,

[107] A la persona amada se le solían regalar aves, como codornices, pollas de agua, ánades o gallos (ARISTÓFANES, *Aves* 705 ss.), o bien coronas, frutas, mechoncitos de cabellos (ID., *Tesmof.* 400-401). ARISTÓF., *Pluto* 157 (cf., además, JENOFONTE DE ÉFESO, *Efesíacas* I 2, 4, y FIL., *Vida de Apol.* VII 42), se queja de que a algunos amados les movía el interés cuando solicitaban de sus amantes perros de caza y caballos.

[108] Obra desconocida.

según Píndaro [109]. Los hombres de gusto, en cambio, cuan-
C do se encuentran bajo este sentimiento, aprestan sólo su voz para cantar y declamar con rima y musicalidad. Pero especialmente la exaltación aleja y aparta al cuerpo y la voz del tono habitual y acostumbrado. De ahí que los delirios báquicos se sirvan de ritmos, y emitir oráculos en verso [110] sea posible a los inspirados por la divinidad, y a pocos en estado de delirio se les pueda ver hablar sin rima y musicalidad. Y siendo esto así, si tú quisieras examinar y comprender perfectamente al amor desdoblándolo bajo los rayos del sol, encontrarías que no hay otro sentimiento que contenga penas más punzantes, ni más intensas alegrías [111], ni mayores éxtasis y delirios, sino que, como la ciudad de Sófocles, el alma del hombre enamorado está llena:

D *A la par de inciensos*
y a la par de peanes y gemidos [112].

»Por ello, no es nada extraño ni sorprendente que el amor, que contiene en sí y comprende a todas cuantas son las motivaciones de la música: pena, placer y exaltación, sea, además de ruidoso y locuaz, favorable y propenso, como ningún otro sentimiento, para la composición de cantos y versos.»

---

[109] *Ditirambos,* fr. 2, Puech = Snell, II 13. En esta parte seguimos el cambio en el orden del texto propuesto por Abramowiczówna y aceptado por Fuhrmann en su edición.

[110] Véase, sobre este punto, el diálogo de Plut., *De E ap. Delph.*

[111] Entre los poetas griegos el Amor es calificado, a tenor de los sentimientos que suscita, de «agridulce» (Safo), «cruel» (Alceo de Mesenia, en *Ant. Pal.* V 10), o «dulce» (Nóside, *ibid.,* V 170).

[112] Adaptación un tanto libre de *Edipo Rey* 4-5.

CUESTIÓN SEXTA

Sobre los abusos de Alejandro en la bebida

Conversan Filino, Plutarco y otros

1. La conversación trataba sobre el rey Alejandro, en el sentido de que no es que bebiera mucho, sino de que empleaba mucho tiempo en beber y conversar con sus amigos. Pero Filino[113] les demostró que ellos decían tonte- E rías, basándose en las *Memorias Reales*[114], en las que de modo muy continuo y frecuente aparece escrito: «está durmiendo este día a consecuencia de la bebida», y, a veces, «también el siguiente». Por ello, era más bien perezoso para las relaciones sexuales, pero fogoso y apasionado, lo que precisamente es propio del calor corporal. Y se dice, incluso, que de su piel emanaba un olor muy agradable, hasta el extremo de inundar sus túnicas de una fragancia aromatizante, lo que en sí mismo parece también ser propio del calor. Por ello, igualmente, los lugares más secos y cálidos de la tierra producen la canela y el incienso[115].

---

[113] Íntimo amigo de Plutarco, y probablemente también de Queronea. Lo ha acompañado a algún viaje a Roma. Vegetariano, según se deduce de otras conversaciones de las *Quaestiones convivales*, defiende esta dieta hasta el extremo de haber educado a sus hijos en sus costumbres. Hombre polifacético y muy interesado por la teología, interviene activamente en *De Pyth. orac.*

[114] Memorias recogidas por Éumenes de Cardia y Diódoto de Eritras. Sobre la forma de beber de Alejandro, nos informan Aten., 434B; Eliano, *Varia historia* III 23, y Plutarco, *Alejandro* XXIII.

[115] Las mismas ideas las expone Plut. en *Alej.* IV, señalando como su fuente *Los comentarios* de Aristóxeno, filósofo y músico griego natu-

F Teofrasto [116] afirma, por cierto, que la fragancia se origina por cierta cocción de cosas húmedas, cuando por el calor se elimina lo perjudicial y superfluo. Y parece también que Calístenes [117] se granjeó su enemistad, porque le desagradaba compartir su mesa a causa del vino puro, ya que incluso al llegarle la gran copa llamada de Alejandro
624A la rechazó, afirmando que no quería por beber de Alejandro precisar de Asclepio. Esto, en suma, en lo que toca a los abusos de Alejandro en la bebida.

2. Y afirman de Mitrídates [118], el que guerreó con los romanos, que en los certámenes que celebraba estableció premios para quien más bebiera y comiera, y que él venció en ambos, y que, en definitiva, era el que más bebía de los hombres de su época, por lo que llegó a apodársele Dioniso. Nosotros dijimos que esto, lo referente a la causa

ral de Tarento (*ca.* 350 a. C.), discípulo de Aristóteles y contemporáneo de Alejandro.

[116] *De causis plantarum* VI 16-8.

[117] Calístenes de Olinto, sobrino y discípulo de Aristóteles, fue historiador y filósofo (Diod., XIV 117, 8). Acompañó a Alejandro en su campaña asiática, de la que escribió un relato y, asimismo, una *Historia de Grecia* en diez libros, de la que sólo nos quedan fragmentos. Su oposición a la costumbre de prosternarse ante el rey acabó costándole la vida (Arriano, IV 10-14). La anécdota referida en esta cuestión se encuentra, además, en *Mor.* 454E, y en Aten., 434D.

[118] Mitrídates VI Eupátor (*ca.* 120-63), rey del Ponto, de gigantesca estatura, extraordinaria fuerza e insaciable apetito, jinete y arquero insuperable, hablaba las veintidós lenguas y dialectos de su reino. Fue un gran admirador de los griegos y cruel y maquiavélico con sus enemigos. Con el calificativo de Dioniso lo conocen también Apiano, *Mitrídates* 10; Aten., 212D, y Cicerón, *Pro Flacco* 60. De la cita de Ateneo parece desprenderse que el apodo se debía, más bien, a que fue el liberador de Asia.

del apodo, era una de esas cosas que se creen a la ligera, pues cuando él era niño un rayo quemó sus pañales, pero no tocó su cuerpo; una señal del fuego simplemente le quedó en la frente, que él ocultaba bajo el cabello; y, ya de B mayor, al caerle, de nuevo, mientras dormía, un rayo en su habitación, le pasó al lado y atravesó el carcaj colgado encima abrasando las flechas. Por ello, los adivinos revelaron que su fuerza principal radicaría en el ejército de arqueros e infantería ligera, en tanto que la gente lo denominó Dioniso a consecuencia de los rayos recibidos por ambos en circunstancias similares [119].

3. Después de esto, la conversación recayó, de nuevo, sobre los que beben mucho. Entre ellos colocaron al púgil Heraclides, coetáneo de nuestros padres, a quien los alejandrinos llamaban cariñosamente «Heraclidita» [120]. Éste, como carecía de un compañero de bebida que le resistiera, invitaba a unos al aperitivo, a otros a la comida, a otros C a la cena y a algunos, por último, a una bacanal. Y cuando se retiraban los primeros, los segundos se le unían, y así, sucesivamente, los terceros y cuartos. Y él, sin hacer pausa alguna, se las había con todos y soportaba hasta el fin los cuatro festines.

4. Y a uno de los que vivían con Druso, el hijo del César Tiberio, un médico que doblaba a todos a la hora de beber, se le cogió tomando previamente en cada oca-

[119] Su madre, Sémele, fue fulminada por un rayo de Zeus, mientras tenía a su hijo en las entrañas.

[120] Eliano, *Var. hist.* XII 26, cita a un púgil del mismo nombre. Sobre el apelativo «Heraclidita», típicamente femenino, cf. H. Bolkestein, *Adversaria critica...*, pág. 90.

sión, para no emborracharse, cinco o seis almendras amargas. Pero, privado de ellas y vigilado de cerca, no aguan-
D taba ni lo más mínimo [121]. Por cierto que algunos creían que las almendritas tienen la cualidad de irritar y purificar la carne, hasta el extremo de que incluso suprimen las pecas de la cara. Por ello, cuando se toman previamente, con su amargor irritan los poros y causan una picazón por la que extraen de la cabeza la humedad evaporada.

A nosotros, en cambio, más bien nos parecía que la capacidad del amargor era desecante y disipadora de los líquidos. Por ello, para el gusto el amargo es el más desagradable de todos los sabores (pues las venillas de la lengua, según afirma Platón [122], como son suaves y más débiles, se tensan contra lo natural por la sequedad al disiparse los líquidos) y las heridas cicatrizan con los fármacos amargos, como el poeta afirma:

E *Y encima puso una raíz amarga,*
analgésica, tras triturarla con las manos, la cual ⟨todos los dolores le suprimió; la herida se secaba⟩ y cesó la
[hemorragia [123].

En efecto, llamó correctamente desecante en poder a lo que es amargo para el gusto. Y parece también que las cremas de las mujeres, con las que eliminan el sudor, como son amargas para el gusto y astringentes, resecan gracias a la intensidad de su aspereza [124].

---

[121] Anécdota recogida por Aten., 52D-E, quien cita a Plutarco como su fuente. Sobre la propiedad de las almendras, cf. Dioscórides, I 33, 2, y Plin., *His. nat.* XXIII 145.

[122] Parece referirse Plutarco al *Tim.* 65c ss.

[123] *Il.* XI 846-8.

[124] Respecto al uso de cremas y polvos por parte de las mujeres, cf.

«En consecuencia, afirmé, siendo esto así, es natural que el amargor de las almendras ayude contra el vino puro al resecar las partes internas del cuerpo y no permitir que se dilaten las venas, con cuya dilatación y alteración, F afirman, sobreviene el emborracharse. Y un gran testimonio de mi afirmación es lo que ocurre con las zorras, pues si, tras haber comido almendras amargas, no beben, mueren al abandonarles los líquidos por completo.»

CUESTIÓN SÉPTIMA 625A

De por qué a los ancianos les gusta más el vino puro

Conversan PLUTARCO y otros

Respecto a los ancianos se indagaba por qué prefieren las bebidas más puras. Sin duda, los que creían que era por poseer una naturaleza reseca y difícil de avivar por lo que se adaptaban a la dureza de la mezcla, expresaban, evidentemente, un punto de vista común y manido [126], mas ni suficiente para su explicación ni verdadero. Pues, en realidad, con las demás sensaciones les sucede lo mismo, ya que son lentos y tardos para percibir las cualidades de las cosas, si no les afectan con violencia e intensidad. Y B la causa es el debilitamiento de su naturaleza, pues al aflojarse y debilitarse gusta de impresiones fuertes. Por ello,

BOLKESTEIN, *Adversaria critica...*, págs. 91-92, que aporta un buen número de pasajes relativos al tema.

[125] Cf., al respecto, TH. WEIDLICH, *Die Sympathie der antiken Literatur*, págs. 53-58.

[126] Así lo plantean ARISTÓTELES, *Probl. Ined.* II 36, y PSEUDO-ARISTÓTELES, *Problemata* 953b30.

en relación con el paladar, lo que mejor toleran son los sabores picantes, y su olfato experimenta algo semejante ante los olores, pues son los fuertes e intensos los que mayor placer les provocan. Su tacto es bastante insensible a las heridas, pues a veces reciben golpes sin sufrir mucho. Y de manera semejante ocurre con el oído, ya que los músicos, conforme envejecen, componen en un tono más agudo y duro, como si despertaran su sensibilidad con el impacto de un sonido fuerte. Pues lo que es el temple para
C el hierro respecto a su filo, eso proporciona aliento al cuerpo respecto a su sensibilidad. Pero, cuando éste cede y se relaja, la sensibilidad queda indolente y terrosa y necesitada de algo que le golpee con violencia, como es el vino puro.

CUESTIÓN OCTAVA

De por qué las personas de edad leen mejor de lejos que de cerca

Conversan LAMPRIAS, PLUTARCO y otros

1. A estas explicaciones descubiertas por nosotros para la cuestión anterior, parecía contraponérsele lo relativo a la vista. Pues las personas de edad leen los escritos apar-
D tándolos lejos de sus ojos, mientras que de cerca no pueden. Y esto lo insinúa Esquilo al afirmar:

Y tú [*léelo*] *de lejos, pues de cerca sin duda no podrías.*
Y, aunque viejo, sé un experto escriba [127].

[127] NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 358.

Y más claro afirma Sófocles lo mismo respecto a los ancianos:

Y, en efecto, una lenta comprensión de las palabras
con dificultad a través del oído obstruido avanzaba,
y, aunque de lejos ve, de cerca, sin embargo, es totalmente
[ciego [128].

Así, pues, si precisamente los sentidos de los ancianos responden mejor a la intensidad y brusquedad, ¿cómo es E
que al leer no soportan la luz de cerca, sino que retirando el libro algo más lejos, atenúan la luminosidad que disminuye al mezclarse con el aire, lo mismo que el vino con el agua?

2. Pues bien, había quienes contestaban a esto, que retiran el libro de los ojos no por hacer la luz más tenue, sino como para recoger y abarcar más luz y llenar de aire radiante el espacio que media entre los ojos y los escritos. Otros, en cambio, se adherían a los que hacen converger los rayos de luz, pues, cuando de cada uno de los ojos se extiende un cono visual que tiene su vértice en el ojo y cuyo asentamiento y base abarcan lo percibido, es na- F
tural que cada uno de los conos por separado se extienda hasta cierto punto [129]; pero, cuando se encuentran más lejos y convergen el uno con el otro, hacen una sola luz; por ello, también, cada una de las cosas percibidas aparece como una, no como dos, aun cuando se hagan visibles a ambos ojos a la vez; la causa, sin duda, es la convergencia en el mismo lugar y la concentración de los conos, que

[128] *Ibid.*, fr. 774.
[129] En *Mor.* 901B, esta teoría se remonta a Hiparco.

de dos hacen una la visión. Y siendo esto así, las personas
626A de edad, al colocar cerca los escritos, como los rayos no están aún fundidos, sino que con cada uno de ellos separadamente los tocan, los perciben con menos fuerza. Mas al retirarlos más lejos, como la luz está ya mezclada y se hace mayor, los distinguen mejor, como los que con las dos manos cogen al tiempo lo que no pueden con una.

3. Y mi hermano Lamprias que, por cierto, no había leído la teoría de Jerónimo [130], pero en la que él mismo por su talento dio, dijo que vemos por las imágenes que nos vienen de los objetos a la vista, que primero salen de gran tamaño y compactas, por lo que molestan de cerca a los ancianos, quienes poseen una visión lenta y rígida; pero,
B al elevarse hasta el aire y coger distancia, las partes terrosas se rompen y caen, en tanto que las ligeras, aproximándose a la vista, se ajustan a los conductos sin molestia y con suavidad, de modo que alterándose menos las reciben mejor. Pues también los olores de las flores desde lejos nos llegan más perfumados, pero si te pones demasiado cerca, no perfuman tan limpia y puramente. Y la razón es que muchos elementos terrosos y turbios acompañan al olor y destruyen el perfume, si se recibe desde cerca; en cambio, de lejos, los elementos turbios y terrosos se des-

[130] Jerónimo de Rodas. En el texto existen pequeñas lagunas, que oscilan entre una y dos letras hasta las cinco o seis, sumando un total aproximado de dieciocho letras. Sin embargo, como Lamprias parece exponer el punto de vista epicúreo, cuando se esperaba el de Aristóteles, su maestro. Abramowiczówna, *Commentarius...*, pág. 97 = pág. 238, ha supuesto que existe una laguna mayor correspondiente a las palabras del hermano de Plutarco. Lo que se nos ha conservado sería la intervención de otro personaje que contestaría a Lamprias.

prenden y caen, pero su pureza y calor, debido a su ligereza, se conservan íntegros para la percepción [131]. C

4. Nosotros, por nuestra parte, observando el principio platónico [132], decíamos que un flujo luminoso procedente de los ojos se mezcla con la luz que rodea a los cuerpos y adquiere consistencia, hasta el punto de que de dos se hace un solo cuerpo en todo absolutamente compatible; y el uno se mezcla con el otro en razón de su simetría y cantidad; pues no debe el uno, dominado por el otro, quedar suprimido, sino abocar conjuntamente en una sola capacidad, debido a que ambos se juntan en un punto medio con armonía y unión. Pues bien, como lo de las personas de edad avanzada, ya haya que llamarle corriente a lo que pasa a través de la niña del ojo o bien flujo luminoso o rayo [133], es débil y endeble, no se produce una unión con D
la luz del exterior ni mezcla, sino una disolución y destrucción, a no ser que, retirando a gran distancia los escritos de los ojos, atenúen la excesiva luminosidad de la luz, de forma que no aparezca ante la vista abundante ni pura, sino de la misma naturaleza y proporcionada. Esto, precisamente, es la causa de lo que acontece a los animales nictófagos; pues su visión, que es débil, se ve inundada y dominada por la luz diurna, por no poder mezclarse con una luz abundante y fuerte a consecuencia de su débil y peque-

---

131 Véanse, al respecto, Ps.-Arist., *Probl.* 906a23, b37, 907a24; Arist., *Probl. Ined.* II 102; Teofr., *De caus. plant.* VI 17, 1, y Ps.-Alejandro de Afrodisia (C. Ideler, *Phys. et med. gr. mim.*, I 73, 16; II 64).

132 *Tim.* 45e; *Rep.* 507d-e, 508d; *Menón* 76d; *Teeteto* 156d; y Plut., *Mor.* 390B, 433D, 436C-D, y 921D-E.

133 Platón, en el *Timeo*, la denomina *rhéuma;* en *Menón, aporroé*, y en la *República, epírryton;* pero no *pneûma* ni *augḗn*, como Plutarco.

E ño principio; pero, ante una luz oscura y débil, como la de una estrella, despide un rayo suficiente y proporcionado, de suerte que éste colabora con aquélla y con su ayuda realiza la percepción.

CUESTIÓN NOVENA [134]

De por qué se lavan los vestidos con agua potable mejor que con la del mar

Conversan Teón, Temístocles y Plutarco

1. Teón, el gramático, mientras comíamos invitados en casa de Mestrio Floro [134bis], le expresó a Temístocles [135], el estoico, su extrañeza de por qué Crisipo [136], que en muchas

[134] Cuestión imitada por Macrobio, *Saturnalia* VII 13, 18-27.

[134bis] Amigo íntimo, por cuya mediación consiguió Plutarco la ciudadanía romana. Además de en las *Quaestiones convivales* se le menciona en la *Vida de Oto* XIV, donde se refiere su participación en la batalla de Betriaco. Personaje de gran prestigio en la corte de Vespasiano, desempeñó los cargos de cónsul y procónsul. Posteriormente vivió mucho tiempo en Grecia y, al parecer, gran parte de él en Queronea, donde entró en contacto con Plutarco y su círculo de amigos. Hombre polifacético y de grandes inquietudes, buen conocedor de Platón, Aristóteles y otros filósofos, aparece en las conversaciones como una persona de edad madura.

[135] Natural de Atenas y descendiente del famoso Temístocles. Fue compañero de estudios de Plutarco con Amonio, si bien luego se cambió a la Estoa.

[136] Crisipo de Solos (*ca.* 281/77-208/04) perteneció, primero, a la Academia, pasándose posteriormente a la escuela estoica, de la que fue director desde el año 232 hasta su muerte. Según se dice (*SVF* 2, 1), escribió más de 705 obras.

ocasiones hizo mención de afirmaciones ilógicas y extrañas, como es la de que «un pescado en sal, si se humedece con salmuera, se vuelve dulzón» [137], y la de que «los copos de lana responden menos a los que los desenredan por la
F fuerza, que a los que los deslían con suavidad», y la de que «estando en ayunas se come con menos ganas, que habiendo comido antes» [138], de ninguna de ellas dio una explicación. Y Temístocles, después de decir que Crisipo las proponía simplemente a modo de ejemplo de la facilidad e irracionalidad con que nos dejamos arrastrar por lo verosímil y, a su vez, desconfiamos de lo que va contra
627A lo verosímil, dirigiéndose a él le pregunto: «Pero, querido, ¿qué empeño tienes en plantearte problemas sobre estos temas? Pues si nos has salido investigador y estudioso de las causas, no acampes tan lejos de lo tuyo, sino di por qué causa Homero puso a Nausícaa lavando en el río [139], no en el mar, aunque estaba cerca. Y eso que, desde luego, éste es más cálido y, evidentemente, más claro y mejor para lavar.

2. Y Teón dijo: «Pero lo que nos has planteado lo resolvió Aristóteles hace tiempo mediante los elementos terrosos. Pues en el mar están diseminados lo espeso y lo
B terroso y esta mezcla produce su salobridad [140]. Por lo cual, también, el mar sostiene mejor a los nadadores y soporta los pesos, en tanto que el agua dulce cede por su ligereza

---

[137] El mismo problema lo plantea Ateneo en 121D.

[138] Cf. H. von Arnim, *Stoicorum Veterum Fragmenta*, 3 vols., Stutgart, 1964 (= 1938), vol. III, pág. 146 (fr. 546).

[139] *Od.* VI 59.

[140] Cf. *Mor.* 911D, y Arist., *Meteorologica* 359d5, y Ps.-Arist., *Probl.* 933a9-17.

y debilidad, pues es pura y sin mezcla. De ahí que se infiltre por su sutileza y, al atravesar el tejido, quite las manchas mejor que la del mar. ¿O no te parece que Aristóteles dice esto de forma convincente?»

3. «De forma convincente, dije yo, pero no verdadera, pues veo que espesan el agua con ceniza, soda [141] y, si éstos no están al alcance, muchas veces con polvo, ya que consideran que las materias terrosas pueden por su aspereza limpiar mejor la suciedad, en tanto que la propia agua por su sutileza y debilidad no lo realiza de igual modo.
C Ahora bien, la densidad del agua del mar no impide en absoluto hacer esto ni colabora menos a la acción purificadora por su aspereza. Pues ésta, ensanchando y abriendo los poros, arrastra la suciedad. Pero, como todo lo graso es difícil de lavar y produce manchas, y el mar es graso, ésta sería fundamentalmente la causa de que no lave bien. Y que es graso también lo dice el propio Aristóteles [142]. Las sales, en efecto, tienen grasa y a las lámparas las hacen arder mejor, y la propia agua de mar rociada sobre las llamas brilla con ellas, y de las aguas la que más arde es la del mar. Y, según creo yo, por esto es también la más cálida.

D »O, si lo queréis, de otro modo. Como el enfriamiento es el fin del lavado y lo que más rápidamente queda seco es lo que más limpio aparece, por tanto el líquido que lava debe irse con la suciedad, como el eléboro [143] con la enfer-

[141] Con *nítron*, Plutarco se refiere a las sales alcalinas, como el carbonato sódico, procedente de Calastra, en el golfo Termaico.

[142] Ps.-Arist., *Probl.* 432b4-18; 933a19.

[143] Planta de sabor muy amargo, de la que se servían los antiguos como purgante, vomitivo e, incluso, para enfermedades mentales. Res-

medad. Así, pues, el sol absorbe fácilmente el agua dulce por su ligereza, en tanto que la salada, retenida en los poros por su aspereza, es más difícil de secar.»

4. Y Teón, interrumpiéndome, dijo:

—Nada de valor dices, pues Aristóteles en el mismo libro[144] afirma que los que se lavan en el mar se secan antes que los que emplean el agua dulce, si se ponen al sol.

—Así lo dice, repliqué, pero pensaba que tú creerías, E
más bien, a Homero, que afirma lo contrario. Odiseo, en efecto, tras su naufragio, se deja ver ante Nausícaa

horroroso, afeado por el salitre[145],

y a las doncellas dice:

doncellas, teneos a esa distancia, mientras yo mismo
me lavo el salitre de los hombros[146],

y, bajando al río, limpiaba de su cabeza la espuma

limpiaba de su cabeza la espuma del mar[147],

con lo que el poeta comprendió extraordinariamente lo ocurrido; pues, cuando salen del mar y se ponen al sol, el calor se lleva por completo lo más fino y ligero de la humedad, mientras que lo salado y áspero es lo que se queda F
pegado encima y permanece en los cuerpos como una costra salada, hasta que se la limpian con agua potable y dulce.

---

pecto a su relación con la locura, cf. Aristóf., *Avispas* 1489 ss.; Fil., *Vida de Apol.* V 7, y Luc., *Hist. verd.* II 7.

[144] *Probl.* 932B25.

[145] *Od.* VI 137.

[146] *Ibid.*, 218 s.

[147] *Ibid.*, 226.

628A CUESTIÓN DÉCIMA

De por qué al coro de la tribu Eántide, de Atenas, nunca lo elegían el último

Conversan MARCOS, MILÓN, FILOPAPO, GLAUCIAS, PLUTARCO y otros

1. En los epinicios de Sarapión [148], cuando dio la victoria a la tribu Leontide [149] dirigiendo su coro, nosotros, que habíamos sido invitados precisamente por ser miembros adoptivos de la tribu, manteníamos una conversación emparentada con el concurso del momento. El certamen, por cierto, cuya dirección desempeñó con brillantez y magnificencia el rey Filopapo [150], quien al tiempo actuó de corego de todas las tribus, mantuvo una fortísima competen-
B cia. Y resultaba que el rey, que comía invitado con nosotros, unas veces hablaba de cosas antiguas y otras escuchaba por educación no menos que por su afán de aprender.

2. Y un tema de tal índole fue planteado por Marcos [151], el gramático. Afirmaba que Neantes [152], el ciciceno,

---

[148] Poeta estoico, residente en Atenas. Compuso poemas filosófico-protrépticos de tendencia moral. Plutarco le dedica su obra *De E ap. Delph.* y aparece como interlocutor en *De Pyth. orac.*

[149] Una de las tribus del Ática.

[150] Príncipe sirio que ocupó importantes cargos tanto en Roma como en Grecia, a quien Plutarco dedicó *De adulatore et amico* (*Cómo distinguir a un adulador de un amigo* [B.C.G. 78]).

[151] Antiguo compañero de estudios de Plutarco, al que volveremos a encontrar en *Quaest. conv.* IX 5.

[152] Escritor del siglo III a. C. (*ca.* 240), del que, aparte de los títulos de algunas de sus obras, apenas sabemos nada más.

relataba en las leyendas referentes a su ciudad que la tribu Eantide tenía el don de que su coro no fuera elegido el último. «Por supuesto, dijo, en la exposición de la historia el que la escribió era un patrañero, pero si al menos esto no lo falsea, quede como una empresa común a todos la investigación de su causa.»

Y al decir su compañero Milón [153]: «Bien, ¿y si fuera
mentira lo dicho?», contestó Filopapo: «Nada de particu-
lar tendría, si sintiéramos lo mismo que el sabio Demócri-
to por la erudición, pues aquél, según parece, al morder C
un pepino, como su sabor le pareció de miel, preguntó
a la sirvienta que dónde lo había comprado; al decirle ella
que en un huerto, levantándose le ordenó que lo guiara
y le mostrase el lugar; y, como la mujer se extrañara y
preguntara qué pretendía, contestó: 'Debo encontrar la cau-
sa de su dulzura, y la encontraré si examino el lugar.' 'Sién-
tate, entonces, contestó la mujer riendo, pues yo sin darme
cuenta puse el pepino en un tarro con miel.' Pero él,
como enojado, dijo: '¡Me hiciste polvo, pero no por ello D
dejaré de abordar el tema e indagaré su causa, como si
la dulzura estuviera relacionada y emparentada con el
pepino'» [154].

»Así, pues, no hagamos nosotros de la superficialidad de Neantes en algunos puntos un pretexto para abandonar, ya que el tema nos proporcionará, si no otra utilidad, la de ejercitarnos.»

3. Pues bien, todos por igual se apresuraron a encomiar a la tribu, haciendo mención de cualquier cosa que

[153] Conocido sólo por este pasaje.

[154] Anécdota desconocida, que, según DK, II, pág. 87 (17a), parece una parodia del método etiológico de Demócrito.

redundara en gloria de ella. Y a Maratón, en efecto, por ser un demo de esta tribu, se le ponía como centro de todo y hacían ver que Harmodio [155] y los suyos eran de la tribu Eantide, por ser efectivamente de Afidna, uno de sus de-
E mos. Y Glaucias [156], el orador, dijo que en Maratón el ala derecha de la formación se le dio a los Eantides, dando crédito a las elegías de Esquilo [157], que combatió brillantemente en aquella batalla, y señaló, además, que de aquella tribu era el polemarco Calímaco, quien se comportó como un hombre muy valiente y, después de Milcíades, fue el mayor responsable de la batalla, por haber emitido el mismo voto que él [158]. Y yo le añadía a Glaucias que también el decreto según el cual hizo salir a los atenienses a combatir se redactó siendo pritana la tribu Eantide y que en la batalla de Platea esta tribu fue la que más fama obtuvo.
F Por ello, también, los Eantides llevaron a las ninfas Esfragitidas al Citerón el sacrificio por la victoria ordenado por la Pitia, siendo la ciudad la que les aportó la víctima y lo demás [159]. «Pero ves, dije, que las demás tribus poseen mucha celebridad y, desde luego, sabéis que la mía,
629A Leontide, es la primera, porque de ninguna queda rezagada en fama. Considerad, pues, si no es más convincente decir que ésta es una forma de consolar y aplacar al epóni-
B mo de la tribu. Pues el Telamonio no era de los que se

[155] Junto con Aristogitón, uno de los famosos tiranicidas.

[156] Personaje que aparece varias veces con aportaciones eruditas y reflexivas.

[157] Pasaje un tanto corrupto, cuyo sentido, sin embargo, es fácil de comprender.

[158] Los pormenores de esta batalla, así como la heroica muerte de Calímaco, se pueden leer en HERÓD., VI 106 ss.

[159] Sobre este punto, véase también *Vida de Arístides* XIX 6.

contentaban con sufrir una derrota [160], sino capaz de despreciar a todos por su cólera y carácter pendenciero. Por tanto, para que no fuera duro e inexorable, se acordó quitarle lo más incómodo de la derrota, no rebajando jamás su tribu hasta el último lugar.»

---

[160] Respecto al rencor que Áyax guardaba a Odiseo por habérsele concedido al último las armas de Aquiles, véase *Od.* XI 543 ss.

LIBRO II

INTRODUCCIÓN

1. De las cosas que se preparan para las cenas y banquetes, Sosio Seneción, unas tienen el rango de necesarias, como el vino, el pan, los manjares, los lechos, claro, y las mesas. En cambio, las accesorias surgen por placer, sin que la utilidad las acompañe, como audiciones, espectáculos y un bufón —Filipo en el de Calias [161]— con cuya presencia la gente se alegra; pero si no están presentes, no las añora demasiado, ni acusa a la reunión de ser, por ello, más incompleta. Así también, en efecto, las personas comedidas acogen unas conversaciones por la utilidad que reportan a los banquetes, en tanto que otras las aceptan por poseer un tema sugestivo y que se adecua a la ocasión mejor que la flauta y la lira. De ellas ya nuestro primer libro contenía ejemplos mezclados: del primer género, lo referente al filosofar durante la bebida y a que el propio anfitrión asigne los asientos o los deje al criterio de los

629C (quetes…) · D (por poseer…)

[161] Plutarco se refiere al bufón que se autoinvita en JEN., *Banqu.* I 11 ss.

comensales, y temas semejantes; y del segundo, lo de que los enamorados son dados a la poesía y lo de la tribu Eantide. A estas últimas, personalmente, las llamo «charlas de bebedores» en un sentido particular, y a las otras «charlas de banquete» en general *** [162], pero están escritas de manera dispersa, y no por separado, sino como cada una me vino a la memoria. Y no deben los lectores admirarse
E de que, aunque te las hayamos dedicado a ti, reunamos algunas de las conversaciones mantenidas a veces también por ti. Pues, aunque la facultad de aprender no conlleve la de recordar, muchas veces el recordar se sitúa en el mismo plano que el aprender.

CUESTIÓN PRIMERA

De cuáles son las preguntas o bromas que afirma Jenofonte son más gratas de hacer durante la bebida y cuáles no [163]

Conversan Sosio Seneción y Plutarco

1. De las diez cuestiones asignadas a cada libro, en éste la primera es la que, en cierto modo, Jenofonte el socrático nos planteó. En efecto, afirma que Gobrias [164], mientras cenaba con Ciro, admiraba de los persas, además de otras cosas, el que se hacían unos a otros preguntas tales, que era más agradable ser preguntado que no, y gas-

[162] Existe en el texto griego una pequeña laguna fácilmente subsanable.

[163] El tema de esta cuestión, recogido por Macr., *Sat.* VII 2 y 3, lo trata también Aristóteles en *Ética Nicomáquea* 1128a27.

[164] Príncipe asirio que sometió su región y sus tropas a Ciro, según Jenofonte, *Ciropedia* IV 6, y le ayudó a conquistar Babilonia en el año 539 a. C.

taban bromas que era más hermoso recibirlas que no[165]. Pues, si otras muchas veces, con sus elogios molestan y cargan, ¿cómo no iba a ser digna de admirar la joviali- F dad e inteligencia de aquellos cuyas bromas proporcionaban a quienes las sufrían placer y gusto? Pues bien, cuando nos acogiste en Patras, dijiste que te gustaría enterarte de qué género eran tales preguntas y cuál su sello. «Pues una parte nada pequeña del arte de la convivencia, afirmaste, es el conocimiento y respeto del decoro en las preguntas y chanzas.»

2. «Grande, en efecto, dije yo, pero observa que el 630A propio Jenofonte muestra el género en los banquetes socrático y persa. No obstante, si crees oportuno que también nosotros nos dediquemos al tema, en primer lugar me parece que la gente recibe con gusto preguntas sobre lo que fácilmente puede responder, esto es, en lo que tiene experiencia. Pues en lo que ignoran, o se apenan, al no contestar, como si les pidiesen algo que no pueden dar, o al contestar, como lo hacen con un criterio y conjetura nada firmes, se azaran y apuran. Y si la respuesta conlleva no sólo algo fácil, sino también singular, más agradable es para quien responde. Y singulares son las de los que B saben lo que no muchos conocen ni han oído, como las astrológicas y dialécticas, si precisamente tienen competencia en ellas.

»Pues no sólo cada uno lo pasa agradablemente trabajando o empleando el día, como Eurípides afirma, sino también conversando:

donde él resulte superior a sí mismo[166].

---

[165] *Ibid.*, V 2, 18.

[166] Ver n. 97.

Y se complacen con quienes les preguntan lo que, por conocerlo ellos, no quieren que se ignoren ni pase desapercibido. Por ello, a los que han recorrido mundo y navegado, les agrada mucho que se les pregunte, y hablan apasionadamente sobre una región alejada, un mar extraño, costumbres y leyes bárbaras y describen golfos y lugares,
C por estimar que en esto encuentran cierta gratificación y consuelo a sus fatigas. Y, en general, nos gusta que se nos pregunte sobre cuanto solemos exponer y contar por nuestra cuenta, sin que nadie nos lo pregunte, siempre que creamos agradar a personas cuyo enojo sería difícil evitar en caso contrario. Y esta clase de enfermedad se produce sobre todo en la gente de mar [167]; en cambio, los más finos quieren que se les pregunte sobre aquello que, aun queriéndolo contar, se abstienen por vergüenza y respeto a los presentes, como cuanto ellos han tenido suerte de haber realizado y llevado a término felizmente. Así correctamente Néstor, que conocía el afán de fama de Odiseo, le dice:

¡Ea!, dime, oh muy afamado Odiseo, gloria de los aqueos,
D *cómo cogisteis estos caballos* [168].

»Pues la gente se enoja con los que se elogian a sí mismos y exponen minuciosamente sus propios éxitos, a no ser que se lo pida algún otro de los presentes y hablen como forzados. Desde luego, aceptan con agrado preguntas sobre sus embajadas y actuación política cuantos precisamente han realizado algo grande y brillante.

[167] Entre las personas cultas en la Antigüedad, los marineros y cargadores gozaban de mala fama. Para los primeros, véase HEL., *Etióp.* V 18, 3, y para los segundos, HERODAS, *El maestro de escuela* 65.

[168] HOM., *Il.* X 544-5.

»De ahí que los envidiosos y resentidos de ningún modo hacen preguntas sobre estos temas y, si algún otro interroga sobre tales, ponen trabas y desvían la conversación, por no dar lugar a la exposición ni querer concederles la oportunidad de un relato que honra al que lo refiere. Sin duda, agradan a sus interlocutores preguntándoles aquello de lo que se percatan que sus enemigos y adversarios no quieren oír.

3. »Así Odiseo a Alcínoo: E

A ti el ánimo te impulsó por mis cuitas lastimeras a inqui-
[rir, para que aún más afligido me lamente[169].

Y al coro Edipo:

Terrible es, oh forastero, el despertar un mal hace tiempo
[dormido[170].

Y Eurípides al contrario:

Cuán agradable es, por cierto, ⟨una vez ya a salvo,
[acordarse⟩ de las fatigas[171].

⟨Por supuesto, dejando él claro cuán agradable es sólo para los que ya están a salvo⟩, no para los que aún andan errantes y sorportan infortunios. Por tanto, hay que guardarse de las preguntas sobre las desgracias. Pues la gente se aflige cuando relata sus pleitos perdidos o entierros de sus hijos o algunos negocios nada afortunados por tierra o por mar. En cambio, aceptan con agrado que se les pre- F

[169] HOM., *Od.* IX 12.

[170] SÓFOCLES, *Edipo en Colono* 510-1.

[171] *Andrómeda* (NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 133). A continuación hay en el texto una laguna de veinticinco a veintiocho letras, en la que se supone que falta lo incluido entre paréntesis angulares.

gunte muchas veces cómo pasaron un día feliz en la tribuna, o les dirigió la palabra el rey, o, mientras los demás sucumbieron ante una tempestad o piratas, ellos escaparon al peligro, y, sacándole el jugo al asunto en cierto modo con la palabra, no se cansan de exponerlo y recordarlo.
631A Y también se alegran cuando se les pregunta por amigos que son afortunados e hijos que progresan en los estudios, o en el foro, o en amistad con los reyes. Pero las preguntas que con más gusto rerciben y a las que con mayor placer responden son aquellas en que sus enemigos y adversarios son víctimas de agravios, daños y condenas. Y ellos por sí mismos no se atreven, para evitar la impresión de que se alegran del mal ajeno. Muy agradable resulta preguntar a un hombre aficionado a la caza sobre perros; al amante del atletismo sobre pruebas gimnásticas, y al enamoradizo sobre personas hermosas. A su vez, el piadoso y amante de los sacrificios es aficionado a contar sueños y cuantos éxitos obtuvo sirviéndose de predicciones, sacrificios, o la benevolencia de los dioses, y con gusto admiti-
B ría preguntas sobre ello. Y a los ancianos, aunque el tema nos les concierna, los que les preguntan les causan una gran alegría y los mueven a ello porque están deseándolo.

Oh Néstor Nelida, tú di la verdad, ¿cómo murió el Atrida?
¿Dónde estaba Menelao? ¿Acaso no estaba en Argos de [*Acaya?...* [172].

»Al hacerle muchas preguntas, al mismo tiempo le ofrece ocasión para hablar mucho, no como algunos que, al reducirlas a lo imprescindible y urgir las respuestas, suprimen lo más agradable del entretenimiento de los ancianos. Y, en suma, los que quieren alegrar más que molestar hacen

[172] Hom., *Od.* III 247 ss.

preguntas tales a cuyas respuestas acompañe de parte de C
los que escuchan no reproche, sino elogio, no odio o indignación, sino benevolencia y gratitud. Esto, pues, en lo que toca a las preguntas.

4. »Y de las bromas, el que no pueda gastarlas oportunamente con precaución y habilidad, ha de abstenerse por completo. Pues, como en un sitio resbaladizo, con sólo tocarlo de pasada, uno cae, así con el vino nos encontramos en situación resbaladiza en todo motivo de conversación que no transcurra con la debida compostura. Y con las bromas hay veces en que nos alteramos más que con los insultos, porque vemos que estos últimos ocurren muchas veces sin querer por cólera, y aquéllas, en cambio, las soltamos no como algo necesario, sino como producto de la insolencia y del malhumor, y, nos irritamos, en general, más cuando conversamos con los que ironizan, que con los que sin más dicen necedades, sabedores de que al D
ultraje se le une completamente la espontaneidad, en tanto que la broma es un ultraje pensado y hecho con premeditación [173]. Pues el que te llamó 'pescadero» te injurió sin doblez, pero el que te dijo: 'Nos acordamos de cuando tú te limpiabas los mocos con la manga' [174], se burló de ti. Y Cicerón a Octavio, que parecía ser de Libia, al decirle este último que no oía lo que hablaba, respondió: 'Y eso que tienes el oído perforado' [175]. Y Melantio [176], ridiculi-

[173] Pasaje corrupto, cuyo sentido parece ser el que le hemos dado.

[174] El dicho se aplica a los vendedores de pescado. Según DIÓG. LAER., IV 46, tal respuesta, refiriéndose a su padre, dio Bión de Borístenes a Antígono.

[175] Típico en los esclavos. La anécdota la repite PLUTARCO en *Vida de Cicerón* XXVI 4, y *Mor.* 205B.

[176] Poeta trágico (siglo V a. C.), a quien ARISTÓFANES, en *Paz* 803,

zado por un comediógrafo, dijo: '¿No me estás pagando la deuda que me debías?'

E »Así, pues, las bromas hieren más, porque, como los dardos reforzados con ganchos, quedan dentro por más tiempo, y el encanto de su agudeza molesta a los que la sufren y alegra a los presentes, pues, disfrutando con lo dicho, parecen creerlo y desgarrarles junto con el que las gasta. Pues la broma es, según Teofrasto [177], un reproche enmascarado de una falta; de ahí que por sí mismo el que la oye añade a la insinuación lo que falta, como si lo supiera y le diera crédito. Pues el que se ríe y se alegra en casos como el de Teócrito [178], quien a uno que tenía fama de ladrón y le preguntaba si iba a una cena le contestó que sí iba, pero que dormía allí [179], es semejante a quien F confirma la acusación. Por ello, también, el que bromea fuera de tono llena por completo a los presentes de mal carácter, ya que se alegran y contribuyen al ultraje. Uno de los conocimientos que parecía oportuno a la hermosa Lacedemonia era el gastar bromas sin molestar, y recibi-

junto con Mórsino, acusa de glotón; de falta de talento, en 1009, y de padecer lepra, en *Aves* 151. Una relación de autores que lo critican por el primer defecto señalado se puede ver en ATEN., 6C.

[177] *Tract. Coisl.* 4 ss., en G. KAIBEL, *Com. Gr. Frag.*, vol. I, 1, Berlín, 1899, fr. 1, 50.

[178] El sofista Teócrito de Quíos (siglo IV a. C.), antagonista político de Teopompo (ESTR., XIV 1, 35), se distinguió por la ironía y escarnio con que zahería a sus contemporáneos y antecesores. Precisamente, una broma pesada que le gastó al rey Antígono Monoftalmo, relatada un poco más abajo, en 633C, le costó la vida.

[179] Los ladrones aprovechaban el momento en que los comensales salían de un banquete algo bebidos para despojarlos de sus vestidos y otras pertenencias. Amplia información nos ofrece ARISTÓFANES, en *Acarnienses* 1166, *Aves* 1490 ss., *Nubes* 499, *Paz* 492 ss., *Ranas* 713, y *Asambl.* 668 ss.

das, soportarlas [180]. Y si uno se negaba a que se le gastara una broma, al punto el bromista cortaba. Por tanto, ¿cómo no va a ser difícil encontrar una broma grata para quien la recibe, cuando incluso el no molestar con la broma es 632A
cosa de una experiencia y destreza nada corrientes?

5. »Aun así, me parece que las bromas que molestan a quienes cuadran, son las primeras que producen algún placer y agrado a los que están lejos de la acusación. Así Jenofonte, por burlarse de él, nos presenta humorísticamente como el amor de Sambaulas al individuo aquél superfeo y supervelludo [181]. Y recuerdas, sin duda, a nuestro Quieto, que, cuando en una enfermedad dijo que tenía las manos frías, le contestó Aufidio Modesto: 'Pues, sin embargo, calientes las trajiste de tu provincia' [182]. Esto, efectivamente, le produjo risa y esparcimiento, mientras que para un procónsul ladrón hubiera sido un ultraje y oprobio. Por ello, también, cuando Sócrates a Critobulo, muy B
hermoso de rostro, le desafía a una confrontación de hermosura, le gastó una broma inocente, no lo ridiculizó [183]. Y, al revés, Alcibíades le gastaba bromas a Sócrates por sus atenciones con Agatón [184]. Y también los reyes se alegran con los que les hablan como a pobres y particulares, como el parásito que, al recibir una broma de Filipo, le

[180] Se refiere al famoso «burlar y dejarse burlar» propio de los espartanos, cuyo humor consistía en decir al principio de su historia lo justo del modo más breve, según se puede ver en PLAT., *Prot.* 342d-f.

[181] *Cirop.* II 2, 28.

[182] A Aufidio Modesto se le menciona en *Quaest. conv.* 618F. En cuanto a Quieto parece que se trata de la misma persona a la que se le dedican *De sera num. vind.* y *De frat. am.*

[183] JEN., *Banqu.* IV 18-19.

[184] PLAT., *Banqu.* 213c.

dijo: '¿No te alimento yo?' [185]. Pues, al mencionar las bajezas no existentes, muestran las virtudes existentes. Mas la virtud tiene que acompañarles de manera reconocida y firme. Y, si no, lo dicho, por el contrario, tiene un sentido
C ambiguo. Pues el que dice a quien es muy rico que le traerá prestamistas o al abstemio y moderado que se emborracha y tiene mal vino, y llama al pródigo o munificiente y amigo de hacer favores, avaro y que ahorra en un grano de comino [186], o amenaza al que es importante en el foro y en política con que ya lo cogerá en el ágora, causa esparcimiento y risa.

»Así Ciro, desafiando a sus compañeros en lo que les iba a la zaga, se hacía atractivo y agradable [187]. Y cuando Ismenias [188] acompañaba a un sacrificio con la flauta, como éste no resultara propicio, el que lo contrató, quitándole la flauta, se puso a tocar de un modo ridículo y, como se lo reprocharan los presentes, dijo: 'El tocar la flauta
D agradablemente es cosa de la divinidad.' E Ismenias, riéndose, replicó: 'Pero, mientras yo tocaba, los dioses estaban entretenidos oyéndome; en cambio, presurosos de librarse de ti, acogieron el sacrificio.'

---

[185] Según ATEN., 248E, la fuente de donde arranca esta anécdota son los *Recuerdos* de LINCEO DE SAMOS, y el nombre del parásito era Clísofo de Atenas.

[186] Un término parecido, sólo que más amplio aún, se encuentra en ARISTÓF., *Avispas* 1357, donde Filocleón acusa a su hijo de «roñoso» con la palabra compuesta *Kymînopristokardamoglýphon* (= «tacaño hasta partir en dos un comino»).

[187] JEN., *Cirop.* I 4, 4, y PLUT., *Mor.* 514B.

[188] Famoso flautista tebano de familia noble que, en la literatura griega, se convirtió en modelo de músico y personaje legendario. Véanse por ejemplo: ELIANO, *Var. hist.* IV 16, PS.-CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* I 46A, y DIÓN CRISÓSTOMO, XXXII 61, y XLIX 12.

6. »Más aún, los que de broma llaman con nombres injuriosos a las nobles acciones, si lo hacen con moderación, alegran más que aquellos que elogian de modo directo. Pues, sin duda, hieren más los que insultan con eufemismos, como los que llaman Aristides a los malvados y Aquiles a los cobardes; lo que también hace el Edipo de Sófocles:

De ésta (sc., *la ciudad) el fiel Creonte y amigo desde*
[*siempre* (sc. *piensa echarme)* [189].

»Así, pues, lo de los elogios parece ser un género invertido de ironía que también Sócrates usó, cuando a la capacidad de Antístenes en amistar a los hombres y llevarlos a un buen entendimiento, la denominó 'prostitución y alcahuetería'*** [190]. Y a Crates el filósofo, a quien en toda casa que entraba le recibían con aprecio y afabilidad, le llamaban 'abrepuertas' [191]. E

7. »Y hace la broma agradable también un reproche que muestra agradecimiento, como Diógenes decía de Antístenes:

el que me cubrió de harapos y me obligó
a convertirme en pobre y desterrado de mi casa [192],

pues no hubiera sido tan convincente, si hubiera dicho: 'El que me hizo sabio, autosuficiente y feliz'; y el laconio fingiendo acusar al gimnasiarco por proporcionarle leña F

[189] *Edipo Rey* 385.

[190] Jen., *Banqu.* IV 61 ss. Los asteriscos señalan una laguna de unas cuarenta y cinco letras.

[191] Diog. Laer., VI 86. Del mismo aprecio y consideración gozaba el filósofo Demonacte, según Luciano, *Vida de Demonacte* 64.

[192] Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, *Adespota,* fr. 394.

muy seca, le dijo: 'Por tu culpa ni llorar podemos'[193]. También el que llamó a quien le invitaba a cenar cada día negrero y tirano, ya que por su culpa durante tantos años no había visto su propia mesa. Y el que decía que por las intrigas del rey había perdido su ocio y su sueño, desde que de pobre se convirtió en rico. Y si alguien, devolviéndoles la broma, inculpara a los Cabiros de Esquilo de hacer que 'el vinagre escasee en la casa', como ellos en broma amenazaron[194].
633A

»En efecto, esto llega más, por tener una gracia lo suficientemente sutil para no ofender ni molestar a los elogiados.

8. »Y el que va a gastar una broma de buen tono, debe conocer la diferencia entre un defecto y una afición; me refiero a la avaricia y al alcoholismo frente a la pasión por la música y la caza. Pues cuando se les gastan bromas sobre aquéllos se afligen, pero ante éstas se encuentran a gusto. No resultó, por cierto, desagradable Demóstenes, el mitileneo[195] cuando, tras llamar a la puerta de un aficionado al canto y a la cítara y responderle éste e invitarle
B a entrar, le contestó que sí, 'si previamente cuelgas la cítara'. Sí, en cambio, el parásito de Lisímaco que, aterrorizado y dando un salto, al meterle éste un escorpión de madera en el manto, cuando comprendió la burla, le dijo: 'También yo te quiero asustar, ¡oh rey!, dame un talento'[196].

[193] Porque la leña verde, como es sabido, produce mucho humo, en tanto que la seca no.

[194] Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 97. El verso quiere decir que el vino abunda en la casa.

[195] Personaje desconocido.

[196] Aten., 246E, al referir esta anécdota, nos transmite también su fuente, el historiador Aristodemo, y el nombre del parásito, Bitis, aña-

9. »Y también en los defectos físicos hay tales diferencias en la mayoría de ellos. Por ejemplo, la gente, cuando se le gastan bromas sobre su nariz ganchuda o chata, se ríe, como el amigo de Casandro no se molestó con Teofrasto al decirle éste: 'Me admira de tus ojos que no canten, ya que esas napias te dan el tono'. Y Ciro aconsejó a un narigudo casarse con una chata, pues así armonizarían [197]. En cambio, cuando reciben bromas sobre el mal C
olor de nariz o de boca [198], se molestan. Y, a su vez, con la calvicie las soportan tranquilamente, pero las relativas a la pérdida de los ojos con desagrado. Pues el propio Antígono [199] se burlaba de sí mismo por su único ojo, y en cierta ocasión que cogió una solicitud escrita con grandes letras, dijo: 'Esto así está claro hasta para un ciego'. Pero a Teócrito de Quíos lo mató, porque, al decirle uno: 'Si tú compareces ante los ojos del rey estás salvado', le contestó: 'Pero la salvación que me muestras es imposible' [200].

»León, el bizantino [201], al decirle Pasiadas que sus ojos padecían oftalmia por culpa suya, le contestó: 'Un defecto D
físico me reprochas, sin ver que tu hijo carga sobre sus hombros una venganza divina' [202] —y es que Pasiadas te-

diendo, además, que Lisímaco era muy avaro, en lo que precisamente reside la gracia de la broma.

[197] JEN., *Cirop.* VIII 4, 21.

[198] Los antiguos asociaban tal tipo de olor a ciertas prácticas sexuales. De ahí el mal gusto de este tipo de bromas.

[199] Antígono I, apodado «Monoftalmo» y «Cíclope».

[200] Texto corrupto, reconstruido por Hubert basándose en Macrobio, quien dice «impossibilem dicitis spem salutis».

[201] Discípulo de Platón, nombrado general de su ciudad ofreció una tenaz resistencia al rey Filipo de Macedonia.

[202] La misma anécdota, con algunas variantes, la reproduce PLUTARCO en *Mor.* 88F.

nía un hijo jorobado—. Y se irritó también Arquipo [203], el demagogo ateniense, con la broma que Melantio le gastó sobre su joroba. Pues Melantio dijo que él no estaba al frente de la ciudad, sino encorvado delante de ella.

»Algunos, en cambio, soportan esta broma tranquila y sosegadamente, como el amigo de Antígono, que, al pedirle un talento y no recibirlo, solicitó escolta y guardias diciendo: 'Para no sufrir una emboscada, pues parece que
E llevo el talento en el hombro.' Así la gente se comporta en lo tocante a lo externo por su disparidad. Efectivamente, cada uno se molesta por distintos motivos. [Epaminondas, cuando comía con sus colegas en el mando, bebía tras la comida vinagre, y al preguntarle ellos si era bueno para la salud, dijo: 'No lo sé, pero estoy seguro de que es bueno para acordarme de mi vida en casa'] [204]. Por ello hay que gastar bromas atendiendo al natural y carácter de cada uno, procurando tratarlos sin causarles pena y con agrado.

10. »Y el amor es complicadísimo en lo demás, y con las bromas sobre él, unos se apesadumbran e irritan, en tanto que otros se alegran. Y hay que conocer la oportunidad; pues como al fuego el aire al principio lo extingue por su debilidad, pero en cuanto crece le proporciona pábulo y fuerza, así, cuando brota el amor y está aún
F oculto, se enrabieta e irrita con los que le descubren; en cambio, cuando luce y se muestra, se nutre y sonríe henchido con las bromas. Y cuando están presentes los amados, es cuando con más gusto aceptan las bromas relativas a su amor, pero a nada más. Y si se encuentran enamorados de sus propias mujeres o tienen un amor noble por

[203] Político desconocido.

[204] Pasaje secluido por Hubert, por considerarlo una interpolación.

jóvenes virtuosos, están radiantes de alegría y orgullo con 634A
las bromas que se les gastan. Por ello, también, Arcesilao [205], al serle propuesto en la escuela por uno de los enamoradizos como debate lo siguiente: 'Me parece que nada toca a nada', contestó: '¿Ni tú, entonces, tocas a éste?', señalándole a un joven hermoso y lozano sentado a su lado.

11. »Y ahora hay que considerar también la cuestión de los presentes. De lo que, en efecto, se ríen cuando lo oyen entre amigos y compañeros, eso mismo lo llevan a mal, si se dice cuando están presentes su esposa o su padre o su maestro, salvo que algo de lo dicho les resulte grato. Por ejemplo, si a alguien, en presencia del filósofo, se le gasta una broma por andar descalzo o escribir de noche,
o ante su padre sobre su espíritu ahorrativo, o ante su mu- B
jer sobre su desamor con los demás, mientras que con ella es un esclavo y un sirviente, como Tigranes ante la broma de Ciro: '¿Y qué si tu mujer oyera que tú haces de acemilero?', replicó: 'Pero no lo oirá, sino que estará allí para verlo' [206].

12. »Y a las bromas las hace menos molestas el que les afecte también a los que la dicen de algún modo, como cuando de pobreza habla un pobre, o uno de humilde origen de la humildad de su origen, o un amante del amor. Y parece que no por insolencia, sino por cierto juego, las

[205] Arcesilao de Pítane, que estuvo al frente de la Academia en el año 268 a. C., en el período denominado «de la Academia media». Platónico convencido y enemigo acérrimo del estoicismo. La anécdota referida a él, como Hubert observara basándose en SEXTO EMPÍRICO, *Adv. Math.* III 79, se relaciona con un problema geométrico.

[206] JEN., *Cirop.* III 1, 43.

C hacen los iguales. Si no, exasperan y afligen. Así al liberto del rey, un nuevo rico que se las daba grosera y altaneramente de estar por encima de los filósofos que con él cenaban, y que acabó por preguntarles cómo de habas blancas y negras resultaba igualmente el puré verde, Aridices [207] lo hizo levantarse muy enfadado al preguntarle, a su vez, cómo de los látigos blancos y negros resultan magulladuras moradas. Y Anfias de Tarso, que tenía fama de ser hijo de un jardinero y que se puso a gastarle una broma al amigo del gobernador por su origen humilde, luego, interrumpiéndola bruscamente con: 'Pero también nosotros hemos nacido de la misma semilla', le hizo reír.

»Y con finura también el arpista le atacó a Filipo no sólo su tardío aprendizaje del instrumento, sino también
D su entrometimiento. Pues creyendo Filipo rebatirle en un asunto de notas y acordes musicales le replicó: 'Que no te vaya tan mal, rey, como para que tú sepas esto mejor que yo' [208]; en efecto, dando la impresión de mofarse de sí mismo, le reprendió inofensivamente.

»Por ello, también entre los poetas cómicos algunos parecen suprimir la amargura con el hecho de mofarse de sí mismo, como Aristófanes de su calvicie [209] y Cratino representó la *Botella* ⟨contra sí mismo⟩ [210].

13. »Y no menos hay que atender y vigilar que la broma surja de un modo circunstancial ante ciertas preguntas

---

[207] Posiblemente se trate de Arídices de Rodas, discípulo de Arcesilao (cf. ATEN., 420D, y BOLKESTEIN, *Adversaria critica...*, págs. 114-115).

[208] Esta anécdota se recoge también en *Mor.* 67F, 179B y 334C.

[209] Véanse *Caballeros* 500, y *Paz* 765 ss. Sigue una laguna de cinco letras que, al igual que Fuhrmann, hemos dejado de traducir, por no ser su sentido claro.

[210] Obra perdida.

o diversiones del momento, pero no como algo que viene de atrás a modo de digresión preparada de antemano. Pues, del mismo modo que la gente soporta más tranquilamente E los arrebatos y peleas que brotan en los banquetes, en tanto que, si alguien irrumpiendo de fuera los injuria y perturba, a ése lo consideran un enemigo y lo aborrecen, así una broma encuentra disculpa y franquía, si, como un producto natural y espontáneo, tiene su origen en la oportunidad del momento, pero si no viene a cuento, sino que es algo extraño, se asemeja a una intriga y ultraje, como la broma de Tigranes al marido de una que vomitaba:

Mal, desde luego, empiezas al traer a casa a esta musa [211].

Y al filósofo Atenodoro: 'Si el afecto por los hijos era natural' [212]. Pues la inoportunidad y lo que no viene a cuento evidencian insolencia y hostilidad. 'Éstos, efectivamente, según Platón [213], por una cosa muy liviana, las palabras, pagaron un castigo muy pesado.' En cambio, los que F saben y procuran ser oportunos, testifican en favor del propio Platón que es labor de una persona bien educada el bromear con buen tono y encanto» [214].

---

[211] Según ATEN., 616C, la broma fue gastada por Telesforo, uno de los lugartenientes de Lisímaco, a su rey, refiriéndose a la mujer del último, Arsínoe. Que al rey no le hizo gracia alguna, lo prueba el hecho de que condenó a muerte a Telesforo. La broma se basa en un corte de palabras, según que se diga: *tēnde móusan* (esta musa), o *tēnd' emóusan* (esta vomitando).

[212] De todas las hipótesis emitidas para explicar esta pregunta, la más plausible parece ser la de Amyot, quien imagina que dicho filósofo había intentado abusar de su hija.

[213] *Leyes* 717d y 935a.

[214] *Ibid.*, 654b.

635A

CUESTIÓN SEGUNDA

De por qué la gente come más en el otoño

Conversan Jenocles, Plutarco, Glaucias y Lamprias

1. En Eléusis, tras los misterios, estando las fiestas en su apogeo[215], fuimos invitados a casa de Glaucias, el rétor, Y cuando los demás terminaron de cenar, Jenocles[216] de Delfos, como acostumbraba, le dio por mofarse de mi hermano Lamprias por su voracidad beocia[217]. Y yo, saliendo en su defensa, a Jenocles, que seguía las doctrinas de Epicuro, le dije:

—Desde luego, querido, no todos hacen de la supresión de lo que causa dolor, límite y frontera del placer[218]. Y a Lamprias, que honra el Perípato y el Liceo antes que el
B Jardín[219], le es forzoso con sus obras testimoniar en favor de Aristóteles. Pues afirma este varón que cada uno, al final del otoño, es cuando más apetito tiene[220] y, además, dijo la causa, pero yo no la recuerdo.

[215] A finales de septiembre.

[216] Por lo que se infiere del contexto, Jenocles parece ser un viejo amigo de la casa, a pesar de lo cual sólo lo vemos en esta cuestión.

[217] Sobre el buen apetito de los beocios, Aristófanes, *Acarnienses* 872; Aten., 417B-F, y Plut., *Mor.* 995E.

[218] Epicuro, *Kýriai Dóxai* 3 (Dióg Laer., X 128 y 130, y H. Usener, *Epicurea* [Teubner], Stuttgart, 1946 [= 1887], págs. 72 y 395).

[219] Peripato y Liceo eran las sedes de las enseñanzas aristotélicas, y el Jardín, de las epicúreas.

[220] V. Rose, *Aristotelis quae ferebantur fragmenta,* Leipzig, 1886, fr. 231.

—Mejor, dijo Glaucias, pues nosotros mismos intentaremos buscarla, cuando hayamos terminado de cenar.

Así que, cuando fueron retiradas las mesas, Glaucias y Jenocles lo achacaron, de modo distinto, a los frutos otoñales. El primero porque hacían evacuar el vientre y, al vaciar el cuerpo, proporcionaban renovado apetito. Jenocles, en cambio, decía que la mayor parte de estos frutos, al tener un sabor agradable y picante, invitaban al C estómago a comer más que cualquier manjar o condimento. Pues, si se les lleva a los enfermos desganados algo de fruta, les hace recuperar el apetito. Lamprias, por su parte, dijo que nuestro propio e innato calor, con el que por naturaleza nos alimentamos, en el verano se disemina y se hace más débil y raro, pero, al morir la estación, se concentra de nuevo y se fortalece ocultándose dentro por el enfriamiento exterior y la condensación del cuerpo [221].

Y yo, para no dar la impresión de compartir el tema sin pagar mi parte, dije que en el verano tenemos más ganas de beber y por el calor consumimos más líquido. Pues bien, D ahora la naturaleza buscando en el cambio lo contrario, como acostumbra, nos hace sentir más hambre y compensa la mezcla del cuerpo con la alimentación sólida. Además, ni siquiera se podría decir que los alimentos no participen en absoluto en la causa de esto, sino que, como provienen de frutos recientes y frescos —no sólo tortas de cebada, legumbres, pan candeal y trigo, sino también carnes de animales que se alimentan con los frutos de la estación— difieren de los antiguos en sabor y atraen más a quienes los consumen y degustan.

[221] Respecto a la concentración del calor, véase nuestra Introducción.

CUESTIÓN III

De si fue primero la gallina o el huevo[222]

Conversan Alejandro, Plutarco, Sila, Firmo y Sosio Seneción

E 1. Tras cierto sueño me abstuve de los huevos mucho tiempo, porque durante éste trataba de hacer en un huevo, como ⟨en un cario⟩[223], la prueba de la visión que me sobrevenía claramente muchas veces. Sin embargo, habiéndonos invitado Sosio Seneción, infundí la sospecha de estar ligado a las creencias órficas o pitagóricas, y que al huevo, por considerarlo origen de la vida, como algunos al corazón y al cerebro, lo evitaba religiosamente. Y Alejandro[224] el epicúreo, aportó de broma lo de: «Desde luego, es igual comer habas que cabezas de progenitores»[225], porque, efectivamente, estos hombres llaman, con el lenguaje de los enigmas, a los huevos habas a causa de la preñez[226]
F y piensan que en nada difiere el comer huevos del aprove-

---

[222] Cuestión recogida por Macr., *Sat.* VII 16.

[223] Según la conjetura de Reiske. En los manuscritos se leía la palabra «corazón» (*Kardíāi*). Se trata de una expresión proverbial equivalente al adagio latino «in aniura vili» o al nuestro «en un conejillo de Indias», pues de Caria procedían infinidad de esclavos. Sobre el dicho, cf. Leustsch-Scheidewin, *Corp. Parem. Gr.*, vol. I, págs. 70-71 (59), y vol. II, página 404 (39).

[224] Es posible que este personaje sea el mismo al que va dirigido el escrito *De Herod. mal.* En las *Quaestiones* sólo lo encontramos aquí.

[225] Cf. DK., vol. I, pág. 368 (fr. 141), y O. Kern, *Orphicorum Fragmenta*, Berlín, 1922, fr. 291.

[226] Relación establecida entre *kúamos* (haba) y *kúēsis* (preñez).

char los animales que los ponen. Por supuesto, la defensa contra la acusación resultaba más ininteligible que la acusación misma, referir a un epicúreo un sueño. De ahí que, sin refutar la opinión, le gastara igualmente una broma a Alejandro, pues era encantador y bastante erudito.

2. Y, a consecuencia de esto, iba ocupando el centro de 636A
la conversación el problema insoluble y que plantea muchas dificultades a los investigadores, sobre qué fue primero, el huevo o la gallina. Y Sila [227], mi amigo, diciendo que con un pequeño problema, como con una herramienta, estábamos removiendo fuerte y profundamente lo que toca al origen del universo, se abstuvo. Y como se burlara Alejandro de la investigación por no aportar nada de provecho, Firmo [228], mi pariente, dijo: «Préstame, entonces, en este momento tus átomos. Pues si hay que suponer que las cosas pequeñas son el fundamento y principio de las grandes [229], es natural que el huevo haya sido antes que la gallina; pues, para lo que son los objetos sensibles,
es incluso simple, en tanto que la gallina es algo más B
complejo y mezclado. Y, en general, el principio es lo pri-

[227] Sextio Sila, natural de Cartago y amigo íntimo de Plutarco, hombre polifacético, buen conocedor de la filosofía y ciencia, interviene en varios diálogos plutarquianos.

[228] Conocido sólo por este pasaje. Fue arconte de Delfos según una inscripción. Plantea problemas el parentesco que guarda con Plutarco, ya que la hermana de éste murió muy joven, por ello U. von Wilamowitz Moellendorf, *Commentariolum grammaticum*, vol. III, Gotinga, 1889, pág. 23, supuso que *gambrós* aquí se refiere al marido de su sobrina, y así, Fuhrmann lo traduce por «sobrino», frente a «yerno» de Amyot, en tanto que P. A. Clement lo vierte a un término más general «pariente», igual que hemos hecho nosotros.

[229] Cf. Aristóteles, *De caelo* 286b16.

mero y principio es la semilla [230], y el huevo es mayor que la semilla, pero menor que un ser vivo; pues, como el progreso parece ser algo intermedio entre las cualidades naturales y la perfección, así el huevo es una especie de progreso de la naturaleza en su marcha al ser vivo desde la semilla [231]. Y, además, al igual que en el ser vivo dicen que las arterias y venas son lo primero que se forma, así tiene sentido que también el huevo haya sido primero que el ser vivo, como el continente antes que el contenido. En efecto, las artes primero modelan masas indeterminadas y amorfas; luego, posteriormente, articulan cada una de ellas
C en las figuras [232]. Por lo cual, Policleto, el escultor, dijo que la obra era más difícil cuando el barro está en la uña [233]. Por ello, también, es natural que al principio la materia se someta con una lentitud mayor a la naturaleza que la mueve suavemente, con lo que aquélla produce figuras amorfas e indefinidas como los huevos, y cuando éstas cobran forma y se concretan, entonces se produce el ser vivo. Y del mismo modo que la oruga es lo primero y después, endurecida por la sequedad y rompiéndose en derredor, suelta por sí misma un ser alado distinto, la llamada mariposa [234], así también aquí el huevo preexiste
D como materia de la generación, pues forzoso es en todo cambio que, antes que lo que cambió, sea aquello de lo que cambió [235].

---

230 Plut., *Mor.* 780D. Para la procedencia aristótelica de la aseveración cf. la n. de Fuhrmann a ella.

231 Arist., *Part. an.* 681a12 ss., *Hist. an.* 588b4 ss. y *Gen an.* 737b9.

232 Arist., *Part. an.* 654b29 ss., y *Nat. ausc.* 191a8 ss.

233 Es decir, en los últimos retoques. Cf. DK., vol. I, pág. 392 (fr. 1) y las eruditas notas de Fuhrmann al respecto.

234 Arist., *Hist. an.* 551a13 ss.

235 Arist., *Phys.* 225a1.

»Y observa que nacen gusanos en árboles y carcomas de maderas, por la putrefacción o consunción de su humedad [236]. Nadie estimaría que no existe antes que ellos ni es más antiguo por naturaleza lo que les ha engendrado. La materia, en efecto, tiene la condición de madre, como afirma Platón, y de nodriza [237]; y materia es todo por lo que tiene consistencia lo engendrado. Y, además de esto, dijo riendo, cantaré para los inteligentes el sagrado relato órfico que declara al huevo no sólo más antiguo que la gallina, sino que también, en una palabra, le atribuye la total primogenitura de todo a la vez [238]. »Y lo demás E 'quede bien sellado', según Heródoto [239], pues entra más en el campo de los misterios. Y aun cuando el mundo contiene muchas especies de seres vivos, ningún género, por así decirlo, queda sin participar de la generación por un huevo, sino que él engendra animales alados y miles que nadan, y terrestres, los lagartos, y anfibios, los cocodrilos, y bípedos, el gallo, y sin patas, la serpiente, y con muchas patas, la langosta [240]; de ahí que, no sin propiedad, en las orgías del culto a Dioniso se le consagra como una representación de lo que engendra y, al tiempo, abarca en sí mismo a todo.»

3. En cuanto Firmo expuso esto, dijo Seneción que la última de las imágenes era la primera que se le contraponía; «pues, sin darte cuenta, dijo, Firmo, en lugar de la F puerta del proverbio [241], abriste el mundo contra ti mis-

---

236 TEOFR., *Hist. plant.* IV 14, 10.

237 *Tim.* 51a (madre) y 52d (nodriza).

238 O. KERN, *Orph. Frag.*, págs. 140 y sigs.

239 II 171.

240 ARIST., *De inc. an.* 704a12.

241 Para el proverbio, que se aplica a un ladrón torpe, cf. LEUTSCH-

mo; pues el mundo, por ser perfectísimo, preexiste a todo; y es lógico que lo perfecto sea por naturaleza antes que lo imperfecto [242], como lo completo antes que lo incompleto y el todo antes que la parte, pues no es en absoluto lógico que una parte sea parte de lo que no ha llegado a ser [243]. De ahí que nadie dice que el hombre es del esper-
637A ma, ni del huevo la gallina, sino que decimos que de la gallina es el huevo y el esperma del hombre, ya que éstos son después de aquéllos y toman su origen en ellos; luego, devuelven, como una deuda, a la naturaleza el nacimiento; pues están faltos de lo que les es propio. Por ello, también, les es connatural querer hacer otra cosa tal cual era aquella de la que se separaron. Y se define el principio seminal [244] como un producto al que le falta producir; pero nada está falto de lo que no ha llegado a ser ni es. Y los huevos claramente se observa que tienen una naturaleza necesitada de la solidez y consistencia que hay en cualquier ser vivo, así como de órganos y vasos semejantes. De ahí que ni siquiera se cuenta que el huevo sea hijo de
B la tierra, sino que incluso el Tindáreo los poetas dicen que apareció caído del cielo [245]. En cambio, la tierra, hasta ahora, produce animales autosuficientes y completos, ratones en Egipto [246] y, en muchas partes, serpientes, ranas y ciga-

---

SCHNEIDEWIN, *Corp. Parem. Gr.*, vol. I, pág. 114 (98). En un principio parece que se refería a la famosa historia del lidio Candaules relatada por HERÓD., I 9, 2 ss.

[242] ARIST., *Phys.* 265a23; *De cael.* 269a19; *Gen. an.* 733a1, y *Meteor.* 1072b35.

[243] ARIST., *Pol.* 1253a20.

[244] Giro empleado por los estoicos. Cf. VON ARNIM, *Stoic. Vet. Frag.*, vol. II, págs. 205 (fr. 717) y 211 (fr. 739).

[245] Según ATEN., 57F, el huevo que, proveniente de la luna, dio origen a Helena.

[246] DIOD., I 10, 2.

rras, al sobrevenir del exterior un principio y fuerza distintos. Y en Sicilia, durante la guerra de los siervos [247], al corromperse sobre la tierra mucha sangre y cadáveres insepultos, un enjambre de langostas brotó y destruían el trigo, dispersándose sobre la isla por todas partes. Así, pues, estos animales nacen y se alimentan de la tierra y del alimento hacen un residuo fecundador [248], por el que con placer se encaminan unos a otros, y al aparearse, según la unión, unos son por naturaleza ovíparos y otros vivíparos. Y en esto es donde más claro está que es después de C
haber tomado su primer nacimiento de la tierra, cuando hacen sus procreaciones de otro modo ya y entre ellos.

»Y, en suma, es igual que decir 'antes que la mujer, fue la matriz', pues lo que la matriz es por naturaleza para el hombre, eso, a su vez, es el huevo para el polluelo que en él se engendra y nace. De forma que el que plantea la duda de cómo llegaron a ser las gallinas, si no había huevos, en nada difiere del que pregunta cómo hubo hombres y mujeres antes de que hubiera penes y matrices. Desde luego, las más de las partes existen con el todo y la potencia sucede a las partes, la actividad a la potencia y D
el resultado a la actividad [249]. Y resultado de la potencia generativa de las partes genitales son el esperma y el huevo, de suerte que suceden a la creación del todo. Y observa que, como no es posible que exista una digestión del alimento antes de que exista un ser vivo, así tampoco ni el huevo ni el esperma; pues éstos parecen proceder de ciertas digestiones y transformaciones, y no es posible, antes

[247] *Ibid.*, XXXIV-XXXV 2 (año 136 a. C.).

[248] *Mor.* 917B y 919C, y, especialmente, 905A, donde la teoría se hace remontar a Pitágoras y Arist., *De long. et brev. vit.* 466b8; *Gen. an.* 724b34 ss., 725a3 ss. y 766b8.

[249] Arist., *Gen. an.* 716a23 ss., y *Sens.* 449a1.

de que el ser vivo haya llegado a ser, que la naturaleza tenga un residuo de alimento de un ser vivo. Sin embargo, el esperma, de algún modo, hace las veces de un principio, en tanto que el huevo ni tiene la condición de principio, pues no existe primero, ni la naturaleza de un todo, pues es imperfecto.

E »De ahí que no decimos que el ser vivo ha llegado a ser sin principio, sino que existe como principio de la generación del ser vivo una potencia, por la que primero la materia cambió, al producir aquella una unión y mezcla procreadoras; y que el huevo es un producto, al igual que la sangre y la leche, del ser vivo, como resultado de la alimentación y digestión; pues no se ve que el huevo se constituya del barro, sino que éste sólo en el ser vivo tiene su consistencia y nacimiento. En cambio, los seres vivos, se constituyen por sí mismos a miles. Y ¿qué necesidad hay de hablar de los demás?, pues, cuando se cogen muchas anguilas, nadie ha visto que una anguila tenga ni semen ni huevos [250], sino que, aunque se retire el agua y
F se quite todo el barro, al confluir agua al lugar, las anguilas siguen reproduciéndose.

»Por tanto, debe, por fuerza, llegar a ser último lo que precisa de otra cosa para su generación; en cambio, lo que también ahora, separado de otro, puede constituirse de modo distinto, esto está lo primero en el comienzo de la generación; pues el tema versa sobre aquella primera. Porque es cierto que las aves también hacen sus nidos antes de
638A la puesta y las mujeres preparan pañales; pero no dirías que el nido ha sido antes que el huevo y los pañales que los niños. Pues no la tierra, afirma Platón [251], imita a la

[250] Arist., *Hist. an.* 569a6 ss., 570a3 ss.; *Gen. an.* 762b y 763a.
[251] *Menéxeno* 238a.

mujer, sino la mujer y cada una de las demás hembras a la tierra.

»Por ello, es natural que la primera generación haya nacido de la tierra autosuficiente y sin necesidad de nada, gracias a la perfección y fuerza del principio generador, sin que precise de aquellos órganos, abrigos y vasos que ahora la naturaleza elabora y forja en los que engendran por su debilidad.»

CUESTIÓN CUARTA

De si la lucha es la más antigua de las competiciones

Conversan Lisímaco, Plutarco, Sosicles y Filino

Agasajábamos por su victoria a Sosicles de Coronas, B
vencedor de los poetas en los Píticos. Pero, como el certamen gimnástico estaba cerca, la mayor parte de la conversación trataba sobre los luchadores, pues acontecía que habían acudido muchos y famosos. Pues bien, Lisímaco [252], uno de los intendentes de los Anfictiones que asistía, dijo que hacía poco había oído declarar a un gramático que la lucha era la más antigua de todas las pruebas, como también lo atestiguaba su nombre; pues las cosas más recientes aprovechan bastante los nombres puestos en las más
antiguas. Así, probablemente también, la gente dice que C
la flauta «está templada» y llama a los sones de la flauta «punteos», tomando las denominaciones de la lira. En con-

[252] Personaje que interviene sólo en esta cuestión y en la siguiente.

secuencia, al lugar en el que se ejercitan todos los atletas lo llaman palestra, porque la «lucha» *(pálē)* [252bis] fue la primera en ocuparlo, prestándoselo después también a las pruebas inventadas posteriormente.

Yo dije que este testimonio no era sólido, pues de la lucha se le llama palestra, no porque sea el más antiguo de todos los demás, sino porque da la casualidad de que es la única forma de ejercicio que precisa arcilla, polvo y ceroma; pues ni la carrera, ni el pugilato se practican
D en las palestras, sino el rodar por los suelos de la lucha y del pancracio; pues que el pancracio es una mezcla de pugilato y lucha, está claro. «Y, por otro lado, dije, ¿qué explicación tiene el que la lucha, que es la más técnica y mañosa de las pruebas [253], sea, al mismo tiempo, la más antigua? Pues la necesidad produce primero lo simple y sencillo y lo que se realiza con fuerza más que con método.» Y cuando dije esto, Sosicles dijo: «Hablas con razón y te añado una prueba derivada de su etimología, pues me parece que se llama lucha por *paleúein* (trampear), lo que precisamente es engañar y derribar con trampas [254].»

E Y Filino dijo: «Para mí, en cambio, deriva de palma [255]; pues con esa parte de ambas manos es con la que más actúan los luchadores, como los púgiles, a su vez, con el puño. Por ello, a esta acción se le denomina pugilato y a aquélla lucha.

[252bis] El término *pálē* (lucha) está relacionado con palestra, efectivamente, sin que se pueda precisar el grado de dependencia.

[253] Sobre la forma de luchar entre los griegos, cf. ARISTÓF., *Cab.* 262 ss., y sobre todo la excelente narración de HEL., en *Etióp.* X 31, 3 ss. Respecto a la crueldad del pugilato y la lucha, cf. ELIANO, *Var. hist.* X 19, y PAUSANIAS, VI 9, 3.

[254] Etimología falsa.

[255] Justamente al contrario.

»Sin embargo, también, como los poetas llaman 'rociar' *(palýnein)* al hecho de cubrirse de polvo y espolvorearse, lo que vemos que hacen muchísimo los luchadores, es posible también por aquí sacar la etimología de la palabra [256]. Y observa, además, dijo, que es labor de los corredores adelantar cuanto más se pueda y distanciarse lo más lejos posible, mientras que a los púgiles, por más que quieran, los árbitros no los dejan trabarse. Y solamente a los F luchadores los vemos abrazarse y agarrarse y en la mayor parte de sus recursos, ataques frontales y laterales, llaves frontales y laterales, se juntan y unen entre ellos. Por ello, a causa del aproximarse muchísimo y estar cerca, no es incierto que se le haya denominado lucha [257].»

CUESTIÓN QUINTA 639A

De por qué entre las pruebas Homero siempre pone primero el pugilato, después la lucha y en último lugar la carrera

Conversan LISÍMACO, TIMÓN, MENÉCRATES, PLUTARCO y otros

1. Y, expuestas estas cosas y habiendo nosotros elogiado a Filino, dijo, de nuevo, Lisímaco: «¿Entonces, cuál de los juegos se podría afirmar que fue primero? ¿Acaso el estadio, como en las Olimpíadas *** [258]? Y aquí entre

[256] *palúnō* procede de *pálē* «flor de harina» (CHANTRAINE, *Dictionnaire*, vol. III, pág. 853).

[257] Nueva etimología equivocada; la auténtica no se conoce aún.

[258] Sigue una laguna observada, en primer lugar, por Xylander, cuya extensión todavía no se ha podido determinar.

nosotros introducen a los competidores sucesivamente en cada prueba, tras niños luchadores[259] hombres luchadores y púgiles tras púgiles, igualmente, y pancraciastas. Allí, en cambio, cuando los niños han competido, entonces lla-
B man a los hombres. Pero mira, dijo, no sea que Homero muestre mejor el orden cronológico, pues en él se pone siempre entre los juegos gimnásticos primero el pugilato, segundo la lucha y en último lugar la carrera.»

Entonces, extrañado Menécrates[260], el tesalio, dijo: «¡Heracles, cuántas cosas se nos escapan!; pero si tienes a mano alguno de sus versos, no rehúses recordárnoslo.» Y Timón dijo: «Que los funerales de Patroclo tienen este orden en los juegos, es algo que a todos, por así decirlo, les resuena en los oídos. Y, observando el orden invariablemente, el poeta hace a Aquiles decir a Néstor:

C *...Y te doy este premio sin más;*
pues, desde luego, no combatirás con los puños, ni lucharás,
ni en el certamen de jabalina entrarás, ni con tus pies
[correrás[261],

y al anciano explayarse en su réplica de que:

con los puños vencí a Clitomedes, hijo de Enopo,
y a Anqueo el pleuronio en la lucha...
y a Ificlo con mis pies adelanté...[262],

[259] De un niño luchador en Delfos, Corinto y Olimpia habla HERODAS en *La alcahueta* 50.

[260] En toda la obra de Plutarco es ésta la única aparición de este personaje.

[261] *Il.* XXIII 620 ss.

[262] *Ibid.*, 634-6.

y, a su vez, a Odiseo desafiando a los feacios:

O al pugilato o a la lucha o, incluso, a la carrera[263],

y a Alcínoo preciándose con modestia:

No somos, en efecto, con los puños irreprochables rivales D
[ni luchadores,
pero con pies rápidos corremos[264],

porque, para mí, no se sirve al azar, por improvisación, de un orden distinto cada vez, sino que sigue lo que se acostumbraba entonces y se hacía conforme a una norma. Y se hacía así, por mantener ellos aún el antiguo orden.»

2. Y cuando mi hermano terminó, afirmé que, aunque en lo demás decía la verdad, no aprobaba, sin embargo, la motivación de ese orden. Y también a algunos otros les parecía que no era convincente que el boxeo y la lucha precedieran en competiciones y luchas a la carrera y me exhortaban a que ampliara mi afirmación para mayor convencimiento. Y dije de una forma improvisada que a mí E
todas estas cosas me parecían imitaciones de las guerreras y adiestramientos para ellas[265]. En efecto, al hoplita se le hace entrar después de todos, atestiguando que esto es lo último de los ejercicios físicos y del certamen. Y el permitir a los triunfadores, al entrar en su ciudad, romper y derribar una parte de los muros tiene tal sentido: que una ciudad que posea hombres capaces de combatir y vencer, no tiene gran necesidad de murallas. Y en Lacedemo-

[263] *Od.* VIII 206.

[264] *Ibid.*, 246-7.

[265] Lo mismo dice, refiriéndose a los juegos olímpicos, PAUSANIAS, V 8, 10.

nia, para los que han vencido certámenes con premio de coronas, hay un lugar elegido en la formación de combate, combatir alineados en torno al propio rey[266]. Y entre los animales, sólo al caballo se le hace partícipe de coronas y certámenes, porque es el único que está dotado por naturaleza y ha sido entrenado para acompañar a los combatientes y luchar con ellos.

«Y si, efectivamente, esto no está mal dicho, considere-
F mos ya, dije, que la primera tarea de los combatientes
es golpear y protegerse, y la segunda, cuando ya se traban
y llegan a las manos, servirse de empellones y volteos, con
lo que, por cierto, afirman que, precisamente en Leuctra[267],
los espartanos fueron doblegados por los nuestros, habitua-
640A dos a la palestra. Por ello, también, en Esquilo a uno
de los guerreros se le denomina 'pesado hoplita-luchador'[268]. Y Sófocles ha dicho en alguna parte respecto a los troyanos que eran:

amantes de los caballos y armados con arcos de cuernos,
y luchadores con escudo que resuena como una campana[269]

Y, por lo menos, tras todo, sin duda, lo tercero es que vencidos huyan, o persigan, si vencen. Por tanto, naturalmente, el pugilato antecedía, mientras que la lucha ocupaba el segundo lugar y el último la carrera, porque el pugilato es imitación del ataque y guardia, la lucha de la traba-

[266] *Vida de Licurgo* XXII 4.

[267] *Pelóp.* VII. Según Polieno, II 3, 6, fue Epaminondas quien recomendó a los tebamos que combatieran en los gimnasios con los lacedemonios, a fin de que les perdieran el miedo.

[268] Cf. Diehl, *Ant. Lyr. Gr.*, vol. I, pág. 79.

[269] Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 775.

zón y choque y con la carrera se ejercitan en huir y perseguir.»

CUESTIÓN SEXTA

De por qué el abeto, el pino [270] *y los árboles semejantes a éstos no se dejan injertar*

Conversan Cratón, Filón y Sóclaro

1. Habiéndonos invitado Sóclaro [271] en sus jardi- B
nes rodeados por el río Cefiso, nos mostró árboles que habían sido transformados de todas las maneras por los llamados trasplantes.

Efectivamente, de lentiscos vimos brotar olivos, y granados de mirtos. Y había también encinas que producían buenas peras, y plátanos que habían recibido injertos de manzanos, e higueras de moreras, y otras uniones de plantas que habían sido dominadas hasta dar frutos [272]. Pues
bien, los demás gastaban bromas a Sóclaro por alimentar C
especies y criaturas más prodigiosas que las esfinges y qui-

---

[270] Amyot traduce los dos árboles, respectivamente, por «pin» y «le sapin», P. A. Clement por «fir» y «the pine» y Fuhrmann por «pin maritime» y «le pin parasol». Lo cierto es que, como el propio Fuhrmann reconoce, el sentido es dudoso.

[271] Amigo íntimo, natural de Queronea, que, por lo que afirma en *Quaest. conv.* III 6, debe de andar entre los cincuenta y sesenta años. Plutarco nos lo presenta siempre como un hombre jovial y con un carácter muy natural. Interviene, aparte de en nuestra obra, en *De sollertia animalium* (*Sobre el ingenio de los animales*).

[272] Injertos, todos ellos, imposibles en la actualidad.

meras de los poetas. Pero Cratón nos planteó su incertidumbre respecto a la causa por la que, entre las plantas, sólo las resinosas no admitían por naturaleza tales mezclas, pues no se ve ni un cono, ni ciprés, o pino, o abeto criar un árbol de otra especie.

2. Y, tomando la palabra Filón [273], dijo: «Hay, Cratón, una explicación entre los sabios, confirmada por los agricultores. El aceite, efectivamente, afirman que es enemigo de las plantas y la planta que quieras, untada con aceite, rápidamente se consume [274], al igual que las abejas [275]. Y dichos árboles tienen una naturaleza grasienta
D y suave, de modo que destilan goma y resina. Y cuando se les golpea, en el interior de las heridas acumulan como sangre. Y su madera resinosa despide un líquido oleoso y lo grasiento brilla en su derredor. Por ello, también es difícil de mezclar con las otras especies, como el propio aceite.»

Y al terminar Filón, Cratón pensaba que la naturaleza de la corteza cooperaba a esto. Pues, al ser fina y seca, no proporciona asiento ni vida en ella a los que se le injertan, como las cortezudas y húmedas, pues, como son blandas en las partes bajo la corteza que los reciben, abrazan lo que se les introduce [276].

[273] Médico que parece residir en Hiámpolis. Actúa como anfitrión en *Quaest. conv.* IV 1, e interviene en temas de su especialidad en *Quaest. conviv.* VI 2 y VIII 9.

[274] PLAT., *Prot.* 334b; TEOFR., *Hist. plant.* IV 16, 5, y *C.P.* V 17, 6, y PLUT., *Mor.* 911E.

[275] ARIST., *Hist. an.* 605b20.

[276] Pasaje un tanto corrupto que, creemos, ha de leerse tal como se encuentra, sólo que poniendo punto alto tras *noterá* y escribiendo a continuación *kaì gár...*

3. Y el propio Sóclaro dijo que, aunque no exponía E
esto mal, pensara, además, que lo que acepta otra naturaleza debe ser apto para el cambio, para que, dominado, asimile y transforme el alimento suyo en provecho del trasplantado. «Así, removemos previamente la tierra y la ablandamos, para que roturada cambie debido a su tolerancia y se amolde a lo que se planta en ella, pues la tierra yerta y dura es difícil de cambiar. Y estos árboles, que son ligeros de madera, no hacen mezcla por no dejarse dominar ni cambiar. Y, además, dijo, no es dudoso que lo que acoge debe tener la condición de tierra para lo que se trasplanta. Y la tierra debe ser lo femenino y fecundo.
De ahí que, eligiendo las plantas más fructíferas, se las F
injerta en las fecundas, como a mujeres de mucha leche les acercan otros críos. Pero vemos que el abeto, el ciprés y todos los de tal especie son mezquinos e infecundos para
los frutos. Pues, del mismo modo que las personas que 641A
tienen exceso de carne y peso en la mayoría de los casos son estériles (ya que, como consumen el alimento para su cuerpo, no transformn parte de él en esperma) [277], así los árboles de tal especie, al aprovecharse del alimento que se consume por completo en ellos, son corpulentos en tamaño y van agrandándose, pero unos no producen frutos y otros los producen pequeños y tardíamente desarrollados. De suerte que no hay que extrañarse si no crece lo ajeno en lo que malamente hace crecer incluso lo propio.

[277] Arist., *Gen an.* 725b29-726a6 y 795b, y Teofr., *Caus. plant.* III 8, 4.

CUESTIÓN SÉPTIMA

Sobre la rémora [278]

Conversan Queremoniano, Plutarco y otros

1. Queremoniano de Trales [279], habiéndosenos servi-
B do en cierta ocasión pescaditos variados, nos señaló uno de cabeza puntiaguda y alargada y decía que la rémora se le asemejaba, pues la vio mientras navegaba por el mar de Sicilia y quedó admirado de su fuerza, ya que la rémora provocó una demora y dilación nada pequeñas durante la travesía [280], hasta que la cogió el vigía pegada al costado de la nave por fuera. Desde luego, había quienes se burlaban de Queremoniano por admitir una ficción mítica e increíble, y había también quienes caían en el tópico de las «antipatías». Y era posible oír otras muchas cosas de los que las presenciaron: que un elefante enfurecido se aplaca al ver a un carnero [281]; que la rama de un roble detiene

[278] Pez de la familia de los acantopterigios de unos 40 cm. de longitud y de 7 a 9 de diámetro, fusiforme, de color ceniciento; sobre la cabeza lleva un disco oval consistente en una serie de láminas cartilaginosas movibles con las que crea un vacío y se adhiere fuertemente a cualquier objeto. Los griegos creían que era capaz de detener las naves, y de ahí su nombre de «detienenaves».

[279] Sólo lo encontramos aquí.

[280] Sobre el tema, véase Arist., *Hist. an.* 505b18, quien añade que algunos empleaban al pez como un hechizo para filtros amorosos y pleitos judiciales, y Plin., *Hist. nat.* IX 79, y XXXII 2 ss., en donde asegura que el barco de Marco Antonio fue detenido por una rémora durante la batalla de Actio y que otro tanto le ocurrió al que transportaba a Calígula.

[281] Según *Geoponicá* XV 1, 1-4, y Eliano, *Var. hist.* I 38, el elefante siente pánico de un carnero cornudo y de los gruñidos de los cerdos,

a una víbora, si se la acercas y la tocas; que un toro C bravo se tranquiliza y amansa atado a una higuera; que el ámbar todo lo mueve y atrae las cosas ligeras, salvo la albahaca y lo que se humedece con aceite, y que la piedra imán no atrae al hierro, si a éste se le unta ajo. En efecto, aunque estas cosas tienen una comprobación evidente, es difícil, si no completamente imposible, comprender la causa.

2. Pero yo dije que esto era una evasiva a la pregunta más que una explicación de su causa. Y consideremos, añadí, que muchas cosas que poseen la condición de casualidades, toman la apariencia de causas incorrectamente. Igual que si uno creyera que por el florecimiento del D agnocasto madura el fruto de la vid, porque existe el dicho:

el agnocasto florece y el racimo madura[282],

o que por los pábilos que aparecen en las lámpara, el ambiente se trastorna y nubla, o que la curvatura de las uñas es causa, antes que síntoma, de la úlcera de intestino. Pues bien, como cada uno de estos hechos son consecuencia del fenómeno, generado por las mismas causas, así dije yo que sólo una era la causa por la que el navío navega lentamente y atrae a la rémora; pues, cuando la nave está seca y

circunstancia ésta hábilmente aprovechada por los romanos contra los elefantes de Pirro de Epiro. Cerdos también emplearon, según Polieno, IV 6, 3, los megarenses contra Antígono.

[282] Cf. Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, *Adespota*, pág. 396, y Diehl, *Anthol. Lyr. Gr.*, vol. III, pág. 74. El verso citado por Plutarco es un trímetro yámbico de procedencia desconocida. El «agnocasto» o «sauzgatillo» es un arbusto de la familia de las verbenáceas, de 3 o 4 m. de altura, de flores pequeñas y azules y fruto redondo, pequeño y negro. Crece en sotos frescos y en las orillas de los ríos.

no demasiado pesada por la humedad, es natural que la
quilla, deslizándose sobre el mar por su ligereza, hienda
E la ola, dividida y separada fácilmente con su leño limpio.
Pero cuando está muy húmeda y empapada, acumula muchas algas y capas musgosas y tiene más débil la hendidura del leño y la ola, al tropezar con su viscosidad, no fácilmente se separa. Por ello, también, secan los costados, para limpiar de los leños los musgos y algas, a los que, adherida la rémora por su viscosidad, es natural que sea considerada la causa de la demora antes que una consecuencia de la causa que motiva la demora.

CUESTIÓN OCTAVA

F *De por qué dicen que los caballos «lycospádes»* [283] *son fogosos*

Conversan el padre de PLUTARCO, PLUTARCO y otros

Algunos dijeron que a los caballos *lycospádes* se les
denominaba así por los frenos de lobo, ya que por su fo-
642A gosidad y difícil manejo eran retenidos con ellos. Pero mi
padre, que no gustaba en absoluto de improvisar en sus explicaciones y que siempre había utilizado caballos excelentes, decía que los que han sido acometidos cuando potros por lobos, si logran escapar, salen buenos y rápidos

[283] Caballos del sur de Italia, de los que habla con cierta amplitud ELIANO, en *Hist. an.* XVI 24, y EUSTACIO en *Ad Il.* 1052, 6. El término griego quiere decir literalmente «mordido por lobos».

y se les llama *lycospádes.* Y esto, que la mayoría testificó en su favor, planteaba la dificultad de la causa por la que este accidente hace a los caballos más fogosos e impetuosos. Y la mayor parte de la argumentación de los presentes era que esa experiencia infunde a los caballos miedo, no ánimo, y se hacen espantadizos y medrosos ante todo, y tienen unas reacciones vivas y rápidas, como las fieras que han escapado a las trampas. Pero yo dije que había que mirar no fuera a ser lo contrario de lo que se creía, pues los potros no se hacen más rápidos cuando acosados B
escapan a los ataques de las fieras, sino que no se escaparían, si no fuesen por naturaleza animosos y rápidos. Pues tampoco Odiseo se hizo sagaz por escaparse del Cíclope, sino que se escapó porque lo era.

CUESTIÓN NOVENA

De por qué las ovejas despedazadas por lobos tienen la carne más sabrosa, pero una lana que produce piojos

Conversan Patrocleas, Plutarco y otros

Después de esto se indagaba sobre las ovejas despedazadas por lobos, de las que se dice que dan una carne muy sabrosa, pero una lana que produce piojos [284]. Pues bien, C
no desatinadamente, Patrocleas [285], mi pariente, parecía

---

[284] Cf. *Geop.* XV 1, 5, y Arist., *Hist. an.* 596b8.

[285] Pariente (*gambrós*) de Plutarco, que aparece, además, en *De ser. num. vind.* y en *De animae procreatione in Timeo* (*Sobre la procreación del alma en el Timeo*), si bien siempre como planteador de temas.

abordar lo referente al sabor, al afirmar que la fiera con su mordedura hacía la carne tierna. En efecto, el hálito del lobo es tan excesivamente cálido y abrasador, que funde y derrite en el estómago los huesos más duros. Por ello, también, las ovejas despedazadas por lobos se corrompen más rápidamente que las demás.

En cambio, sobre la lana titubeábamos, no fuera que no produjese los piojos, sino que los hiciese salir al desunir la carne, por serle propios cierta aspereza desgarrante o
D calor. Y esta facultad se reaviva en la lana ante la mordedura del lobo que hace cambiar hasta los vellones del animal degollado.

Y la observación daba crédito a esta explicación. Pues sabemos que, entre los cazadores y cocineros, unos los abaten con un solo golpe, de suerte que los así golpeados yacen sin aliento, en tanto que otros los matan a duras penas y difícilmente con muchos golpes. Y lo que es más sorprendente que esto, unos imprimen en la víctima con el hierro una fuerza tal, que rápidamente se corrompe y ni siquiera aguanta un solo día, en tanto que otros la matan no más lentamente que aquéllos, pero nada semejante ocurre en la carne de los degollados, sino que se conserva por algún tiempo.

E Y también Homero insinúa que las transformaciones de los animales según los tipos de degüello y muerte se extienden hasta la piel, pelos y uñas, porque suele decir de las pieles y de los cueros: «Un cuero de buey matado violentamente»[286]. En efecto, la piel de los animales abatidos no por enfermedad ni vejez, sino por degüello, es tensa y compacta, pero a los que han sido mordidos por

[286] *Il.* III 375.

fieras se les ennegrecen las uñas, el pelo se les cae y la piel se les pudre y desgarra.

CUESTIÓN DÉCIMA

De si los antiguos hacían mejor cenando por raciones o los de ahora en común

Conversan HAGIAS, LAMPRIAS y otros

1. Cuando en mi tierra desempeñaba el cargo de ar- F
conte epónimo [287], la mayoría de las cenas eran por raciones individuales, asignándosele en los sacrificios a cada uno una porción, lo que a algunos agradaba extraordinariamente, en tanto que otros lo tachaban de insociable e innoble, y pensaban que, en el momento justo de quitarse la corona [288], había que cambiar las mesas, de nuevo, al
sistema habitual. «Pues, dijo Hagias [289], no nos invitamos, 643A
según creo, mutuamente, por comer y beber, sino por comer y beber juntos, y esa distribución de la carne en raciones, al eliminar la convivencia, hace muchas cenas y muchos comensales, pero consigue que nadie cene con nadie, cuando cada uno, después de coger al peso su parte, como de la mesa de un carnicero, se la pone por delante. Y en

[287] Cargo al que también alude en *Quaest. conv.* VI 8, 1.

[288] Coronas que se hacían expresamente para sacrificios, banquetes y asambleas, en donde eran de uso corriente (ARISTÓF., *Tesm.* 443-458, y *Asambl.* 132, y ANACREONTE, en PAGE, *Poet. Mael. Gr.*, 410). Tras el sacrificio se despojaban de ellas.

[289] Personaje conocido sólo por este pasaje y *Quaest. conv.* III 7.

verdad, ¿qué diferencia hay en que, tras ponerle una copa a cada uno de los invitados y un congio [290] colmado de vino y una mesa individual, como se dice de los Demofontidas con Orestes [291], se le ordene beber sin preocuparse
B de los demás y esto que precisamente ahora ocurre, que cada uno, después de haberse puesto delante carne y pan, se banquetee como en un pesebre individual, salvo que no nos apremia la obligación del silencio, como a los que hospedaron a Orestes?

»Pero también esto mismo, probablemente, invita a los presentes a la convivencia entre todos, el que nos sirvamos de una conversación común entre nosotros y el canto, y compartamos una arpista que nos deleite e, igualmente, una flautista, y esa cratera que no tiene límite esté colocada en el centro, fuente inagotable de cordialidad y que tenga como medida de disfrute la apetencia de cada uno, no como la ración de carne y pan que se adorna con la medida más injusta, la igualdad entre desiguales. Pues lo mismo, para el que precisa poco, es más, y para el que más,
C menos. Por tanto, amigo, como el que distribuye a muchos enfermos con medidas y pesos exactos iguales fármacos es totalmente ridículo, así tal es el anfitrión que atiende del mismo modo a todos, reuniendo en el mismo sitio a hombres que ni están sedientos por igual, ni hambrientos, ya que fija lo justo aritméticamente, no geométricamente [292]. A casa del tendero, en efecto, vamos y todos

---

[290] Medida para líquidos que contenía unos tres litros y cuarto.

[291] Ver n. 16.

[292] Según Plat., *Rep.* 558c, *Leyes* 757c, y *Gorgias* 508a, de donde emanan estos conceptos, la aritmética se aviene bien con la forma de pensar aristocrática y monárquica, mientras que la geometría corresponde a la democrática.

empleamos una sola medida, la común, pero a una cena cada uno llega trayendo su propio estómago, al que no lo llena una cantidad igual, sino lo que le basta; y de cenas de soldados y campamentos de entonces no hay que traer ahora D aquella forma de comer homérica *(dáitas)*, sino, más bien, imitar la sociabilidad de los antiguos, por el hecho de respetar todo tipo de convivencia al tener en estima no sólo a los que compartían el hogar y techo, sino también la ración de trigo y comida. Por tanto, dejemos que se vayan a paseo las cenas de Homero, pues dejan con hambre y sed y tienen como jefes de ellas a reyes más terribles que los taberneros itálicos, hasta el extremo de que en los combates, cuando los enemigos están a mano, recuerdan exactamente cuánto ha bebido cada uno de los que cenaron con ellos. Sin duda, son mejores las pindáricas, en las que:

Héroes en torno a la venerable mesa se mezclaban a E
[menudo [293],

por compartir todo entre sí.

»Aquello sí que era como una mezcla y fusión de verdad, en tanto que esto es una desunión y afrenta de los que parecen ser muy amigos, como si ni siquiera pudieran compartir la comida.»

2. Tras estas palabras pinchamos a Lamprias para que atacara a Hagias, que fue muy celebrado por ellas. Pues bien, dijo que no le pasaba nada extraño a Hagias al irritarse por tomar una ración igual teniendo esa barriga tan grande. Pues él mismo, además, era de los que disfrutaban con la glotonería; «pues en un pez compartido no hay es-

[293] Fr. 185 de SNELL = 65, *Adespota* de PUECH.

pinas», como dice Demócrito [294]. «Pero esto mismo, dijo, es lo que precisamente nos añade una parte, además de la que nos está destinada, ya que de la igualdad que la F anciana de Eurípides afirma que 'ata':

Ciudades con ciudades y con aliados aliados [295],

nada precisa por naturaleza y ley tanto como la convivencia en torno a la mesa, dado que, además, cumple una función necesaria, no reciente, ni introducida por un capricho. En cambio, quien se atrasa y rezaga en una comida común 'se erige en enemigo' [296] de quien come más, como en el fragor de un trirreme que navega rápidamente.
644A Pues no es un preámbulo amistoso ni convival de un banquete, creo, la suspicacia, la rapacidad, la porfía de manos y los codazos, sino que son comportamientos absurdos y propios de perros y muchas veces acaban en improperios y enfados, no sólo de unos contra otros, sino también contra los servidores de la mesa y los anfitriones.

»En cambio, cuanto tiempo Moira y Láquesis [297] dirigían con igualdad la convivencia en las cenas y convites, no era posible ver nada inconveniente ni innoble. Pero es que, además, llamaban a las cenas 'repartos' y a los invitados 'repartidos', y 'repartidores' a los servidores de las me-
B sas, del hecho de dividir y distribuir. Y los lacedemonios tenían como 'repartidores de la carne' no a uno elegido al azar, sino a los hombres principales, de suerte que inclu-

---

[294] DK., vol. II, pág. 172 (fr. 151).

[295] *Fenicias* 537.

[296] *Ibid.*, 539.

[297] En realidad, Láquesis era una de las tres Moiras, emparentadas con la raíz de *lagkhánō* (alcanzar, obtener). Con ambos nombres propios, Plutarco nos quiere decir «Porción y Lote», como precisamente traduce P. A. Clement.

so Lisandro fue designado en Asia 'distribuidor de la carne' [298] por el rey Agesilao. Ahora bien, las distribuciones se vinieron abajo cuando el derroche irrumpió en las cenas; pues no era posible, creo, dividir pasteles, besamela, adobo y otras variadas salsas y fuentes de golosinas [299], sino que, dominados por el ansia y disfrute de ellos, descuidaron la igualdad en el reparto. Y una prueba de mi afirmación es que, incluso ahora, los sacrificios y cenas públicas [300] se hacen por raciones a causa de la sencillez y pureza de la comida; de suerte que el que se vuelve a encargar de la distribución, al tiempo ayuda a conservar la frugalidad.

»Pero donde está lo privado, perece lo común; por c
supuesto, donde no hay igualdad; pues no es la posesión de lo propio, sino la sustracción de lo ajeno y la codicia de lo común lo que origina la injusticia y discrepancia, codicia que las leyes *(nómoi)* atajan con el límite y medida de lo privado y que reciben su nombre del principio y capacidad de distribuir *(némō)* [300bis] por igual lo común. Puesto que no pretendas que el anfitrión nos reparta a cada uno de nosotros una corona, lechos y sitios, sino que, in-

[298] *Vida de Lisandro* XXIII 7, y *Vida de Agesilao* VIII 1.

[299] La «besamela» (*kándaulos*) y al «adobo» (*karykeía*) son salsas de origen lidio confeccionadas con ingredientes muy variados, como leche, harina, queso, etc. Información sobre ellas ofrecen ATEN., 132F y 172B al citar versos de Menandro y ELIANO, *Nat. an.* IV 40. «Variadas salsas» (*hypotrímmata*) era un plato en el que abundaba el sabor picante.

[300] Estos sacrificios, que empezaron siendo sencillos, se convirtieron con el tiempo en auténticos festines del pueblo, como corroboran JENOFONTE, *República de los atenienses* II 9 y IV 6 1; ISÓCRATES, *Areopagítico* 29, y DIOD., XI 72.

[300bis] El sustantivo *nómos* y el verbo *némō* son, en efecto, de la misma raíz.

cluso, si alguien viene trayendo una amante o arpista, 'que sea común lo de los amigos' [301], para que 'todas las cosas
D sean a la par' [302], según Anaxágoras. Y si el disfrute particular de estas cosas nada perturba la convivencia, por el hecho de ser comunes las cosas más importantes y dignas de mayor consideración, conversación, brindis, cordialidad, dejemos de deshonrar a las Moiras y a Clero 'el hijo de la fortuna' [303], según dice Eurípides, el cual, como no otorga la primacía ni al dinero ni a la fama, sino que,
E presentándose aquí y allá, según salga, al pobre y humilde lo llena de orgullo y eleva, en cuanto que saborea cierta independencia, en tanto que al rico y poderoso, al acostumbrarlo a no disgustarse con la igualdad, lo modera sin molestia.

---

[301] Máxima pitágorica, según DIÓG. LAER., VIII 10, que acabó por convertirse en un proverbio (LEUTSCH-SCHNEIDEWIN, *Corp. Parem. Gr.*, vol. II, pág. 76 [fr: 54]).

[302] DK., vol. II, pág. 32 (fr. 1), y KIRK-RAVEN, *Los filósofos presocráticos*, trad. esp., Madrid, 1979 (= 1970), pág. 513 (fr. 496).

[303] NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 989, y PLUT., *Mor.* 965E.

LIBRO III 644E

INTRODUCCIÓN

1. El poeta Simónides, Sosio Seneción, viendo en un banquete a un forastero recostado en silencio y sin dialogar con nadie, le dijo: «Hombre, si eres necio, haces F una cosa sabia, pero si sabio, necia.» Pues la ignorancia es mejor, como afirma Heráclito [304], ocultarla, pero cuesta trabajo en el asueto y con el vino,

que incita incluso al muy prudente a cantar, 645A
y un amable reír y la danza le suscita,
y le excita a palabras que, calladas, mejor [305],

con lo que el poeta insinúa, según me parece, una diferencia entre estar alegre y la borrachera. Efectivamente, el canto, la risa y la danza sobrevienen a los que han bebido moderadamente; en cambio, el parlotear y decir lo que era mejor callar, es fruto del pasarse ya con el vino y emborracharse [306]. Por ello, también, Platón [307] estima que es

---

[304] Cf. DK., I, pág. 172 (fr. 95), y PLUT., *Mor.* 43D y 439D.

[305] HOM., *Od.* XIV 464 ss.

[306] Respecto a esta diferencia establecida por los estoicos, cf. H. VON ARNIM, *Stoic. Vet. Frag.*, vol. III, págs. 163 (fr. 644) y 180 (fr. 713), y PLUT., *Mor.* 503E-F.

[307] *Leyes* 649d ss.

en el vino donde mejor se conoce el carácter de la gente. Y Homero cuando dice:

...pero en la mesa
no se conocieron... [308],

es evidente que sabía de la locuacidad del vino y de su
B fecundidad en muchas palabras. Pues no es posible conocer a los que comen y beben en silencio. Pero, como el beber induce a parlotear y en el parloteo quedan, evidentemente, al desnudo muchas cosas, de otro modo ocultas, el beber con otros proporciona un conocimiento mutuo; de suerte que no estaría mal censurar a Esopo [309]: ¿Por qué, bendito, andas buscando las ventanas aquellas, por las que uno pueda contemplar el pensamiento de otro? Pues el vino nos descubre y revela, porque no nos deja permanecer en silencio, sino que nos suprime la afectación y compostura, por encontrarnos muy lejos de la norma, semejante a un preceptor. Ahora bien, a Esopo, Platón y cualquier otro que precise una investigación del carácter,
C el vino les es útil para ello. En cambio, los que no necesitan para nada escrutarse ni cogerse *in fraganti*, sino simplemente tratarse con afabilidad cuando se reúnen, sacan cuestiones y conversaciones tales, con las que se encubren las bajezas del alma y se reaviva lo mejor y más armonioso, como si se llevara a prados y dehesas apropiados para el amor al saber [310]. De ahí que también nosotros te hemos compuesto este tercer libro con diez cuestiones convivales, de las que la primera es la relativa a las coronas.

---

308 *Od.* XXI 35 ss.
309 Cf. Babrio, 59, 11-12.
310 Plat., *Fedro* 248b.

CUESTIÓN PRIMERA

De si hay que emplear coronas de flores durante la bebida D

Conversan AMONIO, PLUTARCO, ERATÓN y TRIFÓN

1. En cierta ocasión, en efecto, se mantuvo también una conversación sobre las coronas. El banquete era en Atenas, cuando Eratón [311], el músico, había ofrecido un sacrificio a las musas y agasajaba a numerosos invitados. Cuando, tras la cena, como es natural, se repartieron coronas variadas, Amonio [312] se burló un poco de nosotros por habernos ceñido la de rosas en lugar de la de laurel [313], pues, en general, las de flores eran de niñas y más adecuadas para muchachas y mujeres en sus juegos, que para reuniones de filósofos y hombres instruidos. «Y me admiro de que Eratón, aquí presente, por un lado, deteste los semitonos en los cantos y condene al hermoso Agatón, E quien, dicen, fue el primero en introducir y mezclar en la tragedia el cromatismo, cuando representó *Los Misos* [314], y que, por otro lado, él, como véis, nos haya llenado el banquete de variados y floridos colores y cierre al lujo y la molicie su paso por los oídos, en tanto que nos está introduciendo en el alma, como por otras puertas, ésa que

[311] Lo volveremos a encontrar en *Quaest. conv.* IX 14, 1.

[312] Platónico, maestro de Plutarco.

[313] Entre las coronas, la de laurel estaba dedicada a Apolo, y la de yedra a Dioniso.

[314] Sobre su obra, cf. NAUCK., *Trag. Gr. Frag.*, fr. 763, 3; y para la crítica de sus tragedias, ARISTÓF., *Tesm.*, passim.

penetra por los ojos y las narices y está haciendo coronas de placer, no de piedad. Y, sin embargo, el perfume de ésta [315] despide un aroma más precioso que el de aquélla, que es de flores y se marchita en las manos de las que
F las trenzan. Pero un placer que no esté ligado a ninguna utilidad ni se ajuste al dominio de una tendencia natural no tiene sitio en un banquete de filósofos. Pues, al igual que los que son llevados a la cena por amigos invitados, gracias a las normas de cortesía reciben el mismo trato, como sucedió con Aristodemo llevado por Sócrates a casa
646A de Agatón [316], que daba un banquete, mientras que si uno viene por su cuenta, a éste hay que cerrarle la puerta, así los placeres relativos a la comida y bebida invitados por la naturaleza, como acompañan a nuestras tendencias, tienen un lugar, en tanto que se les priva de él a los demás deleites que no han sido invitados ni tienen sentido alguno.»

2. Ante esto los jóvenes, no habituados a Amonio, desconcertados se desataban tranquilamente sus coronas, pero yo, sabedor de que Amonio había dejado caer en medio su discurso para ejercicio e investigación, dirigiéndome a Trifón [317], el médico, le dije: «¡Bien, amigo, justo es que tú te desprendas con nosotros de esta corona resplandeciente por los cálices de rosas [318], o que nos digas,
B como constantemente acostumbras, cuántos servicios prestan las coronas de flores a la bebida.» Pero, interrumpien-

[315] Metáfora empleada por ARISTÓF., *Avispas* 1050 ss., refiriéndose a la virtud.

[316] PLAT., *Banqu.* 174a ss.

[317] Participa además en *Quaest. conv.* III 2, 2, siempre con aportaciones relativas a su profesión.

[318] Verso descubierto por Xylander y completado por Wilamowitz, basándose en CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Pedagogo* II 70, 2.

do, Eratón dijo: «¿Así pues, está decidido que no aceptemos ningún placer gratis, sino que cuando nos divertimos nos malhumoremos, si no obtenemos beneficio alguno en la diversión? Desde luego [319], es natural que sintamos aversión al perfume y la púrpura por su recargado fausto, como si se tratara de engañosos vestidos y tintes, según las palabras del bárbaro [320], ¿pero los colores y olores naturales no tienen sencillez y pureza y en nada difieren de los frutos? Pues no vaya a ser una estupidez que recojamos y disfrutemos los jugos que la naturaleza nos da y, en cambio, desdeñemos los olores y colores que las estaciones c producen, a causa del placer y encanto que florecen en ellos, si no nos aportan, además, alguna otra utilidad externa. A mí, por cierto, me parece lo contrario, que si la naturaleza, como vosotros afirmáis continuamente, no hace jamás nada en vano [321], ha hecho por mor del placer lo que por naturaleza no tiene otra utilidad salvo la de

[319] El texto plantea pequeños problemas de crítica textual, que nosotros interpretamos del siguiente modo: en lugar de la partícula disyuntiva *ē* leemos *ê* afirmativo (= desde luego) y frente a la modificación en *khrímata* establecida por Cobet y admitida en sus ediciones por Fuhrmann y P. A. Clement, mantenemos el término original *khrômata* (= tintes), que da buen sentido al texto. De seguir a los mencionados autores había que traducir así: «¿o es que naturalmente por un lado recelamos del perfume y la púrpura por su recargado fausto, como ⟨de⟩ engañosos vestidos y tintes, según las palabras del bárbaro, y por el otro, los olores y colores naturales no tienen sencillez y pureza y en nada difieren de los frutos?»

[320] Plutarco se refiere a las respuestas despreciativas del rey de los etíopes a los falsos embajadores de Cambises, cuya auténtica misión era la de espías, según relata HERÓD., III 22.

[321] Teoría de la finalidad de la Naturaleza defendida por Platón, Aristóteles y Teofrasto.

alegrar. Y observa que a las plantas también les brotan hojas para defensa del fruto y para que, calentadas y refrescadas por ellas, soporten apropiadamente estos cambios, pero es nula la utilidad de la flor que queda en su sitio, salvo si al servirnos de ellas nos procuran el encanto
D de olerlas y el placer de contemplarlas, ya que despiden maravillosos olores y descubren gran diversidad de inimitables colores y tonos. Por ello, cuando se arrancan las hojas, las plantas sufren como un dolor y mordedura y en ellas se produce el daño de una herida y una desnudez indigna y no, según parece, conforme a Empédocles, hay que 'abstenerse en absoluto de las hojas de laurel sólo' [322], sino también respetar todos los demás árboles y no adornarnos con sus desadornos, despojándolos de sus hojas violentamente y contra la naturaleza. En cambio, el corte de las flores se parece a la vendimia y nada daña, sino que, incluso si no se recogen a su tiempo, marchitas se deshacen.
E Por tanto, como los bárbaros se cubren con las pieles de sus animales, en vez de con sus lanas, así me parece que los que tejen las coronas con las hojas en lugar de con las flores, emplean las plantas sin lógica. Ésta es, pues, mi contribución a las vendedoras de flores; pues no soy tan letrado que me acuerde de poemas en los que leemos que los antiguos vencedores se ceñían coronas de flores [323]; pero que, al menos, la corona de rosas está dedicada a las Musas me parece recordarlo por lo que Safo dice a una mujer inculta e ignorante:

---

[322] DK., I, pág. 368 (fr. 140).

[323] Los premios que se otorgaban a los vencedores al principio, según el testimonio de Homero, consistían en objetos de valor. Posteriormente se implanta la costumbre de premiarlos con coronas de olivo en Olimpia, apio en Nemea, pino en el Istmo y laurel en Pito.

Bien muerta quedarás,
pues no compartes las rosas F
de Pieria [324].

»Pero si también Trifón nos proporciona algún testimonio de la medicina, hay que oírlo.»

3. A continuación, tomando la palabra Trifón dijo que los antiguos no habían dejado de prestar atención a ninguno de estos temas, ya que, en efecto, basaron la mayor parte de su medicina en las plantas. «Y la prueba es lo 647A
que, incluso ahora, los tirios llevan como primicias al Agenorida y los magnesios a Quirón [325], de quienes se dice fueron los primeros en curar, pues son raíces y hierbas con las que sanaban a los enfermos. Y Dioniso no sólo por haber inventado el vino, fármaco muy eficaz y agradable, fue considerado un médico excelente, sino también por haber elevado a lugar de honor la yedra, lo más contrapuesto en su acción al vino, y por haber enseñado a quienes le festejan a coronarse con ella, para que sean molestados menos por el vino, ya que la yedra con su frescura apaga la borrachera. Y ciertos nombres muestran también el interés de los antiguos por esto, pues llamaron al nogal B
(karýa) así, porque, como desprende un vaho pesado y somnoliento *(karōtikón)* [326], molesta a quienes se recuestan bajo él, y al narciso porque aplaca los nervios y produce una pesadez narcotizante [327]. Por ello también Sófocles lo de-

[324] Cf. LOBEL-PAGE, *Poetarum Lesbiorum Fragmenta*, Oxford, 1955, pág. 40 (= E. DIELHL, *Anthol. Lyr. Gr.*, vol. I, fr. 58).

[325] Agenorida es descendiente de Agenor, rey de Siria e hijo de Posidón. Quirón fue el famoso centauro que instruyó a Aquiles.

[326] Etimología dudosa.

[327] Etimología verdadera.

nominó 'antigua corona de grandes deidades' [328], esto es, de las ctónicas, y dicen también que a la ruda *(pḗganon)* se le denomina así por su virtud, pues coagula *(pḗgnysi)* [329] el esperma con la sequedad de su calor y es completamente adversa a las embarazadas. En cambio, los que creen que la hierba amatista, a la par que la piedra de igual nombre causa de ella, se llaman así por ayudar contra la embria-
C guez, están completamente equivocados, pues una y otra son llamadas así por su color [330]: su hoja, en efecto, no es parecida al vino puro, sino a uno descolorido y aguado por la mezcla. Sin duda se pueden aducir muchísimas otras, a quienes sus virtudes les proporcionan el nombre, pero bastan éstas para dar una muestra del interés y pericia con la que los antiguos se valieron de coronas para bebedores. Pues particularmente el vino puro, cuando se sube a la cabeza y desliga los cuerpos del control de los sentidos, trastorna al hombre. En cambio, los efluvios de las flores ayudan extraordinariamente contra esto y, como las murallas a una acrópolis, protegen la cabeza de la embriaguez,
D ya que las flores calientes relajan suavemente los poros y dan un respiro al vino, y las que son ligeramente frescas, al acariciarlas discretamente, evitan las exhalaciones, como la corona de violetas y rosas. Ambas, en efecto, aplacan y mitigan con su olor la pesadez de cabeza. Y la flor de la alheña, el azafrán y la salvia inducen a los bebedores a un sueño apacible, pues tienen una fragancia suave y favorable, que disipa plácidamente las anomalías y brusquedades que se dan en el cuerpo de los que se embriagan,

---

[328] *Edipo en Colono* 683.

[329] Etimología dudosa.

[330] Al contrario que Plutarco, Hel., *Etióp.* V 13, 4, da a la palabra su sentido etimológico de «no borracho».

de suerte que, conforme vuelve la calma, los efectos de la borrachera se mitigan y eliminan, y conforme se dispersan hacia arriba cerca del cerebro los olores de algunas flores, los poros de los sentidos se depuran y los humores E se esparcen, puesto que se disuelven por el calor mansamente, sin brusquedad ni agitación, y el cerebro, que es frío por naturaleza, entra en calor. Por ello precisamente, cuando colgaban del cuello las coronas de flores las llamaban *hypothȳmídas* [331] y con su fragancia se ungían el pecho. Y lo atestigua Alceo [332] cuando aconseja: 'vierte su esencia sobre esta cabeza que tanto ha sufrido y este canoso pecho'. Así, también, desde aquí los olores apresados por el olfato a causa del calor, dirigen sus dardos al cerebro; pues no llamaban *hypothȳmídas* a las coronas que F rodean el cuello, porque creyesen que las emociones *(thȳmós)* acampan en el corazón (pues, en tal caso, más conveniente al menos les hubiera sido llamarlas *epithȳmídas,* sino, como digo, por su emanación y subida de los aromas. No nos extrañemos, pues, de que las emanaciones de las coronas tengan tanto poder, pues refieren que incluso la sombra de un tejo [333] mata a los hombre que se duermen bajo él, cuando precisamente se llena de savia para su floración, y acontece que quienes extraen el jugo de la adormidera, si no se guardan de las exhalaciones que 648A emanan de ella, se desploman y, con sólo coger en la ma-

[331] Literalmente «subcordios». El término opuesto, *epithymídas,* aparecerá un poco más abajo.

[332] Ver Diehl, *Anthol. Lyr. Gr.,* vol. I, fr. 86 (= 42 de Bergk, y 275 de Lobel-Page). Los versos fueron descubiertos en el fr. 32 del núm. 1233 de los papiros de Oxirrinco.

[333] Árbol de la familia de las texáceas, siempre verde, de tronco grueso y poco alto. Su fruto es una semilla elipsoidal envuelto en un arilo de color escarlata.

no la planta llamada aliso [334], e incluso algunos con mirarla, se libran del hipo. Y también se dice que, plantada cerca de los establos, es buena para cabras y ovejas. Y a la rosa se la denomina, sin duda, así, porque desprende una gran corriente de olor [335]; por ello, también, pronto se marchita; y no es ilógico que sea refrescante en su acción, y en su aspecto encendida, pues suave le aflora a la superficie el calor expulsado por su frescura.»

B

CUESTIÓN SEGUNDA

De si la yedra es por naturaleza cálida o fría

Conversan PLUTARCO, AMONIO, ERATÓN y TRIFÓN

1. Y cuando hubimos elogiado a Trifón, Amonio sonriendo dijo que no era digno destruir a coces con su réplica, como a una corona, un discurso tan polícromo y florido. «Salvo que, al menos, no sé cómo se ha inmiscuido la yedra, de la que se ha dicho que con su frescor disipa el vino puro, pues es fogosa y muy cálida y su fruto, desde luego, mezclado con el vino lo hace más embriagador y perturbador al inflamarlo. Y dicen que su rama, cuando
C se arranca, se retuerce como leña en el fuego. Y la nieve, que permanece corrientemente muchos días en otras plantas, desaparece rápidamente de la yedra y, más aún, al

[334] De la familia de las betuláceas, de 10 a 12 cms. de altura, con flores blancas y frutos pequeños y rojizos. Su madera se utiliza para la confección de instrumentos musicales.

[335] Etimología falsa.

punto fenece por completo y se derrite en torno a ella por el calor. Pero lo más importante es lo que nos cuenta Teofrasto [336]: cuando Alejandro ordenó a Harpalo [337] plantar árboles griegos en los jardines de Babilonia y, especialmente, entremezclar los selváticos —frondosos y umbrosos— con las plantas de estos lugares, que son calurosos y abrasadores, a la única que no admitió el terreno fue a la yedra y, aunque Harpalo se afanó y bregó mucho con ella, sin embargo, se agostaba y secaba, por ser ella ardiente D
y por mezclarse con una tierra ardiente, no hacía mezcla, sino que era rechazada; pues los excesos destruyen las capacidades; por ello, éstas tienden más a sus opuestos, y gusta del calor lo frío, y del frío lo caluroso. De ahí que los sitios montañosos, ventosos y nevados producen las plantas resinosas y productoras de pez, especialmente abetos y pinos. Y fuera de esto, querido Trifón, las sensibles a las heladas y frías se deshojan, al disminuir el calor por su escasez y debilidad y abandonar prematuramente a la planta. En cambio, al olivo, laurel y ciprés, la grasa y el E
calor los conservan siempre verdes, como a la yedra. De ahí que el queridísimo Dioniso, que abiertamente denominó al vino puro 'embriagador' y a sí mismo 'dios de la embriaguez' [338], no introdujo la yedra como una ayuda contra la borrachera, ni como un enemigo del vino, sino que me parece que, del mismo modo que los aficionados al vino, si no lo hay de uva, recurren a bebida de cebada o de ciertas manzanas, y otros hacen vino de dátiles [339],

[336] *De caus. plant.* IV 4, 1.

[337] Gobernador de Babilonia.

[338] Aten., 363B, estima que se denominó así por la alegría y sosiego que el dios y el vino infunden a los hombres.

[339] Del vino elaborado con dátiles entre los indios nos informa Fil., *Vida de Apol.* II 6.

así también éste, que ansiaba en la estación del invierno la corona de vid, al verla desnuda y deshojada, se encariñó con la yedra por su parecido. Y, en efecto, esa sinuosidad de su rama, que también se extravía en su camino, la flexibilidad de sus hojas, que también se desparraman desorde-
F nadamente y, especialmente, sus racimos, parecidos a uvas verdes, compactas y ennegrecidas, imitan fielmente la disposición de la vid.

»No obstante, si la yedra ayuda algo contra la borrachera, diremos que lo hace por su calor, al dilatar los poros, o mejor, al ayudar a asimilar el vino puro, a fin de que también, Trifón, quede Dioniso, para agrado tuyo, como médico [340].»

2. Ante esto, Trifón estaba callado, meditando cómo
649A le replicaría. Pero Eratón, exhortándonos a cada uno de los jóvenes, nos pedía que ayudásemos a Trifón [sobre las coronas], o que no nos desprendiéramos de ellas, y Amonio dijo que nos concedía licencia, pues no replicaría a lo que nosotros dijéramos. Y como también Trifón, por cierto, nos animase a hablar, dije que el demostrar que la yedra era fresca, no era labor mía, sino de Trifón; pues éste la empleaba mucho como refrescante y astringente. «Pero de lo dicho, añadí, que la yedra mezclada con el vino embriaga, no es verdad, pues la impresión que produce en los bebedores no la llamaría uno embriaguez, sino agitación y enajenamiento, como hace el beleño y otras muchas plantas parecidas, que perturban frenéticamente la
B mente. En cambio, la contorsión de la rama está mal explicada; pues tales acciones contra la naturaleza no son

[340] Conforme al oráculo de la Pitia (cf. ATEN., 22E).

consecuencia de poderes naturales, sino que también la leña se retuerce cuando el fuego le extrae violentamente la humedad, conservando combaduras y desviaciones. En cambio, el calor connatural tiende a agrandarla y nutrirla. Pero considera si, más bien, su encorvamiento e inclinación a tierra no implican cierta impotencia y frialdad naturales de su organismo, que encuentra repetidos tropiezos y obstáculos, como un caminante que, por cansancio, se sienta en el suelo frecuentemente y, luego, de nuevo, sigue. Por ello, también, precisa de un engarce y soporte, ya que C
ella misma es incapaz de enderezarse y guiar sus pies por la insuficiencia de calor, cuya capacidad es la acción de elevar. Y la nieve se derrite y funde por la humedad de su hoja, pues el agua deshace y destroza su inconsistencia por ser una aglomeración de pequeñas y abundantes burbujas. De ahí que las nieves se licúen en los sitios muy crudos y húmedos no menos que en los soleados. Pero ese constante verdor suyo y, como dice Empédocles, 'perennifolia' [341] no es cosa del calor; ni tampoco del frío el deshojarse. En todo caso, el mirto y el adianto, que no son de las cálidas, sino de la frías, siempre verdean. Algunos, D
en efecto, creen que la hoja perdura por la uniformidad de su temperatura. Y Empédocles, además de ello, lo achaca a cierta simetría de los poros que dan paso, ordenada y uniformemente, al alimento, de suerte que afluye suficientemente. Pero ello no es posible en los que se deshojan, por la tenuidad de los poros de arriba y angostura de los de abajo, puesto que éstos no lo traspasan y los otros no lo guardan, sino que lo poco que toman lo derraman todo, como en ciertos canales nada uniformes. En cambio, los que absorben siempre el alimento suficiente y proporciona-

[341] DK., I, págs. 298/9 (frs. 77 y 78).

do, resisten y se mantienen jóvenes y verdes. Pero plantada en Babilonia, era rechazada y sucumbió; y ¡bien que hizo esta noble planta, porque, siendo vecina y comensal del dios beocio, no quiso expatriarse entre bárbaros, ni imitó a Alejandro, que emparentó con aquellos pueblos, sino que rehusó y combatió el destierro. Y la causa no era el calor, sino más bien el frío, que no soportaba la temperatura contraria; pues no destruye lo afín, sino que ampara y nutre, como la tierra seca al tomillo, aunque sea caliente. Y a Babilonia dicen que le envuelve un aire tan sofocante y pesado, que muchos de los acomodados, tras llenar odres de agua, duermen frescos sobre ellos.

E
F

650A

CUESTIÓN TERCERA

De por qué las mujeres se emborrachan poquísimo, en tanto que los ancianos muy pronto

Conversan Floro y Sila

Se extrañaba Floro de que Aristóteles, al escribir en *Sobre la embriaguez*[342] que eran los ancianos los que más caen presa de la embriaguez, en tanto que las mujeres las que menos, no se ocupó de su causa[343], aunque no acostumbraba a descuidar ninguna de estas cosas; luego, sin embargo, propuso a los presentes —se trataba, por cier-

[342] Cf. Rose, *Arist. quae ferebantur...*, fr. 108.

[343] Según Aten., 429E-D (Rose, fr. 107), Aristóteles atribuía la facilidad en emborracharse propia de los ancianos a su escaso calor natural.

ntimos— examinarla entre

no se aclaraba con lo otro.
os correctamente la causa,
scusión con los ancianos.
más opuestas en humedad B
blandura y dureza. Y esto,
tro en las mujeres, que tie-
ue, al formar parte de ellas,
su carne, el lustre, además
lciones. Por tanto, cuando
sometido, pierde su temple
sistente [344] y aguado. Pero
ambién se puede tomar una
beben de un golpe y sin
denominaban los antiguos
ıe menos caen en la borra-
ntretiene en ellos, sino que,
ina por todo el cuerpo [345].
ujer beber así. Y es natural C
incesante trasiego de flujos
uy poroso y cortado como
s cuales introduciéndose el
nte y no se detiene en las
turbación sobreviene el em-
ancianos, que están faltos

rechazada por Fuhrmann, que la
rés (= inconsistente), que se avie-

pigr., Leipzig, 1886, pág. 119, di-
le Aristóteles, sino de los *Probl.*
l fundador del Perípato.

nuestras cuitas amorosas junto con la Persuasión, que tiene razón y oportunidad, suprime y apaga lo alocado y aguijoneante del placer, que acaba en la amistad y confianza, no en la ofensa ni desenfreno. Y la especie de placer que entra por los oídos y ojos, ya corresponda más bien a la razón, ya al entendimiento, ya sea común a ambos, las dos restantes, Melpómene y Terpsícore tomándolo consigo
747A lo ordenan, de suerte que el uno es alegría, no encantamiento, y el otro no es hechizo, sino encanto.»

CUESTIÓN DECIMOQUINTA

De que tres son las partes de la danza: movimiento, continente y tema, y de cómo es cada una de ellas y de qué hay de común entre la poesía y la danza

Conversan Trasibulo y Amonio

1. Tras esto se les traía a los chicos pasteles de sésamo por su victoria en la danza. Y fue nombrado juez, junto con Menisco [1002], el paidotriba, mi hermano Lamprias,
B pues bailó la pírrica [1003] de modo convincente y en los movimientos de manos parecía destacar sobre los chicos en la palestra. Y, como muchos bailaran más apasionada que artísticamente, algunos pidieron a los dos mejor con-

[1002] Mencionado aquí solamente.

[1003] Danza militar que bailaban jóvenes con sus armas, considerada como una preparación para la guerra, que en Esparta se bailaba por niños de cinco años. Cf. Plat., *Leyes* 815 y 830C; Aten., 631, y Hel., *Etióp.* III 10, 3.

ceptuados y que se esforzaron por guardar la armonía que ejecutaran el baile movimiento tras movimiento.

Pues bien, Trasibulo preguntó qué quería decir el nombre *phorá* y dio ocasión a Amonio de hablar más detenidamente sobre las partes de la danza.

Dijo que eran tres: movimiento, continente y tema, «pues el baile se compone de desplazamientos y figuras, C como el canto de sonidos e intervalos. Aquí las pausas son los límites de los movimientos. Pues bien, a los movimientos les llaman *phorás,* y *skhémata* a las figuras y disposiciones a las que, finalmente, llevan los movimientos cuando, habiendo formado con su cuerpo la figura de Apolo, Pan o alguna Bacante, se quedan en estas formas como en una pintura; y lo tercero, el tema, no es algo mimético, sino indicativo, en verdad, de lo que subyace, pues del mismo modo que los poetas se sirven de los nombres propios deícticamente cuando nombran a Aquiles, Odiseo, la Tierra y el Cielo, como lo hace la mayoría, en tanto que D para el énfasis y las imitaciones se sirven de onomatopeyas y metáforas, cuando de las corrientes que se rompen dicen que 'murmuran' y 'borbotean' y que los dardos se lanzan 'ansiando saciarse de piel' [1004], y de una lucha equilibrada que 'la refriega tenía cabezas iguales' [1005], y muchas combinaciones de nombres en poesía las forman miméticamente, como Eurípides [1006]:

volando por el sagrado éter de Zeus, el Gorgonocida,

y Píndaro [1007] sobre el caballo:

[1004] HOM., *Il.* XI 574, etc.

[1005] *Il.* XI 72.

[1006] Cf. NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 985 de EURÍPIDES.

[1007] *Olímp.* I 20.

cuando cabe al Alfeo brinca, su cuerpo sin aguijón en
la carrera exhibiendo,

y Homero [1008] en la carrera de carros:

E *y, a su vez, los carros compactos por el bronce y estaño*
tras caballos de rápidas patas corrían,

así en el baile el *skhêma* es algo que imita la forma y aspecto, y, a su vez, la *phorá* algo que expresa un sentimiento o acción o fuerza. Y con la *déixis* muestran en sentido estricto las cosas en sí: la tierra, el cielo, a sí mismos, a los que están cerca; cosa que, por cierto, hecha con determinado orden y cálculo, se parece a los nombres propios de la poesía cuando se ponen con adorno y lisura, como los siguientes:

Y a Temis venerable y a la de ojos vivos Afrodita
y a Hera de áurea corona y a la hermosa Díone [1009],

y

F *de Helén descendieron reyes administradores de justicia*
Doro, Juto y Eolo que combate en carro [1010];

pero si no, se parece a versos demasiados pedestres y con mal metro, como los siguientes:

Y descendieron de éste Heracles y éste Ificlo [1011],

y

de ésta su padre y marido e hijo fueron reyes y sus hermanos
748A *y antepasados. Grecia entera celebra a Olimpíada* [1012].

[1008] *Il.* XXIII 503-504.
[1009] Hes., *Teog.* 16-17.
[1010] Fr. 27 de Rzach.
[1011] Cf. Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, *Adespota,* 400.
[1012] Verso de autor desconocido.

»En tales yerros se incurre también por lo que respecta al baile en las *deíxeis,* si no tienen verosimilitud ni gracia, junto con decoro y sencillez. Y, en general, dijo, el dicho de Simónides sobre la pintura se puede trasladar de ésta al baile, pues en verdad se puede decir que éste es una poesía silenciosa y, a su vez, la poesía un baile hablado, pues no parece que la pintura participe en nada de la poesía ni la poesía de la pintura, ni que en absoluto se sirvan la una de la otra; pero el baile y la poesía tienen entre sí una total comunidad y participación [1013] y, al unirse principalmente en el género de los hiporquemas, ambos realizan una sola función, la imitación mediante figuras y palabras, con que se definen las ideas... y quien goza de mayor B fama en la confección de hiporquemas y ha sido más convincente que nadie muestra que el uno precisa del otro, pues eso de:

A Pelasgo, el caballo o a la perra Amiclea
imita, al girar con tu pie que compite,
cuando persigas el curvado canto,

o a ese que:

sobre la florida llanura Docia
vuela loco por encontrar la muerte
para el cornudo ciervo;

y a la otra:

que doblaba su delicada cabeza sobre su cuello durante
[*todo el camino* [1014].

[1013] Cf. *Mor.* 17F, 58B y 346F.
[1014] Fr. 107 de Snell.

y los que siguen, [***], casi parece dar a los poemas la disposición de la danza y excitar a ambas manos y pies
C y, más aún, arrastrar y estirar todo nuestro cuerpo con su melodía, como por ciertos hilos, porque, mientras éstos se recitan y cantan, no se puede estar en calma. Él mismo, por cierto, no se avergüenza de elogiarse en lo relativo al baile no menos que en la poesía, cuando dice:

Sé mezclar el ligero baile de los pies;
modo cretense lo llaman[1015];

pero ahora nada goza tanto de la mala música como el baile; por ello también ha padecido lo que, temeroso, Íbico dijo:

Temo que lo que he faltado ante los dioses
lo cambie en honra entre los hombres[1016],

D pues éste tomando como compañera una poesía vulgar y desprendiéndose de aquélla celeste, domina los teatros necios e insensatos, habiendo hecho, como un tirano, súbdita suya a casi toda la música, pero entre los hombres que tienen talento y son en verdad divinos ha perdido su estima.»

Esto, más o menos, Socio Seneción, fue lo último de lo que amigablemente se trató entonces en la fiesta de las Musas en casa del buen Amonio.

[1015] Fr. 107 de SNELL, atribuido por este autor a Píndaro.
[1016] Fr. 24 de DIEHL.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

Academia, 612E, 677B, 686B, 717D y 741C.
Acasto, 631B.
Acaya, 631B.
Acesandro, historiador, 675B.
Adonis, 671B, C.
Adrastea, 657E.
Aduladores, Los (obra de Éupolis), 699A.
Afidna, 628D.
Afrodita, 654C, D, 685E, 705E, 740A, B, D, y 747E.
Agamenón, 668D, 678B, 714B, 737B, 741F, 742D y F.
Agamestor, filósofo de la Academia, 621F, 622A.
Agatárquidas de Cnido, historiador, 733B.
Agatón, amigo de Sócrates, 613D, 632B, 645E, F, 686D, 707A y 710B, D.
Agémaco, amigo de Plutarco, 664B, C, D.
Agenorida, 647A.
Agesilao, rey de Esparta, 643B.
Agrionias, 717A.
Alceo, 647E, 698A y 726B.
Alcibíades, 621C, 632B y 710C.
Alcínoo, 617B, 630E y 639C.
Alcmán, 658B.
Alecíadas, 677B.
Alejandría, 678C.
Alejandro (Paris), 741E, 742A y 743B, C.
Alejandro Magno, 623D, E, F, 624A, 648C, 649E, 717C, F, 734B y 737A.
Alejandro, amigo de Plutarco, 635E y 636A.
Alexícrates, pitagórico, 728E.
Alexión, suegro de Plutarco, 701D.
Alfeo, 747D.
Alicia, 657E.
Amiclea, 748B.
Amonio, maestro de Plutarco, 645D, 646A, 648B, 649A, 720C, D, 721D, 722B, D, 736D, 737D, 738A, 740A, 743E, 744B, C, 745D, 746B, 747B y 748D.
Anacarsis, sabio escita, 693A.
Anacreonte, 711D.
Anaxágoras, 644D y 722A, B, C.

Anaxarco de Abdera, 705C y 737A.
Anaximandro, 730E, F.
Andrócides, pintor, 665D y 667C.
Anfias de Tarso, 634C.
Anfictión, 724B.
Anfictiones, 638B.
Anfidamante de Calcis, 675A.
Anqueo, el pleuromio, 639C.
Antágoras, poeta, 668C.
Antálcidas, rey espartano, 713E.
Antesterión, mes ateniense, 655E y 735D.
Antígono I, 633C, D.
Antígono Gonatas, 668C y 676D.
Antíloco, hijo de Néstor, 617E.
Antímaco de Colofón, 683F y 735D.
Antípatro, amigo de Plutarco, 677D.
Antístenes, fundador del cinismo, 613D, 632E y 711C.
Apis, 718B.
Apolo, 657E, 658B, 710D, 717D, 724B, C, 738D, 741A y 747C. Peón y Musegeta, 745A.
Apolodoro de Atenas, 676A.
Apolófanes, gramático, amigo de Plutarco, 684E.
Apolonia, 694C.
Apolónides, táctico, amigo de Plutarco, 650F.
Aqueo, mar, 667E, F.
Aqueronte, 734A.
Aquiles, 617E, 632D, 639C, 660E, 675A, 677C, D, E, F, 678A, B, 679B, 698E, 703F, 724B, 736D, 740A, 742B, C y 747D.
Arato de Solos, 683F.
Arcesilao, filósofo de la Academia, 634A, 668A y 705E.
Ares, 715E.
Argos, 631B y 741A.
Arídices, discípulo de Arcesilao, 634C.
Aristeneto, el niceo, alumno de Plutarco, 656A.
Arístides, político ateniense, 632D.
Aristión, amigo de Plutarco, 657B, D, 692B, E y 696E.
Aristodemo, amigo de Sócrates, 645F y 707A.
Aristodemo de Chipre, amigo de Plutarco, 722E.
Aristófanes, 634D y 710C.
Aristómaca de Eritras, 675B.
Aristómenes, rey de Mesenia, 660F.
Aristón, padre de Platón, 717E.
Aristón, amigo de Plutarco, 612F.
Aristóteles, 612E, 6161D, 627A, B, C, D, 635B, 650A, B, 652A, 656B, C, 659D, 690C, F, 696D, 702B, 704E, 720D, 727F, 733C, 734C, D, E y 735C.
Aristóxeno de Tarento, 704E y 711C.
Arquias, polemarco tebano, 619D.
Arquíloco, 658B.
Arquipo, demagogo ateniense, 633D.
Arquitas, filósofo pitagórico del s. IV a. C., 718E.
Ártemis, 659A y 744A, B.

Ascleplíades de Prusa, médico, 731B.
Asclepio, 624A y 745A.
Asia, 644B.
Asopo, 677A.
Átalo II Filadelfo, 717C.
Atenas, 612E, 628A, 645D, 655E, 673C, 710F, 717D, 720C, 726A, 733B, C y 736C. Ver *Historia de Atenas*.
Atenea, 617B, C, 654F, 716D, 739C, 741A, B y 744A, B.
Atenodoro de Bitinia, 731A.
Atenodoro Cordillo, 634E.
Atrida, 631B.
Atriíto, médico, amigo de Plutarco, 651A, E.
Átropo, 745C.
Aufidio Modesto, amigo de Plutarco, 618F y 632A.
Autobulo, hijo de Plutarco, 666D, 719C y 735C.
Ayante, 679B, 704A, 738A, 739E, F, 740A, F y 741A.

Babilonia, 648C y 649E.
Bacante, 747C.
Bacantes (los), 671F.
Baco, 655A y 671E.
Banquete, obra de Platón, 614C y 710C; de Epicuro, 652A y 653B, C; de Jenofonte, 630A.
Benévola, epíteto de la noche, 714C.
Beocia, 703F.
Bías, 616C.
Boedromión, mes ateniense, 740E y 741B.
Boeto, epicúreo, amigo de Plutarco, 673C, 720E y 721D.
Botella, La (obra de Cratino), 634D.
Bruto, Marco Junio, el «liberador», 694C.
Bubrostis, 694B.
Buen genio, 735E.
Buena divinidad, 655E.

Cabiros, Los (obra de Esquilo), 632F.
Cadmo, 738A, F.
Cafisias, hijo de Teón, 724D.
Calcis, 675A.
Calias, amigo de Sócrates, 613D, 629C y 686D.
Calímaco, polemarco en Maratón, 628E.
Calímaco de Cirene, 677A.
Calíope, 743D y 746C, E.
Calístenes de Olinto, historiador, 623F.
Calístrato, sofista, amigo de Plutarco, 667D, 669E, 704C, E, y 705B.
Candaules, 622E.
Cármides, tío de Platón, 613D.
Carnéades, filósofo de la Academia, 717D.
Carnias, festividad de Cirene, 717D.
Carrera de la Bella, 675E.
Casandro, hijo de Antípatro, 633B.
Casio Longino, 737B, C.
Catón el Viejo, 668B.
Céfiro, 655E.

Cefiso, 640B.
Ceix, 730F.
Celeo, rey de Eleusis, 667D.
César, Augusto, 726A.
Cesernio, yerno de Floro, 702E y 707C.
Cicerón, 631D.
Cíçlope, 622C, 642B, 698F y 729D.
Cielo, 747D.
Cilicia, 733C.
Cimón, general ateniense, 667D.
Cinesias, personaje de una obra de Platón, el cómico, 712A.
Cipris, 655A y 739D.
Cipselo, tirano de Corinto, 724B.
Ciro, el Viejo, 629F, 632C, 633B y 634B.
Ciro, el Joven, 620C.
Citerón, 628F.
Clearco, espartano a las órdenes de Ciro el Joven, 620E.
Cleómenes, médico, amigo de Plutarco, 649F.
Clero, 644D.
Clímene, 665C.
Clinias, pitagórico, 654B.
Clío, 743D y 746C, F.
Clitómaco, atleta, 710D.
Clitomedes, 639C.
Cloto, 745C.
Coliada, 676E.
Conón, general ateniense, 686A.
Consejo, en Atenas, 668A; en Delfos, 674E.
Corinto, 675D.
Coritalia, nodriza de Apolo, 657E.
Coronea, 638B.
Crates, filósofo cínico, 632F.
Cratino, comediógrafo, 634D y 712A.
Cratón, médico, pariente de Plutarco, 613A, C, 620A, B, C, 640C, D, y 669C.
Creonte, cuñado de Edipo, 632D.
Crisipo, filósofo estoico, 626E, F, 732 F y 743D.
Critobulo, amigo de Sócrates, 632B.
Cronida, 742E.
Ctesifonte de Atenas, 668A.

Chipre, 671C y 722E.

Dáulides, 727D.
Delfos, 635A, 675B, 700E, 709A, 724B, 729F y 741A.
Delos, 724A, B.
Deméter, 668F y 745A.
Deméteres, 744B.
Demetrio II, rey de Macedonia, 736F.
Demócrito, 614E, 628B, 643E, 655D, 665F, 682F, 722B, D, 733D, 734F y 735A, C.
Demofontidas, 643A.
Demóstenes, orador ateniense, 668A, 739B y 741D.
Demóstenes de Mitilene, 633A.
Dicearco, discípulo de Aristóteles, 659F y 719A.
Diógenes, el cínico, 623E y 717C.
Diógenes, escuela de, 736D.
Diogeniano de Pérgamo, amigo de Plutarco, 710B, 711B, D, E, 712D, E, 717B, 718B, C, 720A, 731B, 732B, 733D y 734C.

Diomedes, 739A, B.
Dión de Alejandría, filósofo de la Academia, 612E.
Dione, madre de Afrodita, 747E.
Dioniso I, tirano de Siracusa, 717C.
Dioniso de Mélite, amigo de Plutarco, 744F.
Dioniso, 612E, 613A, D, 615A, 636E, 647A, 648E, F, 657B, E, 671B, C, 675D, E, F, 676A, E, 710F, 714C, 715E.
Dioniso; Salvador y Liberador, 613C, 654F, 672B, 680B y 716B. En las Agrionias, 717A, 741A y 745A. Fleo, 683F, 705B y 738B.
Dioniso, apodo de Mitrídates, 624A, B.
Dióxipo, médico hipocrático, 699C.
Dirraquio, 694C.
Disputas, 736E.
Docia, 748B.
Dominantes, Los (obra de Trasímaco), 616D.
Doro, hijo de Helén, 747F.
Doroteo, rétor, amigo de Plutarco, 665A.
Druso, hijo de César Tiberio, 624C.

Eantide, tribu de Atenas, 628A, B, D, E y 629D.
Eantides, 628E, F.
Eco, 711F.
Edepso, 667C.
Edipo, 630E y 632D.
Efebo, amigo de Plutarco, 733C.
Efira, 677B.
Egeón, dios, 677B.
Egina, 741A.
Egipto, 614B, 637B, 717D, 723C y 738E.
Elafebolias, 660D.
Eleusis, 635A.
Élide, 664B.
Elpenor, compañero de Odiseo, 740E.
Embriaguez, Sobre la (obra de Aristóteles), 650A.
Empédocles, 618B, 646D, 649C, D, 663A, 677D, 683B, D, 684A, 685F, 688A, 720E y 745D.
Empédocles, amigo de Plutarco, 728D.
Encanto, 743E.
Eneas, 739C.
Enopo, 639C.
Eólico, tesalio, 675A.
Eolo, 747F.
Epaminondas, 618C, 633E y 680B.
Epicuro, 612E, 635A, 652A, 653B, C, E, 654A, D, 655A, B, C, 720F y 735A.
Epidemias, Las (obra de Atenodoro), 731B.
Er, panfilio, 740B.
Erasístrato de Ceos, médico, 663C, 690A, 698B, D y 699A.
Erato, 746F.
Eratón, músico, amigo de Plutarco, 645D, 646B, 649A, 736E, y 743C.
Eratóstenes, poeta alejandrino, 699A.

Eritras, 675B.
Erixímaco, amigo de Sócrates, 613D.
Erixis, 668C.
Eros, 622C y 711F.
Escila, 665D y 668C.
Escipión, el africano, 659F.
Esfragitidas, ninfas, 628F.
Esopo, 614F y 645B.
Espeusipo, sucesor de Platón en la Academia, 612E.
Esquilo, 615A, 619E, 622E, 625D, 628E, 632F, 640A, y 715E.
Estoa, 710B.
Estratón, comediógrafo, amigo de Plutarco, 673C.
Etruria, 727B.
Eubea, nodriza de Hera, 675F.
Eubea, 667C.
Eudoxo de Cnido, matemático y astrónomo, 718E.
Euforión, poeta, 677A.
Eumelo, 617E.
Eumeo, 704A y 726C.
Éupolis, comediógrafo ateniense, 662D, 699A y 712A.
Eurípides, 612D, 614A, 630B, E, 643F, 644D, 665C, 666C, 699A, 796D, 710E, 713D, 716B, 717C y 747D.
Éustrofo, amigo de Plutarco, 702D y 703D.
Eutelidas, 682B, D.
Euterpe, 743D y 746E.
Eutidemo de Sunio, amigo de Plutarco, 657F, 658A y 700E, F.
Eveno, poeta lírico, 697D.
Evio, 671E.

Faetón, 665C.
Fanocles, poeta elegíaco, 671B.
Favorino, rétor, amigo de Plutarco, 734D, E, F.
Feacia (Nausícaa), 723C.
Fedros, amigo de Sócrates, 613D.
Fénix, 677F.
Filarco, historiador, 680D.
Filino, amigo de Plutarco, 623E, 638E, 639A, 660D, E, F, 661A, 662B, C, 663C, 685D, 727B y 728B.
Filipo, bufón en el banquete de Jenofonte, 629C, 709E y 710C.
Filipo II, rey de Macedonia, 632B, 634C, D, 707B, 715C y 739B.
Filipo V, hijo de Demetrio, 736F.
Filipo de Prusa, filósofo estoico contemporáneo de Plutarco, 710B y 711C.
Filipos, ciudad de Macedonia fundanda por Filipo II, 701C.
Filistión de Locros, médico, 699C.
Filócrates, político ateniense, 668A.
Filoctetes, 674A.
Filolao de Crotona, filósofo pitagórico contemporáneo de Sócrates, 718E.
Filomela, 727E.
Filón, médico, amigo de Plutarco, 640C, D, 660D, E, 661A, B, E, 663C, 687B, 731A y 732A, B.

Filopapo, príncipe sirio contemporáneo de Plutarco, 628A, B.
Filóxeno de Atenas, 668C.
Filóxeno de Citera, poeta ditirámbico, 622C.
Firmo, pariente de Plutarco, 636A, E.
Floro, ver Mestrio Floro.
Fócide, 703F.
Forco, padre de las Sirenas, 745F.
Frínico, autor de tragedias, 615A y 732F.

Gaba, bufón de Augusto, 726A.
Galia, 676C.
Gayo, yerno de Floro, 682E.
Glaucias, rétor, amigo de Plutarco, 628D, 635A, B, 714A, D, 741C y 742D.
Gnatón, parásito de la Comedia Nueva, 707E.
Gobrias, amigo y pariente de Ciro el Viejo, 629E.
Gorgias, el sofista, 715E y 727D.
Gracia, 745D.
Gracias, 613B y 710D.
Grecia, 612E, 667C, 676B, 714B, 723C y 748A.

Hades, 669E, 739F, 740B, E y 745F.
Hagias, amigo de Plutarco, 643A, alumno de Plutarco, 655F.
Harma, monte cercano a File, 679C.
Harmodio, tiranicida ateniense, 628D.
Hàrmonio, padre de Er, 740B.
Harpalo, macedonio, gobernador de Babilonia, 648C.
Harpías, 709A.
Hécate, 708F.
Hecateo de Abdera, 666E.
Héctor, 658B, 698E, 741E y 742C, E, F.
Hefesto, 744A.
Helén, 730E y 747F.
Helena, 614B, C, 741E, F y 742A.
Helesponto, 668F y 730C.
Helicón, 706D.
Hera, 675E, 693B, 736F, 741A y 747E.
Heracles, 639B, 660D, 668A, 676F, 677A, 696E y 736F.
Heraclides, púgil, 624B.
Heraclidita, hipocorístico de Heraclides, 624B.
Heráclito, 644F, 669A y 747F.
Hermes, 654F, 714C y 738E.
Hermias, geómetra, amigo de Plutarco, 737E, 738C, E y 739B.
Hermógenes, amigo de Sócrates, 613D.
Herodes, rétor, amigo de Plutarco, 723B, D, 743C, E y 744A, C.
Heródoto, 636E y 729A.
Hersa, el rocío personificado, 659B.
Hesíodo, 675A, 678F, 692C, 701B, D, E, 703D, 707C, 725D, 730F, 738A, 743C, 744D y 746D.
Hiámpolis, 660D.

Hilas, gramático, amigo de Plutarco, 739E, F, 740A, B y 741A, B.
Hiparco, astrónomo y matemático, 732F.
Hípate, Musa, 745B.
Hipócrates de Cos, 682E y 699C.
Hipsípila, 661E.
Historia de Atenas, 724A.
Homero, 617E, 618D, 627A, E, 639A, B, 642E, 643D, 645A, 658B, 662E, 667A, 668D, 675A, 684F, 692E, F, 697D, 698D, E, 701A, 706F, 710C, 712F, 723C, 724B, 726C, D, F, 730C, 732A, 733E, 735F, 739B, 741D, 745A, D, y 747D.

Íbico, poeta lírico, 722D y 748C.
Ida, nodriza de Zeus, 675E.
Ificlo, hermano de Heracles, 639C y 747F.
Ilíada, 678A, 739A y 741D.
Ilitia, epíteto de Ártemis, 659A.
Ino, 675E.
Ión de Quíos, 658C, 686B y 717B.
Iris, 742C.
Ismenias, flautista, 632C, D.
Isócrates, orador ateniense, 613A.
Istmia, nao capitana de Antígono Gonatas, 676E.
Istmo, 676D.
Italia, 676B.

Jardín, de Epicuro, 635B.
Jenocles de Delfos, epicúreo, amigo de Plutarco, 635A y B.
Jenócrates, filósofo de la Academia, 668C, 677B, 706C y 733A.
Jenófanes, filósofo, 746B.
Jenofonte, 612D, 620E, 629E, 630A, 632A, 653C, 686D y 710C.
Jerónimo, filósofo peripatético, 612E y 626A.
Jonios, Los (obra de Metrodoro), 694A.
Juto, hijo de Helén, 747F.

Lacedemonia, 631F, 639E y 719B.
Lampón, personaje de una obra de Cratino, 712A.
Lamprias, abuelo de Plutarco, 622E, 678E, 680A, 684A, C y 738A.
Lamprias, hermano de Plutarco, 617E, 626A, 635A, C, 643E, 669C, 670E, 671C, 704E, 705B, 706D, 715B, 726E, 740A, B, E, F, 741B, 745A y 747B.
Laomedonte, rey de Troya, 617B.
Láquesis, 644A y 745C.
Leo, constelación, 670C.
León de Bizancio, 633C.
León, padre de Calístrato, amigo de Platurco, 705B.
Leontide, tribu del Ática, 628A y 629A.
Leptis, ciudad de África, 730D.
Lespodias, personaje de una obra de Éupolis, 712A.
Lete, 705B.

Leucio, hijo de Floro, 702F y 704B.
Leuctra, 639F.
Levitas, 671E.
Libia, 631D y 675B; *Sobre Libia* (obra de Acesandro), 675B.
Liceo, 635B.
Licurgo, 719A.
Lisandro, general espartano, 644B.
Lisímaco, uno de los diádocos, 633B.
Lisímaco, intendente de los anfictiones, amigo de Plutarco, 638B y 639A.
Loquia, epíteto de Ártemis, 659A.
Lucanio, sumo sacerdote, amigo de Plutarco, 675L y 676E.
Lucio, pitagórico, contemporáneo de Plutarco, 727B, C, D y 728D, F.

Macedonia, 615E y 701C.
Maratón, 628D, E.
Marción, amigo de Plutarco, 661A y 662B.
Marcos, gramático, amigo de Plutarco, 628B y 740E.
Marsias, sátiro, 713D.
Máximo, rétor, amigo de Plutarco, 739B, C.
Mégara, 675E.
Melantio, poeta trágico, 631D y 633D.
Melicertes, hijo de Ino, 675E y 677A.
Mélite, demos atico, 744F.
Melpómene, 746F.
Memorias, epíteto de las Musas en Quíos, 743D.
Memorias reales, de Alejandro Magno, 632E.
Ménades, 614A.
Menandro, 654D, 666F, 671F, 673B, 706B, D, y 712B, D.
Menecmo, matématico, contemporáneo de Platón, 718E.
Menécrates, de Tesalia, amigo de Plutarco, 639B.
Menéfilo, filósofo peripatético, contemporáneo de Plutarco, 741A, B y 745C.
Menelao, 616C, 617E, 631B, 706F, 741E, F, 742A, C y 743A.
Mene, la luna divinizada, 677A.
Menisco, maestro de danza, asistente a un banquete, 747A.
Menón, escritor de medicina, 733C.
Merágenes, amigo de Plutarco, 671C.
Mese, epíteto de una Musa, 745B.
Mestrio Floro, amigo de Plutarco, 626E, 650A, 651A, C, 652B, 680C, 682A, F, 684E, F, 685A, B, 698E, 702D, E, F, 707C, 708A, 717D, 718F, 719C y 734C.
Metrodoro, historiador y filósofo, 694A.
Mícono, isla del Egeo, 616B.
Milcíades, general ateniense, 628E.
Milón, amigo de Plutarco, 628B.
Misos, Los (tragedia de Agatón), 645E.

Mitrídates, rey del Ponto, 624A.
Moderato, pitagórico, maestro de Leucio, 727B.
Modesto, ver Aufidio Modesto.
Moira(s), 644A, D y 745C.
Momio, cónsul romano, 737A.
Mosquión, médico, amigo de Plutarco, 658A.
Musas, 612E, 613D, 646E, 705E, 706C, D, 717A, 736C, 737D, 738D, 743C, D, E, 744A, B, C, D, E, 745B, C, D, F, 746B, E, y 748D.
Musegeta, epíteto de Apolo, 738E, 743C y 745A.
Museo, 744F.

Nausícaa, 627A, E.
Naxos, 741A.
Neantes de Cícico, historiador, 628B, D.
Neate, epíteto de una musa, 745B.
Necesidad, 745C, D.
Nékuia, 740E, F.
Nemea, 676F y 677B.
Néstor, Nelida, 630D, 631B y 639C.
Néstor, contemporáneo de Plutarco, 730D.
Nicérato de Macedonia, amigo de Plutarco, 677C.
Nicias de Nicópolis, médico, contemporáneo de Plutarco, 698A, D.
Nicias, político ateniense, 724B.
Nicolao de Damasco, 723D.
Nicolaos, nombre dado a ciertos dátiles, 723D.
Nicópolis, 667E y 698A.
Nicóstrato, amigo de Plutarco, 714A, D y 715B.
Nigro, estoico, conciudadano de Plutarco, 692B.
Nilo, 670B, C, 725A, E y 729B.
Ninfas, 613D y 657E.
Níobe, 691D.

Octavio de Libia, contemporáneo de Cicerón, 631D.
Odisea, 739A.
Odiseo, 614C, 627E, 630C, E, 639C, 642B, 677F, 704A, 730C, 740F, 745F y 747D.
Olimpia, 675B.
Olimpíada, madre de Alejandro Magno, 748A.
Olímpico, amigo de Plutarco, 654B, C.
Olvido, 741B.
Onesícrates, médico, amigo de Plutarco, 678C.
Orestes, 613B y 643A.
Osiris, 729B.

Padre de Plutarco, 615E, 616B, 642B, 655E, 656C, 657E y 679A.
Palamedes, 738F.
Pamenes, general tebano, 618D.
Pan, 711F y 747C.
Pantea, heroína de la *Ciropedia* de Jenofonte, 706D.
Paris, 655A, 742A, B.
Parmenonte, imitador, 674B, C.
Pasiadas, contemporáneo de León el Bizantino, 633C.
Patras, 629F.

Patrocleas, pariente de Plutarco, 642C, 681D y 700E.
Patroclo, amigo de Aquiles, 639B, 675A y 677C, D, F.
Paulo Emilio, vencedor en la tercera guerra macedónica, 615E.
Pausanias, amigo de Sócrates, 613D.
Pausanias, amigo de Empédocles, 728E.
Pelasgo, 748B.
Pelias, padre de Acasto, 675A.
Penélope, 706D.
Pérgamo, 710B y 717B.
Pericles, 620C, D.
Perípato, 635A y 734F.
Perro, 699A.
Perséfone, 740E.
Perseo, rey de Macedonia, 615E.
Persuasión, 743E, 745D y 746A, F.
Petreo, amigo de Plutarco, 674F.
Pieria, 646F.
Piérides, 746B.
Piládica, danza, 711E.
Píndaro, 617C, 618B, 623B, 704F, 705F, 706D, 717D, 732E, 745A, 746B y 747D.
Piriflegetonte, 734A.
Pirrón, fundador del escepticismo, 652B.
Pisa, 675C.
Pisístrato, tirano de Atenas, 613E.
Pítaco de Mitilene, 726B.
Pitágoras, 668C, 719A, 720A, 727B y 729A, D.
Pitegia, 655E y 735E.
Pitia, 628F.
Pito, 724D.
Platea, 628E.
Platón, 612D, 614A, C, 620C, 622C, 624D, 634F, 636D, 638A, 645A, B, 654E, 664A, 678D, 684F, 686B, C, D, 697F, 698A, E, 699A, C, D, 700C, 706D, 710B, C, 711D, 712A, 714C, 715A, E, 717A, B, D, E, 718A, B, C, E, 719A, 739A, E, F, 740A, B, C, F, 745B, C, F y 746B, D.
Po, 676C.
Podes, 742D.
Polemión, historiador ateniense, 675B.
Polibio, 659F.
Policarmo, político ateniense, 702E y 726A.
Policleto, escultor, 636C.
Polícrates, tirano de Samos, 741C.
Polícrates, amigo de Plutarco, 667E, 668D, 669F.
Polimatía, epíteto de las Musas, 746E.
Polimmía, musa, 743D y 746E.
Política, obra de Zenón, 653E.
Pompeyo Magno, 717C y 737B.
Ponto, 619B y 680D.
Posidón, 617B, 667E, 668E, 675D, E, F, 676A, F, 685E, 730D, E, 740F y 741A, B.
Praxíteles, geógrafo, contemporáneo de Plutarco, 675E, 723F y 724A.
Príamo, 704A y 742E.
Pritaneo, 675C, 667D y 714B.

Prítanis, filósofo peripatético, 612E.
Procles, historiador, condiscípulo de Jenócrates, 677B.
Prostaterio, mes en Beocia, 655E.
Protágoras de Abdera, 652B y 699A.
Protógenes, gramático, amigo de Plutarco, 698D, 723F, 737E, 738A y 741C.
Prusa, 710A.
Pulición, amigo de Alcibíades, 621C.

Quaestiones convivales, obra de Plutarco, 717A.
Queremoniano de Trales, amigo de Plutarco, 641A y B.
Queronea, 666D, 683B, 710B y 715C.
Quieto, amigo de Plutarco, 632A.
Quíos, 633C y 743D.
Quirón, 647A, 660E, 677F y 717E.

Rodas, 737C.
Roma, 612E, 665B, 668C, 711D y 727B.
Rojo, mar, 733B.

Sabos, 671F.
Safo, 646E y 711D.
Salamina, 717C.
Sambaulas, 632A.
Sarapión, poeta, amigo de Plutarco, 628A.
Sátiro, amigo de Plutarco, 658A.
Sátiro, 711F.
Seneción, ver Sosio.
Sibila, 675A.
Sicilia, 612C, 637B, 641B, 676D y 717C.
Siete contra Tebas, Los (obra de Esquilo), 715E.
Sila, amigo de Plutarco, 636A, 650A, B, F, 727B, D, E, 728C y 729C.
Símaco, amigo de Plutarco, 667E, 668D Y 671C.
Simónides, 644E, 722C, 738F y 748A.
Sirenas, 706D y 745C, D, F.
Siria, 723C y 745F.
Sirio, 658D y 683F.
Sóclaro, amigo de Plutarco, 640B, C, E, 654C, 682A, 694E y 726B.
Sócrates, 613D, 632B, E, 645F, 661F, 662B, 707A, B, 710C, D, 711E, 713C, 717B, E y 719B.
Sófocles, 619A, 623C, 625D, 632D, 640A, 647B, 732D, 741A y 745F.
Sósastro, 660E.
Sosicles de Queronea, poeta, amigo de Plutarco, 618F, 638B, D y 677D.
Sosio Seneción, amigo de Plutarco, 612C, 622C, 623A, 629C, 635E, 636E, 644E, 659F, 666D, 672D, 686A, 697C, 716D, 736C y 748D.
Sóspide, rétor, amigo de Plutarco, 723A, D, F, 724D, 739E, F, 741C y 742B.

Tales, 654B.
Talía, 654F, 745A y 746C, E.

Targelias, 717D.
Targelión, 717B.
Tarso, 634C.
Telamonida, 679B.
Telamonio, 629A y 740A.
Telémaco, 704A.
Temis, 747E.
Temístocles, estoico, amigo de Plutarco, 626E, F.
Teócrito de Quíos, 631E y 633C.
Teódectes, 705C.
Teodoro, amigo de Alcibíades, 621C.
Teodoro, actor trágico, 737B.
Teofrasto, 623A, F, 631E, 633B, 648C, 676A, 679A, 683D, 700D y 716A.
Teón, gramático, amigo de Plutarco, 620A, B, 621B, 626E, 627A, D, 667A, 724D, 726A, C y 728F.
Termas, en Edepso de Eubea, 667C.
Termópilas, 734D.
Tereo, 727D.
Terpsícore, 654F y 746F.
Teseo, 724A.
Tesmotetio, 613B y 714B.
Tesoros de Delfos, Sobre los (obra de Polemón), 675B.
Tetis, 617C.
Tiberio, César, 624C.
Tideo, 739C.
Tierra, 747D.
Tigranes, contemporáneo de Ciro el Mayor, 634B, E.
Timeo, obra de Platón, 720A.
Timeo, historiador, 676D y 717C.
Timoleón, 676D.
Timón, 733C.
Timón, hermano de Plutarco, 615C, E, 617A, C y 639B.
Timoteo, poeta ditirámbico, 659A.
Timoteo, hijo de Conón, 686A, B.
Tindáreo, huevo, 637B.
Tíndares, amigo de Plutarco, 717E, 718C, 719B, C y 728E.
Tiresias, 740E.
Tolomeo II Filadelfo, 736F.
Tópicos, Los (obra de Aristóteles), 616D y 724D.
Trabajos y Días, de Hesíodo, 736D.
Trales, 641B.
Trasibulo, político y general ateniense, 741B.
Trasibulo, amigo de Plutarco, 747B.
Trasilo, hijo de Amonio, 722D, E.
Trasímaco, sofista y rétor, 616E.
Trifón, médico, amigo de Plutarco, 646A, F, 648B, D, F, 649A, 683C y 744F.
Troya, 714B.
Tucídides, 733B.

Yocasta, 674A.

Zenón, fundador del estoicismo, 653E.
Zenón, médico, amigo de Plutarco, 669C.
Zeus, 613F, 616A, 617C, 619A, 657E, 659B, 663C, 665D, F, 667E, 668D, 669C, 670D, E,

679D, 682B, 684E, 685C, 687C, 692D, 693A, 703C, 704C, 722D, 726D, 728E, 736F, 741A, C, 742C, E, 743B, C, E, 746B y 747D.

Zoilo de Anfípolis, filósofo cínico, 677F.

Zopirión, gramático, amigo de Plutarco, 738F y 739B.

Zopiro, médico epicúreo, amigo de Plutarco, 653C, E y 654B.

Zoroastro, 670D.

ÍNDICE DE MATERIAS

abderita, 705D.
abejas, 640C y 673E.
abeto, 640B ss., 648E y 662D.
abrazo y cohesión, 697B.
acalefo, 670D.
acebuche, 662E.
aceite, 640C, 641C, 651E, F, 652B, 661C, 663C, 687A, 693B, 695E, F, 696C, D, 701D, E, 702A, B, D, E, 726E y 734E.
aceitunas, 664A y 687D.
acémilas, 634B y 695B, E.
acertijos y adivinanzas, 673B y 717A.
achispados, 656B ss.
acordes musicales, 634D y 657B.
actores, 621C, 623B, 674D, 710F y 736B.
adiantos, 614B y 649C.
adivinos, 624B.
adobo, 644B.
adormidera, 648A.
adúlteros, 655A.
aedos, 618F.
agnocasto, 641D y 693F.
agonoteta, 724A.
ágora, 616D, 622B, 632C y 713F.
agoránomos, 658E.
agricultura, 619A, 681F, 700E y 745E.
agua, 627B ss., 649C, 650D, 653A, 663C, 664D, 685B, 686E, 690B ss., 691A, 692D, 719E, 721E y 731D; corrupción, 725D ss; en los baños, 734B; de mar, 729B; mezclada con vino, 620F; pantanosa, 725B, D; de sierra, 725D; del Nilo, 725A ss. y 729C.
águila, 680E.
aire, 625D, 626B, 633F, 659E, 660F, 664B, 686E, 696B, 719E, 720F y 729C; en el enfriamiento del agua, 690D ss. y 691A; en la corrupción del vino, 702A ss.; en las condiciones acústicas, 721E ss.; en los baños, 734B; otoñal, 734E ss.
ajedrea, 662E.
ajo, 641C.
aladierna, 662E.
álamo, 662E.
albahaca, 641C.

alcaparra, 668A y 687D.
alcornoque, 662E.
alejandrinos, 624B.
algas, 641E ss.
alheña, 647D.
alimentación, variada y simple, 660D ss.; alimentos terrestres y marinos, 667E y 668E; alimentos vegetales, 660F y 663C; alimentos minerales, 663C; alimentos salados, 687D; alimentos picantes, 669A y 668B; alimentos líquidos, 699F; residuos alimenticios, 651A, 687A, 688B, 689F y 699F; en relación con las enfermedades, 733E ss. y 734C; abstinencia de pescado, 730B, ss.; ayuno, 626F, 686E ss.; ayuno entre los judíos, 671D; aperitivos, 687D, 688B y 734A; apetito, 653A ss., 663E, 668E, 687B ss. y 794B.
aliso, 648A.
alma, en Platón, 718D, 740B ss. y 745E ss.; enfermedades, 731B ss.; en el sueño, 735B; almas homéricas, 740E ss.; placeres del alma, 672E.
almendras, 642C ss.
áloe, 693C.
ama de casa, 613A.
amatista, planta y piedra, 647B.
ámbar, 641C.
ambrosía, 693B.
amistad, 617A, 659F, 660A y 743E.
amor, 618D, 619A, 622D, 631A, 633E, 634A, 653B ss., 655A, 681C, 691C, 719A y 746F; efectos, 622C ss.; excitación, 654B y 681B; en la Comedia Nueva, 712C; regalos de enamorados, 623A.
amuletos, 682A.
analgésicos, 614C y 624E.
andrios, 714B.
anfibios, 636E.
anfipolita, 677F.
ánforas, 697B.
anguilas, 637E y F.
anillos, 672C.
animales, 639F, 713B y 729E; marinos, 729D ss.; alados, acuáticos y terrestres, 636E, 667C y 685F; omnívoros, 662F; carroñeros, 733B; ovíparos y vivíparos, 637C; bípedos, 636E; nictófagos, 626D; en cautividad, 661B.
antipatías, 641B.
aojo, 680C.
apareamiento, 637C.
apio, 675D, 676C ss., 677A ss., 678A y 700F.
apodos, 624A y 707F.
apotropaicos, 709A.
aqueos, 630C y 741E.
arado, 670A.
arcilla, 638C, 656E y 676B.
arco iris, 664E.
arena, 689F y 732E.
argivos, 671E.
aritmética, 719B y 738D, E; multiplicación, división, 744A ss.
arpistas, 634D, 643B, 644C y 710E.
arqueros, 724C.
arquitectos, 618A.

arte, 665D y 673E ss.
arterias, 636B.
asfódelo, 662E.
asirios, 622A.
astrología, 630B.
astronomía, 744F; armonía de las esferas, 746A.
astros, 729B.
atenienses, 620D, 703C, 714A, 715C, 724B ss. 726A, 735E y 740F.
atletas, 654C.
átomos, 636A, 655B y 722A; en el vino, 652A ss.; en el aire, 720F ss.; en el cuerpo, 734B.
atracón, 655B.
auriga, 619D.
avena, 689F.
aves, 637F, 665D, 667C, 680E y 699D.
azafrán, 647D, 693C y 713E.
azufre, 665D.

babilonios, 724E.
bacanal, 624C y 671E.
bailarines, 621C y 715D.
balnearios, 658E.
banquete, 613A ss., 615A ss., 616D ss., 617A, F, 618C, 619D, 620A, 621A ss., 622B, 629C ss., 644A, 708D y 713E ss.; brindis, 616B, E, 617A, 644D y 726E; bromas y chanzas, 613A ss., 614A, 621B ss., 622B, 629E ss., 631C ss., 632A, E, 633A, 634E, 678D, 710D, 712A y 716E, F; mandatos y multas, 621 E, F; preguntas en los banquetes, 629F ss. y 633E; temas convivales, 614B y 621B; reunión convival, 615A; desorden, 618C; simposiarquía, 620A ss., 621A y 679B; cenas en Homero, 643D; de sátrapas y costosas, 616A, F y 686A; de Paulo Emilio, 615F.
baños, 652E, 662B, 690C, 693B, 707E y 734A ss.
barcos, 676A.
barberías, 679A y 716A.
batallas nocturnas, 722E.
beleño, 621E y 649B.
beocios, 703F, 705A, 735E y 738A.
berzo, 662E.
besamelas, 644B y 664A.
bilis, 684D, 692F y 711C.
bocado, de caballo, 641F.
bodas, 666D ss., 679D y 736F.
borujo, 702A.
borrachera, 645A, 647D, 648F, 652E ss., 656A, 657A, C y 678B; vicios de la borrachera, 614B; alenias, 661D; efectos de la borrachera, 715C, D; propiedades, 652F; achispados, 712B; bebedores de mala fama, 726B.
bronce, 658A, 659C, D, 665F, 672A, 674A, 691A, 692F, 695B, 698E, 721C y 747E.
buey, 668C, 700C, D y 738A.
bufones, 629C, 709F, 710C y 726A.
buglosas, 614B.
búhos, 705A.
buitre, 670A.

bulimia, 693F y 694A ss.; etimología, 695A.
burbujas, 649C.
burro, 670E, 676D, 694D y 739F.

caballo, 623A, 630D, 639E ss., 642A, 678A, 679B, 694D y 747D; caballos *lycospádes,* 641F ss.; potros, 642A.
cabeza, 624D.
cabras, 648A, 662D y 700D.
cadmeos, 683F.
caldos, 664A.
calor, 627E, 648F, 649C, 651E, 652E, 664D, 683D, 688A, 725B, 732D y 735E ss.; calor corporal, 623E ss., 635C, 686E, 687A, 689D, 694F, 695D ss. y 715E; en la mujer, 651A ss.; en el hombre, 651F; en la hiedra, 648C, E; en el vino, 652A y 701F; en la tierra, 676A; en la putrefacción, 658D; en la transmisión del sonido, 721D; dilatación, 721A.
calostro, 700D.
calvicie, 633D, 634D y 652F.
campamento, griego, 643D; romano, 619F y 678D.
canas, 652F.
canela, 623F y 693C.
canto, 622A, 643B, 645A, 645F, 706D, 724B, 741B y 746D.
cañaheja, 612D y 714E.
caos, 678F.
capacidad de inventiva, 656B, 682B, 694D, 719F y 723E ss.
caracolas, 713B.
caracoles, 664C.
carbón, 693A.
carcaj, 624B.
carcoma, 636D.
cardiopatía, 695B.
cardos, 621E y 663D.
cargadores, 660B y 708C.
carnero, 641C.
carniceros, 643A.
carpinteros, 659A.
carraca, 714E.
carrasca, 662D.
carraspera, 698C.
carrera, 638C ss.; de mulas, 675C; de caballos, 679B; de carros, 747E.
cartagineses, 676D y 727B.
cáscara, 684A y 735D.
caza, 619A, 631A, 633A, 642D, 658A, 700E y 743F.
cebada, 635D, 663D, 698B, 699B y 733C; vino de cebada, 648E.
cebollas, 664A, 669B y 710C.
ceniza, 614D, 627B, 684C, 687A, 689F, 696E, 697A y 727C.
cera, 621B y 745E.
cerdo, 669E ss., 670A ss., 671A, 674B, C, 685C, 692C y 716E.
cerebro, 635E y 647E ss.
ceroma, 638C.
cerusa, 691B.
ciato, 620E.
ciceón, 698B.
cicuta, 653A, B.
ciervos, 658A, 700D, F y 704F.
cigarras, 637B, 660F y 727E.
cigüeña, 727F.
ciprés, 618A, 640C, F y 648E.
cirenaicos, 717D.

cítara y citaristas, 616A, 633A, 671E, 674D, 712F, 713C, D, 715D y 724B.
citigo, 662E.
ciudad, 661C, 723F, 730A y 731B; en Platón, 678D.
cizaña, 658E y 732B.
clámide, 620C.
clavelinas, 723C.
cobre, 659C y 665B.
cocineros, 616A, 642D, 661E, 696E, 705F y 708D.
cocodrilo, 636E, 670A y 703A.
comadreja, 730B.
comedia, 613A, 615D, 665E, 673B, C, 676C y 739F; en los banquetes: antigua, 711F y 712A ss.; nueva, 712B.
comediógrafos, 634D, 666E y 673C.
comerciantes, 710D.
comino, 632C y 700F.
comistrajos, 661E.
cómitres, 678D.
concubinas, 613A y 655A.
condimentos, 635C.
conejo, 730A.
congio, 643A.
congrios, 668D.
cónsul, 619C ss.
contravenenos, 660F y 663C.
conversaciones, de mesa, 612E; de plaza y tiendas, 615A; de política en la bebida, 710D y 714A, D.
copas: tericlea, 619E; de Alejandro Magno, 624A; cratera, 615A, 643B, 677C, 679D y 726F.
corazón, 635E, 647F, 652C y 670C.
corego, 710F.
corifeo, 678D y 710F.
corintios, 676D, 724B y 737A.
corneja, 662F y 674B.
coro, 628A, B, 630E y 678E.
coronas, en banquetes, 616A, 642F, 644C, 645D ss., 648F, 654E, 674F y 723B; vendedoras, 646E.
cótabo, 654C.
cotila, 620E.
coturnos, 672A.
cremas, 624E.
cretenses, 714B, 724C y 748C.
cuentos, 673F.
cuero, 642E.
cuervo, 662F y 740A.
culebra, 727F.

charlas de banquete, 629D.
chorlito, 681C ss.

danza, 614D, 654E, 705A, 732F y 746D; de Pílades: 711E; pírrica, 747B; paso batilio y cordax, 711E ss.; danza y poesía, 747E y 748A ss.; partes, 747A, B.
dardos, 631E y 681F.
dátiles, 648E y 723A ss.
deglución, 698C, D y 699B, C.
delfín, 704F.
delfios, 724C, 744C y 745B, C.
delirio báquico, 623C.
densidad, del mar; 627C; del aceite, 702B; de la miel, 701F.
desmayo, 695A.

desvanecimiento, 695A.
dialéctica, 613D, 630B y 657C.
diálogos platónicos, 711C, D.
días, 672C.
dieta, 660F, 662F, 663D, 668F, 669C, 677F y 734C.
digestión, 637D, 645A, 661B, D, 663A, 669B y 699B.
dionisíacas, 671E.
dios, en Platón, 718A y 719A; demiurgo, 720B, C; en Epicuro, 655D.
dispepsia, 661E.
diversiones, 674E y 711A ss.
divinidades ctónicas, 647B; femeninas, 718B; divinización de cosas útiles, 685B.
dolor, 623A y 662B.
dominante, argumento, 615A.
dorada, 668A.
drogas, de perfumería, 661C; mortales, 691B; somníferos, 656F.
dulzor, 628D y 648C ss.

eclipses, 741B.
eco, 721B ss.
efebos, 736D.
efesias, letras, 706E.
efluvios, de los cuerpos, 680F, de las flores, 647C.
egeos, 682F.
egipcios, 670A ss., 685A, D. 703A, 718B, 729A, D y 730D.
eléboro, 627D, 656F y 693A.
elefante, 641B.
elegías, 628E.
elementos, los cuatro, 719E y 721E.
elogios, 623E.
embarazo, 635F, 647B y 718B.
emociones, 647F.
encéfalo, 647E y 733E.
encina, 640B y 703C.
encomio, 622F, 723B y 743D.
endecha, 657A.
endemoniados, 706E.
enfermedades, 632A, 635C, 662C, 681D, 710F y 732D ss.; ambliopía, 732C; ceguera, 732C; cólera, 732C; contagiosas, 662E y 680E, F; hepáticas, 733C; hidrofobia, 731B y 732A; elefantiasis, 731A ss.; envidia como causa de dolencia, 681E ss.; nuevas, 731A ss.; pulmonares, 699E ss.; por hartazgo, 663F; provocadas por el otoño, 736A; que afectan al cuerpo y alma, 681D ss.; que afectan al alma, 731C; peste, 733B, D; piedras en el vientre, 700A; rabia, 732A; oftalmia, 633C, 681D y 705C; tumores, 664F; úlceras, 641D; en los caballos, 678A.
enigmas, 673B y 717A y 745D.
ensueños, 717E.
entierros, 630F y 651B.
entumecimientos, 658F.
envidia, 681E ss.
eolios, 694A ss.
epiglotis, 698C y 699C ss.
epigramas, 676E.
epílogos, en la oratoria, 623B.
epinicios, 628A.
epítetos, 683E y 695E.
era, 659A y 701C.

eringe, 700D.
erizo, 670D; de mar, 733F.
erudición, 628C, 645C, 709B, 715B y 737D.
escanciadores, 620F y 712A.
escarabajo, 670A y 710E.
escarcha, 732C.
escaro, 730B.
esclavos, 615D, 618D, 657E, 660B, 677E, 678F, 680E, 690B, 693F, 702E, 703D, E y 712E.
escolio, 615A ss.
escote, en los banquetes, 664D, 682A y 741B.
escorpión, 633B.
escribas, 625D.
escualos, 730E.
escuelas, 675A, 736D y 737E.
escultura, 636C, 674A y 712E.
esferas, en Platón, 745C ss.
esfinge, 640C.
esmirneos, 694A.
espárragos, 663D.
espartanos, 639F y 714B.
espectáculos, 662A, 673B y 678E.
espejos, 682E.
esperma, 637A, D, 647B, 651C, 652D, 654A, 681F y 718A; en la mujer: 651D.
espuma, del Mar, 627E.
establos, 648A.
estadios, 705B.
estaño, 747E.
estatuas, 622F.
estómago, 635C, 652C y 656B; afecciones: 695A; funciones: 698A ss. y 700A.
estudios, 631A y 673A.
éter, 740C y 747D.
etimología, de anciano, 650D; de bulimia, 694B ss.; griega y latina de desayuno, comida y cena, 725C ss.; de escolio, 615B ss.; de *hypérphloia,* 683B ss.; de lucha, 638E; de náuseas, 694B; de nogal, 647B; del número 20, 740C; de nutrición, 688A; de otoño, 735E; de palma, 723B ss.; de peces, 720E; de rosa, 648A; de Sirena, 745F; de vino, 714E ss.; de *Zorós,* 677C ss.
etíopes, 691E.
etrusco, 727B, C y 729A.
eubeos, 676B.
eufemismo, 632D.
evacuación, 635B y 687F.
evohé, 671C.
eyaculación, 652D.
exaltación, 623A.
exantemas, sarnosos, 671A.

falange, 618D y 680B.
fantasmas, 683B.
faringe, 698F.
fármacos, 643C, 653A, 658D, 659C, 668C y 669C; amargos, 624E; alexi-fármacos, 660F y 663C; somníferos, 652C; el vino como fármaco, 655E. Ver: cerusa, cicuta, mandrágora y meconio.
feacios, 730C.
fenicios, 738A.
fermentación, de la harina, 659B.
fiditios, 714B.
fiebres, 656E, 661B, 663A, 687C, 688C, E, 691E y 713D.

fieras, 703E.
filosofía, 612F ss., 655F, 680D, 713D y 716D; platónica, 698B, 718B ss., 720B ss. y 734B; atlética, 724E; géneros filosóficos: lógica, ética y física, 744D.
filósofos, 612D, F, 614F, 622A, 634B, 662D y 665A; antiguos, 666E; cirenaicos, 674A y 705B; epicúreros, 655C, 662D, 672E, 673C, 674A y 720F; estoicos, 685C, 692B y 720B; *elpistikoí*, 668E; peripatéticos, 708E y 723D; pitagóricos, 635E, 654B, 665B, 670D y 728C ss.
flautas, 629D, 632C, 638C, 654F, 657A, 667A, 674D ss., 704D, F, 706A ss.; 710A ss. y 712F ss.
flores, 626B, 646B ss. 647D y 661F; en las coronas, 654C, F; propiedades antialcohólicas, 647D.
flujos, 652C.
foca, 700D; su piel, 664C y 684C.
forastero, en los banquetes, 615D, 645A, 678F, 690B ss., 691C y 708A ss.
foro, 631A, 659F y 660A.
fratría, 618D.
fresno, 632C, 662E y 698E.
frío, 691B, 701A, 732D y 735F ss.
frutos, 635B ss., 668A y 734E ss.
fuego, 618B, 619A, 624B, 633F, 652C, F, 656E, 658D, 664D ss., 685C, D, 686E, 696B, 697D, 702E ss., 703A, 712B, 719E, 721E y 734A.
fuentes, egipcias, 670D.
funerales, 675A.

gachas, 663D y 734B.
gálatas, 734B.
galios, 709E.
gallina, 635D ss., 674B, 700D, 727D y 730A.
gallo, 619A, 623A, 636E, 654F, 670D, 692C y 696E.
garganta, 698E.
garguero, 698E.
gato, 670A.
gatuña, 621E.
generación, según Platón, 718A.
geografía, 630C.
geometría, 720F, 736D y 744F; en la filosofía platónica, 718C, E; geometría, justicia y ley, 718F ss.; forma, figura, líneas, superficies, volúmenes, 719D; cilindro y esfera, 682D; cono, 640C; cubos y pirámides, 719E; icosaedro y octaedro, 719E; teoremas de la semejanza y de Pitágoras, 720A.
germanos, 691D.
gigantomaquia, 731F.
gimnasia, 631A y 710D; gimnasiarco, 632F; gimnasio, 622B.
gineceo, 654E y 683D.
glotonería, 643E, 667F, 668C, 692C, 706B y 730A ss.
golondrina, 727A ss.
golosinas, 644B, 660B, 664A y 686D.
grajos, 619A.
granadas, 653A, 683D y 723C.
granados, 640B.

granizo, 700E y 732C.
grasas, 627C, 648E y 661B.
griegos, 617A, 619B, 620D, 672C, 675F, 685A, 693A, 724E y 730C.
grulla, 614E, F.
guardianes, en Platón, 620C.
guijarros, 690E y 691A.
gusanos, 636D y 733B.
gusto, 705D y 796A.

habas, 634C, 635E, 663F, 684E, F, 701D, 729A y 734F.
hálito vital, del hombre, 663A, 666A, 681A, 689D, 695A y 729C; del lobo, 642C; del fuego, 703B; de la higuera, 696E y 697B; de la nieve, 691F y 695B; del trueno, 666C.
hambre, 680B, 686E, 687B ss., 688F ss., 690A y 695A.
harina, 659B, 673E, 698B, 699B y 730C.
haya, 662E.
hebreos, 671C.
hecatombe, 668C.
hecatonfonias, 660F.
heces, 692D, E y 702A.
hechicera, 657D.
hechizos, 681D.
hemorragia, 624E.
heracleotas, 619B.
heridas, 624E y 625B; producidas por bronce o hierro, 659D.
heteras, 668A, 706B y 712C.
hidromiel, 672B y 733E.
hielo, 695B.
hiena, su piel, 664C y 684C.
hierbabuena, 732B.
hierro, 619A, 622D, 625C, 641C, 642D, 659D, 660C, 665F, 690F, 691A, 693A, 721F y 734A.
hígado, 683E y 684D; en la musaraña, 670C; afecciones hepáticas, 733C.
higos, 660E, 668A y 684B, D; pasos: 694D y 695A y D.
higuera, 640B, 664C, 671C, 683C, 684B, 696E, 700F y 703C; características y propiedades, 684B ss.; poder tranquilizante sobre los toros, 641C y 696F.
himeneo, 654F y 667A.
hipo, 648A.
hiporquema, 748B.
historia, 614B, 628B, 675E, 723D, 724B y 743D.
huevo, 635E ss. y 637A, D.
humores, 647E.

ibis, 670C y 738E.
icosaedros, 719E.
ictericia, 681C, D.
idea, en la filosofía platónica, 720B, C.
imágenes, 672E, 682F y 735A, B.
imaginación, en los achispados, 656C; en el acto sexual y el erotismo, 654C y 681E; en el arte, 674B.
imán, 641C.
imitaciones, 673C.
incienso, 622E, 623D, F y 715E.
indigestión, 654B y 661B, E.
infantería, 624B.
inflamaciones musculares, 733B.

infusiones, 614B.
injertos, de plantas, 640B ss.
instrumento, de cuerda, 613E.
intestino, 699F.
invitados, 615D, 616B y 619C, D; «sombras», 706E ss.
ironía, 631C y 632E.

jabalí, 657F, 658A, 671B y 700F.
jara, 662E.
jardineros, 684D.
jardines, de Babilonia, 648D.
joroba, 633D.
judíos, 669D ss., 670D, 671C y 672C.
juegos: píticos, 638B, 674D, 675C, 717D y 724A; Ístmicos, 675B ss., 676C, D y 723A; Nemeos, 677B; Olímpicos, 639A y 675B, C; palestra, 622B, 638C ss., 640A y 747B; pugilato, 624B, 638C ss. y 724B; pancracio, 638C; lucha, 614D, 619A, 638B ss., 660B, 675D y 717D; pentatlón, 675C y 738A; lanzamiento de disco, 724B; Infantiles, 673F y 741C; juego del *pettós,* 708F.
juicio, 655A.

lacedemonios, 620C, 644B, 697E, 710F, 713E, 723C, 724B y 728E.
ladrones, 631F.
lagartos, 636E.
lamentos, 623B.
lámparas, 627C, 641C, 665B, 702D y 734E.
lana, 626F, 642C y 646F; mordiente, 688F.
langosta, 636E y 637B.
larvas, 636D.
lascivia, 668A.
látigos, 634C.
laurel, 645D, 646D, 648E, 665D, 676E, 723E y 735E.
lavado, 627A.
leche, 637C, 640F, 652B, 660F, 695E, 696A y 697A.
lechos, 619C ss. y 629C.
lechuga, 672C.
legumbres, 614E, 635D, 668B y 701A.
lentiscos, 640B y 662E.
leñadores, 726D.
león, 670C y 739F.
lepra, 670F y 671A.
levitas, 671E.
libertinaje, 705C.
liebre, 670E.
limón, 733F.
lingüística: letras, 773D, E y 738E, F; número de letras y proporciones, 738C; consonantes, semiconsonantes y vocales, 613E, 737E y 738A, B, C; barbarismo y solecismo, 731E; aumentativos, 677E; comparativos, 677D; partes de la oración, 731E; eufemismos, 632D; metáfora, 692C, 700C y 747D; onomatopeya, 647D; sonidos vocálicos y consonánticos, 738B, C.
lira, 615B, 629D, 638C, 657B, D, 706D, 710C, D, 732E, 736E y 743C.

lobos, 642A ss. y 703A.
locro, 699C.
locura, 693B y 704E.
lubina, 730B.
luna, 657F, 658B ss., 659A ss., 718B, 731F y 746A.
lujo, 666E, 668C, 679B y 709C.
luz, 625E, F, 626A, D y 685B.

lluvia, 664C, 732C y 733D.

madroño, 662E.
magnesios, 647A.
magos, 670D y 706E.
magulladuras, 659E.
mandrágora, 652C.
manjares, 629C, 635C, 660B, 661F, 667F, 668B, C, E, 669A, B, 686D, 704E, 706A, 708C, D, 716E, 723D, 729A, 730C y 733E.
mántica, 716B.
manzanas, 648E, 653A, 683B, D, E, F, 684A, 694D, 695F, 723C y 737A.
manzano, 640B y 683B, C.
máquinas, en la comedia: 665E; en la tragedia: 724D.
mar, 627A ss., 641B, E, 667C, E, 685F, 691A, 729A ss. y 731C.
marineros, 630C, 669B, 725A y 729C.
mariposa, 636C.
mármol, 660C.
martillos, 654F.
masajes, 652E y 662A.
mástil, 664C.
matemáticas, 718E y 719A; combinaciones de proporciones y sílabas, 732F y 733A, B; géneros matemáticos, 744D; proporciones en las letras, 738D; duplicación del cubo, 718E.
materia, en la filosofía platónica, 718A y 719C, D; organización, 719E y 720B.
matrimonio, 654B.
matriz, 637C.
meconio, 652C.
medicina, 646F, 668C y 732B.
medos, 703F y 717C.
megarenses, 675E, 682F y 730D.
membranas, 684A.
menstruación, 650B, C y 651B ss.
menta, 732B.
miel, 628C, 652B, 653A, 656A, 672B, C, 673E, 692F, 695E, 696C, 701D, E, 709E, 725B y 726E.
migádes, 680E.
mimos, 673B, 706D y 712E.
minas, de cobre, 659C.
mirra, 654E y 708C.
mirto, 615B, 640B, 649C, 723E y 735E.
misterios, 615A, 621C, 635A, 671D y 717A.
mitógrafos, 731F.
mitos, en Homero, 745D; en Platón, 614D y 740B.
mitra, 672A.
moho, 693D.
monarquía, 619C.
monedas, de cobre, 665B; dracmas, 670C; talento, 633B, D.
moreras, 640B.
moscas, 728A y 730B.

mosquitos, 663D.
mosto, 735E.
mujeres, constitución, 655F ss., bellas, 685e; adornos, 693B, C; en bodas, 667B.
mújoles, 730B.
mundos exteriores, 733D ss.
musarañas, 670A, B.
musgo, 640F y 701C.
música, 613A, 620F, 622D, 623A, 625C, 661D, 662A, 666A, 668C, 674E, 704C ss., 705A, 706A, C, 710E, 732E, 736D, 744F, 746D, 748D: en Teofrasto, 623A; escolios, 615B; Peán, 615B, 623D, 713A y 743C; tono, 623A y 625B; escala cromática, 645E; himnos, 654D, 662D y 724E; géneros musicales y notas, 634D y 744C; armonía, 744D.

nafta, 681C.
nao capitana de Antígono, 676D.
narciso, 647B.
nariz, 633B y 645E.
natalicios, 679D; de Sócrates y Platón, 717B; de Eurípides y Dionisio, 717C; de Apolo, 717D; de Píndaro, Carnéades y Pompeyo Magno, 717D.
naturaleza, orden y fines, 616A, 646C, 687E y 732E.
náuseas, 634B, 694B.
navegación, 621D y 703B.
navieros, 618B, 664C y 707C.
nieve, 648C, 649C, 652C, 653A, 690C, 691C, 692A, 694C, 695B y 725B.
ninfas, 628F.
nitro, 697B.
nogal, 647B.
nodrizas, 657E, 658E, 662B, 672B, F y 691D.
nubes, 664D, E.
nuevo rico, 634C y 708C.
nutrición, 688A.

octaedro, 719F.
odas, 622F.
odres, 649F.
oído, 625B, D, 645F, 666C, 670F, 703C, 704F, 705E, 706C, 720E y 721B.
ojos, 625D, 626C, 633C, 645E, 659C, 670F, 687E, 705D, 706C, 714D y 720E; niña, 626C; párpados, 659C; pérdida, 633C; mirada aojadora, 680C y 682B.
olfato, 625B, 647F, 696E, 705D y 706B; olor; 623E y 625B; olor de las flores, 626B; olores fuertes, 695A; fragancia, 623F; de nariz y boca, 633C.
olivo, 640B, 648E, 658D, E, 683C, 703C, 723E y 735E.
oráculos, 623C y 729F.
oratoria, 613B y 679C.
orejeras, de Jenócrates, 706C.
órficos, 635E.
orgías, 636E y 671F.
orín, en los fármacos, 659C.
orina, 733C.
oro, 622F, 658D, 665F, 668A, 672A, 675B, 693B, 716E, 721C y 739D; oríficos, 658D.
oruga, 636C.

orujo, 702B.
ostras, 733F.
otoño, 635B y 683D.
ovejas, 642B ss., 648A, 666C y 704A.

pábilos, 641D.
paja, 691C ss.
pájaros, 666C y 718A.
paladar, 625B.
palanca, 662C.
palmas, 723A, B.
palmera, 723C, E, F, 724A ss. y 735E.
pan, 629C, 643B, 660D, 668F, 673E, 678F, 684F, 693D, 694D y 695A; candeal, 635D; mezclado con miel contra la borrachera, 656A.
pantomima, 711F.
parábasis, en la comedia, 712A.
parásitos, 632B, 633B y 707E.
parodia, 673B.
parto, 658F y 718B.
pasteles, 644B, 707B, 708C y 747B.
pastores, 666C.
pecas, 624D.
peces, 665D, 667F, 668A, C, 669C, 706B, 728C, D, 729A y 730A, B; orza de pescado, 668C.
pena, 623A y 731C.
pene, 637C.
pepino, 628C, D y 733F.
peras, 640B.
percepción, 626C, E; en Demócrito, 735A.
perdiz, 727D.
perfume, 616A, 645F ss., 662A, 704E, 705F, 707E, 708C, 710E y 713C.
perros, 631A, 665D, 680B, 681E, F, 685D, 703A, 732A y 734B.
persas, 613A, 619B, 620C, 629E, 703E y 714A, D.
personajes, de la comedia, 615D.
personas de gusto, educadas y eruditas, 614C, 623B, 629D, 630C, 634F, 635F, 672E, 686C, 690C, 697E y 723B.
personas incultas, 613E, 673A, 697D, E, 706D, 710D, 711C, 712E, F y 716A, D.
pesca, 730A, C, D.
pescadores, 631D, 668A, D y 706B.
pez, 648F y 676A ss.
picores, 688B.
piel, en la mujer, 651E; en los animales, 642E y 646E; de focas, 664C y 684C; de hiena, 664C y 684C; de ciervo, 672A; en los frutos, 684A.
pimienta, 733F.
pino, 618B, 640B, C, 648E, 675D ss., 676A ss. y 677A, B.
pintura, 618A, 665D, 668C, 725C, 734C, 747C y 748A.
piojos, 642B, C.
pirámide, 719E.
piratas, 630F.
placer, 662B, 704E, F, 731C, 732E y 746F; por la vista y oído, 704F, 705A ss. y 706C; por los distintos sentidos, 705D ss. y 706A; de alma y cuerpo,

672D ss.; en los banquetes, 711A y 714D.
planetas, 672C y 746A.
plata, 665B, F, 673F, 674A y 695B.
plátanos, 640B.
playa, 668B.
pleitos, 630F.
plenilunio, 659A, B.
plomo, 690E, 691A, B y 695D.
poesía, 618F, 622A, 667F, 674E, 675A, 711D, 744F y 747A, D, E; rima: 623B; poesía y danza: 747A y 748A ss.
polemarco, 619D y 628E.
pollo, 637C.
polvo, 627B y 697A; materias terrosas, 638C, E, 660B, 665F, 687A, 691A y 696A.
poros, 624D, 627C, D, 647D, E, 648F, 649D, 666A, 687B ss., 688B, F, 689A, B, 695C, 696B ss., 699B y 735A.
posaderos, 612C.
postres, 706D y 713C.
pozo, 690B, D.
predicciones, 631A.
preguntas, en los banquetes, 614D.
prestamistas, 632C.
procónsul, 632B.
procreación, 717F.
proedrías, 617F.
prosistas, 674E.
proverbios, 612C, 622D, 636F, 660D, 663F, 684E, 703E, 704A y 730D.
puerro, 622D y 663D.
pulmones, 697F, 698A ss. y 699A, B; afecciones y funciones, 699E ss.
pulpo, 734F.
puré, 614E y 668B.
purgantes, 656F.
purificaciones, 685A.
púrpura, 646B y 693B.
putrefacción, de la carne, 658A, D y 659B.

quemaduras, 691E.
quénice, 703E.
queso, 656A, 660E y 664A.
quilla, 641E.
quimeras, 640C.

raciocinio, 656C.
raíces, vinosas y amargas, 672B.
ramos, entre los judíos, 671E.
ranas, 637B.
raño, 668B.
rapaces, 727C, E.
rapsoda, 736F.
ratas, 670D y 685D.
ratones, 637B, 670B, D, 685E y 733C, D.
rayo, 617C, 624A, B, 625F, 626F, 664B, C, 665A ss., 684C y 685C.
recaudadores de impuestos, 654F.
redoma, 614F.
reflexión, de la luz, 696A.
relámpagos, 664E.
remeros, 669B.
rémora, 641A ss.
repleción, 660C, 663E, F, 687F, 688F y 732E; de los poros: 689B.
reptiles, 653A.

residencias, 667C.
resina, 676A, B.
retórica, 736D y 739B; en el banquete, 613B ss. y 622A; géneros retóricos, 744E.
riego, 688A, E.
rima, 623B.
ríos, 627A, 691A y 725A.
roble, 641C y 662E.
rocío, 659B, 660F, 664E, 688A y 732C.
romanos, 619B, D, 624A, 676C, 697C, 702D, 703D, 726E y 727B.
rosas, 645D, 646B, F, 647D, 648A, 713E y 723C.
roturación, de la tierra, 640E.
ruda, 647B y 684D.
ruiseñor, 727E.

sábado, entre los judíos, 671F ss.
sabores: amargos, 624D; picantes, 625B y 635C; dulces, 628C, D, 655F, 687D y 688D; en las ovejas matadas por lobos, 642C.
sacerdotes, griegos, 730D; egipcios, 670A, 684F y 729A; judíos, 672A.
sacrificios, 631A, 644C, 645D, 655D, E, 669D, 693F, 694A, 708C, 709A, 720A, 728E, 729C ss. y 730F; víctimas sagradas, 628F y 696E.
sal, 627C, 663F, 668E, F, 669A, 684E, F, 697B y 729A; como afrodisíaco, 685A, B; como conservante, 685B ss.
salitre, 627E.
salmonete, 670D y 730B.
salmuera, 626F y 685D.
salobridad, 627A.
salsas, 644B y 664A.
salvia, 647D y 662E.
sangre, 637E, 651B ss., 736A y 740F.
sapo, 727F.
sarmiento, 658D.
savia, 647F.
sebo, 651D.
sed, 686E, 687B, C, 688E, F, 689A ss. y 699E.
seísmos, 733D.
semen, 685F, 718A y 733C; principio seminal, 637A.
semilla, 636B, 670B, 684A, 700C, 724E y 745A.
sensación, 625B y 718D, E.
sensibilidad, 625B y 656C.
sequías, 733D.
serpiente, 636E, 637B y 653A.
sésamo, 747A.
sesos, 733E.
sexo y sexualidad, 651B, 654C, 662A, 681E, 685A, 705C y 728C; educación sexual de los jóvenes por Epicuro, 653C.
sicionios, 746E.
sierra, 654F.
silencio, 728F.
silogismos, 743D.
símbolos, pitágoricos, 727B ss.
síntomas, de vejez, 650E; de borrachera, 652D; de enfermedad, 731B y 733C.
siringe, 713B.
sirios, 730D, E.
soda, 627B.

sodio, 729B.
sofistas, 618F, 621B, 659F y 720E.
sol, 627D, E, 657F, 658B, C, E, 670C, 672C, 683D, 722A, C, 725A, E y 730C; en la corrupción del agua, 725A.
sonido, 625A y 666B; transmisión, 720C ss. y 722E.
sudor, 624E y 652C.
sueño, 635E, 662B, 652C, 666A, 678B y 717F; adivinación, 734C ss.; visiones, 735A, D.
suero, de la higuera, 697A.

tabas, 680A y 741C.
taberneros, 643C, D.
tacto, 625B y 706A.
tamarindo, 658D.
tamariz, 662E.
tebanos, 619C.
teatro, 616D, 617F, 621C, 704E, 705B, 711B, 715D, 726A, 737C y 748D.
tejidos musculares, 733C.
tejo, 647F y 662E.
templos, judíos, 672B.
teoremas de la semejanza y de Pitágoras, 720A ss.
tibeos, 680D.
tienda, entre los judíos, 671E.
tierra, 637B, C, 638A, 640E, F, 667C, 685B, 686E, 689F, 701A, 719E y 721E.
timba, 621B.
timonel, 619D ss. y 663D.
tímpanos, 672B.
tinajas, 663D, 665A, 692C, 701D y 702A.
tinte, 646B, 661C y 725C.
tirios, 647A.
tirso, 614A, 655A, 671E y 672A.
tisana, 663C.
tísicos, 674B.
tomillo, 649F y 662E.
topo, 700F.
toro, 641C, 649B, 673E, 694B y 696F.
tos, 698C.
tragedia, 615A, 622E, 645E, 679B y 732F; en Esquilo, 715E; como diversión convival, 711E.
trampas, 642A.
tráquea, 698C ss., 699C, D y 700A.
treno, 712F y 729B.
triángulo, equilatero, 670C; teoremas, 720B ss.
tribu, 618D.
trigo, 635D, 637B, 643D, 659A, 663D, 676B, 693D, E, 697B, 701A, 732B, 734E y 735D.
trirreme, 644A y 678D.
trompetas, 671E.
troyanos, 640A y 741E.
trueno, 664B, C, 665A y 666C.
trufas, 664B ss.
túnicas, 623E y 672A.

ungüentos, 651E, 662B y 693B.
universo, origen, 636A, B; puerta, 636F; movimiento circular, 740B.
uñas, 641D y 642E.
urraca, 727D.
uvas, 648E, F y 668A.

vacas, 667F, 668C y 730C.

vacío, 721E, F.
vaina, 684A.
vejiga, 698D, 699F y 700A, B.
vello, 651A, E.
venas, 624D y 636B.
vendimia, 646D.
veneno, 662C.
ventosas, 663C.
verano, 635C.
verbasco, 662E.
verbenas, 614B.
verdura, 664A y 733F.
versos, 622A, C, F, 623D y 747F; citas, 736E ss. y 739E, F.
vértigo, 658E.
vestidos, 626E, 665B, 666A, 691D y 696D.
víboras, 641C.
vid, 641D, 648F, 672B, 676A, B y 692E.
vidrio, 658D.
vientre, 635B, 698B, C, 699F y 700A.
viento, 663D y 688A.
vigía, 641B.
vinagre, 633A, E, 652C, 653F, 691B y 732B.
vino, 612D, 613A, C, 629C, 631C, 645A, B, 647A, 650B, D y 656A; alenias, 661D; añejo, 620D y 677E; drogado, 614B; de dátiles, 648E; de miel, 653A y 672B, de cebada, 648E; mezclado con buglosas, 614B; con miel, 733E; con yedra, 648B; con perfumes, 663D; con agua, 613D, 620F, 625E y 657C; puro, 620C ss., 623F, 624F, 625A, C, 647C, 648B, E, 650C, F, 651A, 652C, 653F, 657A, 660B, 672A, F y 677C; dulce, 660C; tinto, 698E; vino nuevo, 655E, F, 656A, B y 735D; conservación, 702A; capacidad, 651F ss.; envejecimiento, 656A, B y 702C; depuración, 692F y 693B; filtración, 692C y 693A; flatulencia y acuosidad en el vino nuevo, 656B y 676C; como fármaco, 647A, 652C y 655E; antídoto contra la cicuta, 653A; en relación con la edad, sexo y temperamento, 621A, 650A ss., 652F, 715E, F y 716A; con la sexualidad, 623E y 652D; afición a la bebida, 619A y 623E ss.; excesos, 612D, 615E, 620A y 624A; heces, 692D, E y 702A; etimología, 714F.
violeta, 621E y 647D.
vista, 625D, F, 626D, 654E, 703C y 720E; en los ancianos, 626D ss.; flujo luminoso 626C; cono visual, 625F y 626D; males, 681A, B.
vómitos, 634F, 656A, 687C, 688C, D, 692F y 711C.
voz, 720D, 721B, E, 722B y 723E.

yedra, 647A, 648B ss., 649A, 653A, 662E, 671D y 735E.
yeguas, 704F.

zarzas, 709E.
zorra, 614E. F.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

INTRODUCCIÓN 9
I. Temática y estructuras 9
II. Fuentes de las *Quaestiones convivales* (o *Charlas de sobremesa)* 14
III. Finalidad de la obra 28
IV. Autenticidad de su obra 33
V. Historia del texto 36
VI. La tradición indirecta 38
VII. Ediciones y traducciones 39
VIII. Nuestra traducción 40

NOTA TEXTUAL 41

BIBLIOGRAFÍA 42

LIBRO I 45
LIBRO II 101
LIBRO III 147
LIBRO IV 189
LIBRO V 225
LIBRO VI 263
LIBRO VII 291
LIBRO VIII 339
LIBRO IX 393

ÍNDICES

Índice de nombres propios 431
Índice de materias 445